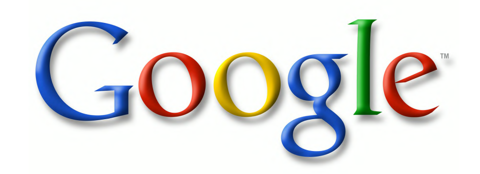



WIDENER
HN R4UW 4


ET
VE
RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



RICARDO ESPADA-LARGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



GRANADA:

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BENAVIDES,

1851.

La propiedad de esta novela pertenece á D. Miguel de Benavides.

A los señores Don M. Zacarías Cazurro, Don José Castro, Don E. Florentino Sanz y Don Francisco Luis de Retes.

El libro que os dedico, amigos mios, mas bien que una novela es una crónica inglesa. De cualquier modo sea, aceptadla como un recuerdo de la amistad que os guarda

Manuel Fernandez y Gonzalez.

I.

Los Hermanos de la Niebla.

El dia 15 de noviembre de 1194, á la hora en que el sol se ocultaba tras los remotos confines del condado de Middlesex, tiñendo con reflejos amarillentos los girones en que se rompia al occidente el ancho pabellon de nubes que encapotaba el cielo, una galera de altos mástiles y agudas velas navegaba lentamente, ayudada por los remos de cien galeotes, subiendo con dificultad la corriente del Támesis á dos leguas de distancia de Lóndres.

Sobre el alcázar de popa de esta galera, recostado en un mástil en que apenas ondulaba al débil impulso de una pesada brisa sudeste, un pendon rojo cuyas plegaduras no permitian conocer los detalles del blason que dejaba notarse de una manera confusa sobre él; apoyado en este mástil, repetimos, se veia un hombre de figura atlética, con la mirada fija en la distante ciudad.

Rodeábanle otros tres hombres, pero á cierta distancia, sin duda por respeto, que miraban al mismo punto que el primero, con una espresion marcada de impaciencia.

Y esta impaciencia era muy natural; la galera adelantaba con tanta lentitud, que á primera vista hubiérasela podido creer anclada, á no ser por el continuo y monotono ruido que producian azotando el agua los remos de los galeotes.

Suponiendo que nuestros lectores se impacientarán si llamamos mucho tiempo su atencion sobre el perezoso bastimento, lanzaremos nuestro relato á *todo vapor*, pasaremos como un meteoro entre las áridas y solitarias riberas de los condados de Surrey y Middlesex, cuyos límites naturales entre sí señala el Támesis, y solo nos detendremos en una ensenada de la isla de los Perros.

Una vez allí, deberemos tomar tierra y observar. El islote que hoy se denomina de los Perros, èra en la época à que nos referimos, un terreno largo y estrecho levantado sobre el rio á gran distancia de entrambas márgenes. Coronábalo un espeso bosque de árboles que la mano del hombre no habia cultivado; y ninguna senda nacia en sus riberas que atestiguase el paso de la planta humana. Nadie habia pensado ponerle nombre, ó al menos nosotros lo ignoramos. Sea como quiera, desde él se veia perfectamente á Lóndres tendido á su altura, y levan-

tando sobre la márgen izquierda el recinto torreado de la ciudad y la villa, y sobre la derecha las feas casas de madera del arrabal Southwark. Nada de notable se veia en este, mientras por el contrario dominando los muros de la ciudad y de la villa, se destacaba sobre el doble fondo de los campos y del celaje, la confusa conglomeracion de torres de la torre de Lóndres, entre las cuales, como un pino entre retamas, se alzaba la de White tower (Torre blanca) construida por Guillermo el conquistador; mas allá en el centro de la ciudad, aparecia la gótica torre de la iglesia de san Pablo, destruida mas adelante por un incendio en 1666, y reconstruida en 1675 por el ilustre arquitecto sir Cristóbal Wreir; últimamente, las agujas de la abadia de Westminster, las cúpulas de Whitehall y de san James, y las menos notables de la iglesia de san Miguel en Cornhill, y de las de san Bride y san Dunstan, se levantan sobre la estensa silueta de Lóndres.

La niebla que acompaña los crepúsculos de invierno en Inglaterra, habia ya cubierto la tarde en que empieza la accion de nuestro drama las copas de los álamos mas elevados del islote, y descendia lentamente de un celaje encapotado, presagiando una noche oscurísima, que se acercaba sensiblemente. Bien pronto al crepúsculo sucedió una claridad dudosa, débil, que desapareció en fin; la niebla, envolvió á Lon-

dres, posóse húmeda y fria sobre la tierra, y unióse al fin mas densa, mas glacial sobre la corriente del rio. Nada se vió entonces. Parecia que el caos tornaba á pesar sobre la creacion.

Pero enmedio de este caos se elevaba un rumor lejano, perdido, confuso; rumor estraño, difícil de analizar; era el álito de Lóndres que bebia en sus tabernas, que bailaba en sus salones, que se agitaba en sus plazas, que rompia la tierra de sus cementerios; era Lóndres oprimido por la rapiña y las horcas de un obispo canciller; Lóndres monopolizado por sus lores; Lóndres diezmado á la par por el hambre y por la peste, y que sin embargo se embriagaba, danzaba, murmuraba y enterraba; aquel rumor era el gemido de un gigante enfermo.

Esto por la parte de Lóndres; en los campos y en el Támesis el mas profundo silencio; y sin embargo, si algunos momentos despues que la niebla se habia enseñoreado de la noche, alguno que colocado sobre cualquiera de las márgenes del islote, hubiese poseido un oido esquisito, hubiera notado un rumor imperceptible en las aguas, comparable en su orígen al sonido tenue de una hoja movida por una brisa sutilísima, mas sensible despues, y semejante al que produce un cuerpo que agita el agua sin azotarla; rumor pausado, uniforme y continuo, que hubiera anunciado á un marino la proximidad de un pe-

queño buque impulsado por remos; despues hubiera sentido un choque débil, un estremecimiento pasajero, y despues de un salto, las pisadas de un hombre sobre la maleza.

Y en efecto asi sucedió. Una barca pequeña, segun podia juzgarse por el valor del ruido que producia su proa cortando el agua á impulso de dos remos hasta llegar al islote, arribó á su orilla, y de ella saltó una sombra, despues de haber amarrado el batel á la maleza que se dejaba lamer de la corriente, tendiéndose á lo largo de ella cual si fuese una gigante y estraña cabellera; aquel ser que merced á la niebla hubiera podido pasar por sombra, á no ser por el áspero ruido que producia en el ramaje al atravesarlo, revelando de aquel modo una existencia corpórea, se alejó hácia el centro del islote, y muy pronto dominó de una manera absoluta el silencio turbado un momento por su pasajera aparicion.

Muy pronto se percibió en el rio otro rumor semejante al anterior; otra lancha chocó de proa en la ribera del islote, á poca distancia de la primera; como ella fué amarrada á la maleza, y otra sombra saltó en tierra y adelantó alejándose en la misma direccion que la anterior.

Y una tras otra, atracaron sucesivamente al islote otras cuatro lanchas; una tras otra se perdieron por el mismo camino otras cuatro sombras.

La ribera sujetaba seis lanchas; seis sombras habian penetrado en el islote.

Inútil hubiera sido esperar otra aparicion; pero si á nuestros lectores no place tal cantinela en un sitio húmedo por la doble influencia del rio y de la niebla, sigamos, si es que no temen aventurarse, en la misma direccion de los seis personajes de las lanchas.

A poco que andemos, nos encontraremos en el centro del islote; pero ya que somos dueños del tiempo y del espacio, precedamos algunos momentos al primer *espectro* (si se nos permite llamar asi á un ser que la oscuridad permite apenas entrever de una manera informe), al primer espectro repetimos, que en tal noche y á tal hora visitaba el solitario islote del Támesis.

En el centro de la alameda que le cubria, en medio de un claro se notaba una mole informe tambien, pero que demostraba ser una habitacion de hombres, puesto que por las rendijas de una puerta mal cerrada se veia luz en el interior.

Entremos, tomemos posesion de ella, y observemos.

Era una cabaña cuadrada construida con ramas de árboles, cuyos intersticios estaban cubiertos con tierra amasada, y protegida por un techo de ramas y cañas, en cuyo centro habia una claraboya circular, que, atendido un hogar formado con piedras y perpendicularmente si-

tuado bajo ella, servia, segun probabilidades atendibles, para dar salida al humo en algunos casos, y entrada á la lluvia en otros; en torno de este hogar, sobre un suelo húmedo y resbaladizo, se veian seis piedras destinadas sin duda á servir de asiento á seis personas. Esta cabaña no tenia otras aberturas para dar paso al aire y la luz, que la claraboya que hemos descrito, y una estrecha puerta, á traves de cuyas rendijas hemos hecho notar al lector el reflejo de una luz.

El aspecto de esta cabaña era desconsolador, por su rígida rusticidad, por su absoluta carencia de todo objeto propio para cubrir las necesidades mas fútiles de la vida, si se esceptúan algunos haces de ramaje arrojados en un ángulo y algunas astillas de tea.

Por lo demas, prescindiendo de un hombre que sentado sobre una de las piedras, se veia al resplandor de una tea encendida, clavada en el suelo y próxima á consumirse, las cenizas esparcidas sobre el hogar, y la densa capa de hollin que cubria las paredes y el techo, mostraban que aquella incómoda vivienda era habitada.

El hombre que hemos dicho se veia sentado sobre una de las piedras, era un jóven como de veinte y dos años; su semblante, sin ser hermoso, poseia esas líneas atrevidas y vigorosas que constituyen la majestad de la antigua esta-

tua romana; sus miembros robustos musculosos, participaban á un tiempo de la fuerza del *gladiator* y de la agilidad del montañes; y todo este conjunto, tostado por el aire y por el sol, tenia algo de selvático, algo que hacia semejarse á este hombre al hombre de la naturaleza, cuando este no conocia otro albergue que le protegiese del rigor de las estaciones, mas que el ramaje de los bosques, ó las estalactitas de una caverna.

Descendiendo á los detalles de este ser, la misma robustez, la misma energía que se notaba en su conjunto, se daba á conocer en cada una de sus partes: larga, espesa y negrísima cabellera; frente espaciosa; cejas negras, tambien anchas y dilatadas; ojos pardos, grandes, de mirada fija y sombría; nariz recta de vigoroso perfil, y órganos un tanto si se quiere exagerados; boca dotada en su desden de cierta espresion de fuerza, en su sonrisa de una despreciadora insolencia; barba completa, negra y de medianas dimensiones; cuello corto, grueso y nervioso como el del toro; por lo demas, estatura de atleta.

El traje de este hombre era lo mas estricto que darse puede: consistia en una especie de gaban, que dejaba desnudos los brazos, las piernas y gran parte del pecho; este gaban era de una tela de lana fuerte y tupida, listada á cuadros por anchas lineas de colores que un tiem-

po debieron ser rojos y negros, pero á quienes habia hecho desmerecer en gran manera la influencia del sol y de la lluvia. Este saco que era lo único que le hacia no aparecer enteramente desnudo, estaba sujeto á su cintura con una tira de cuero, de que pendia un largo y ancho cuchillo curvo, con empuñadura de asta de ciervo y cubierto por una vaina de piel sin curtir; un tahalí del mismo cuero sujetaba á su espalda una especie de aljaba, donde se veian algunos venablos, y últimamente, una ballesta arrojada en el suelo, completaba el armamento de este estraño personaje.

A mas de las particularidades que hemos descrito, otras accidentales y casi del momento le hubieran hecho notable á los ojos del mas indiferente; su cabellera estaba impregnada de agua, asi como su gaban, haciendo presumir que poco tiempo antes acababa de tomar un baño, indudablemente forzado, puesto que en sus brazos y en sus piernas se veian señales sangrientas, tales como las que pueden producir una caida desgraciada ó el golpe de un látigo.

Por lo tanto, no es de estrañar que nuestro héroe mostrase en su mirada un disgusto sombrío que la hacia aparecer fija y feroz, ni la frecuencia con que fruncia su entrecejo y mordia impaciente su labio inferior.

Aquel hombre era sin duda un fugitivo, porque al ruido producido por una ráfaga de vien-

to sobre la techumbre de la cabaña, ó al mecer el ramaje de la cercana alameda, miraba con la espresion vaga de inquietud que marca el terror, á la puerta entreabierta; y perdido el rumor que le habia alarmado, volvia á su inmovilidad y á su sombría espresion de disgusto.

Pero una de las veces en que su cabeza se elevó como la de un ciervo perseguido que escucha al lejos los ladridos de los perros, no permaneció inerte como las veces anteriores; púsose en pié de un salto, levantó del suelo la ballesta, armó en ella un venablo, y despues de pisar la tea que casi tocaba á su fin, desapareció por la puerta, dejando la cabaña envuelta en la mas densa oscuridad.

Con una esquisita finura de oido, peculiar á los cazadores montañeses, habia escuchado el leve rumor de unas pisadas en direccion á la cabaña, cuya puerta rechinó un momento despues empujada por alguno que penetró en el interior.

El choque de un acero sobre un pedernal se dejó oir instantáneamente, y algunas chispas lívidas irradiaron entre la oscuridad en el sitio de la cabaña donde se hallaba el recienvenido; poco despues dos teas ardian esparciendo en torno su opaca claridad y exhalando su humo compacto y resinoso.

Entonces se vió á su reflejo un hombre como de treinta y cinco años, vestido severamente de

negro, y cubierta la cabeza con un gorro del mismo color, que sujetaba las guedejas de una cabellera gris, larga y espesa, que servia por decirlo asi de marco á una cabeza en que un frenólogo hubiera hallado las protuberancias que distinguen á un pensador. Este hombre era de mediana estatura; vestía el traje de los abogados de aquella época, y aunque arma impropia de su estado, ostentaba en su cintura, sujeto en un ceñidor de piel curtida, un puñal que casi llegaba á las dimensiones de espada. A pesar de lo solitario del sitio, un antifaz cubria el rostro de este hombre desde el nacimiento de la frente hasta la parte media de la nariz.

Hemos dicho que en un ángulo de la cabaña habia algunos haces de ramaje, y ahora á fuer de minuciosos descriptores, diremos que parte de ellos fué trasladada al hogar, y que inmediatamente la luz de una hoguera hizo inútil, envolviéndola en su resplandor, la de las teas.

En este momento otro hombre entró, arrojó en torno una mirada inquisidora, y al reparar en él el del antifaz, preguntó en voz gutural y marcada al que entraba, que no adelantó un solo paso.

—¿Qué hora es?

—La del sufrimiento, contestó el preguntado.

—¿Qué hora esperas? repuso el otro.

—La de la justicia.

—¿Quién eres?

—Hermano de mi hermana.

—¿Quién es tu hermana?

—La niebla.

¿Tienes hermanos?

—Sí, los hermanos de la niebla.

—Bien venido seas, hermano.

Y aquellos dos hombres acortaron la distancia que les separaba, y se estrecharon las manos. Despues el recienvenido fué á sentarse en la segunda piedra de la derecha del fondo.

Este nuevo personaje llevaba tambien antifaz; era robusto y jóven, á juzgar por la energía de su mirada, que dejaba verse á traves de las aberturas del cuero negro que le enmascaraba; su traje era el de los cortadores de Lóndres: coleto y calzones de paño rojo, gorro de baqueta, medias azules, y zapatos ferrados. Llevaba á la cintura y en la misma forma que el de lo negro un cuchillo ancho y afilado, cuyo principal destino era sin duda, atendida su forma, desollar reses. El mas profundo silencio reinó durante un momento, antes de que se presentase otro nuevo interlocutor, que como el del coleto colorado se detuvo á la puerta.

—¿Qué hora es? le preguntó desde su asiento el hombre del traje negro.

—La del sufrimiento, contestó el interrogado.

—¿Qué hora esperas?

Una contestacion igual á la que diera el cortador á esta pregunta, salió de los labios de este tercer hombre, y las sucesivas fueron semejantes á aquellas en un todo. Aquel diálogo era sin duda una seña.

Despues de haber saludado y estrechado las manos á los dos amigos, este hombre fué á sentarse en la tercera piedra de la derecha. Su traje era el de los estudiantes de Lóndres de entonces: un bonete de bayeta negra, y una hopalanda, á manera de toga, de la misma tela; llevaba un antifaz como los otros, y á juzgar por su talante, debia ser muy jóven.

Otro hombre apareció inmediatamente; fué interrogado del mismo modo que los anteriores, y despues de un saludo igual, tomó asiento en la cuarta piedra.

Este hombre parecia anciano; vestia un traje y una capa de paño pardo, llevaba antifaz, y cubria sus cabellos un sombrero gris de ala ancha.

Un quinto interlocutor se dejó ver de la misma manera que los precedentes; fué asimismo interrogado, saludó y fué á sentarse en la quinta piedra.

Su traje era de ante, á que el tiempo habia dado un color oscuro; su rostro estaba cubierto con un antifaz; su edad podria suponerse entre treinta y cuarenta años, atendida su mirada y el estado de su cabellera. La única arma de este hombre era un baston ferrado, que aunque

de gran peso, manejaba como si fuera una caña.

Otro hombre, en fin, se dejó ver. Contestó como los anteriores á las preguntas que se le hicieron, pero su voz era mucho mas sombría que las que antes que ella habian resonado en la cabaña; saludó á cierta distancia, y sin tender la mano á ninguno de los cinco hombres, fué á sentarse en la última piedra.

Su traje y su antifaz eran enteramente colorados, llevaba la cabeza descubierta, una cuerda del grueso de un dedo lustrosa y usada, daba muchas vueltas á la cintura, y un largo espadon de á dos manos de punta roma y encerrado en una vaina de acero blanco, pesaba sobre su espalda sujeta por un ancho tahalí con hebilla de hierro.

Las seis piedras estaban ocupadas; la luz de la hoguera reflejaba en seis hombres de trajes y edades diferentes, alumbrando un conjunto como no soñó la atrevida imaginacion de Teniers en sus cuadros mas originales.

El hombre que habia ocupado la primer piedra, el que habia interrogado á los otros cinco, se levantó entonces, y dirigiéndose al último le preguntó:

—¿Sabes donde estás?

—Sí, en el tribunal de justicia de los hermanos de la niebla.

—¿Quién te ha traido?

—Una lancha.

—¿Cómo te llamas?

—Entre vosotros, hermano de la niebla.

—¿Y entre los hombres?

—El verdugo de la prebostía de Lóndres.

Un estremecimiento involuntario se dejó oir en cada uno de los otros cinco, y el rumor de algunas frases inarticuladas se percibió momentáneamente.

—Silencio: esclamó el primer hombre; ¿y con qué objeto te has unido á nosotros?

—Con el de vengarme.

—¿De quién?

—De los hombres.

—Los hombres no pueden insultarte, tu posicion te aisla; sobre tu traje colorado no es posible una mancha.

—No vengo representando mi presente; es una consecuencia de mi pasado; vengo por mi pasado.

—Déjanos ver tu rostro.

El verdugo se arrancó el antifaz; un semblante lívido, enflaquecido, en cuyas profundas órbitas brillaban unos ojos de mirada implacable, en que el sufrimiento ó el remordimiento habian impreso arrugas prematuras, se ofreció sucesivamente á cada una de las miradas de los cinco; semblante marcado por una sonrisa glacial que respondia por un corazon desgarrado por terribles penas.

—¿Cómo te han ofendido los hombres?

—Está en el corazon, contestó el verdugo; mi historia es un secreto que no me pertenece; mi historia os diria mi nombre; yo no tengo ya nombre, debo olvidarlo.

El verdugo sentóse de nuevo y guardó silencio.

—¿Y tú quién eres? preguntó el que habia interrogado al verdugo al quinto hombre.

—Hermano de la niebla, me llamo Tom Flavi, y soy uno de los llaveros de la torre de Lóndres.

Diciendo esto, se arrancó el antifaz y dejó ver un rostro franco y valiente, en que brillaba cierta espresion de entusiasmo.

El verdugo y el llavero se miraron como personas conocidas, pero de un modo particular.

—Y tú, ¿cómo te llamas? dijo el interrogante al cuarto personaje.

Púsose este de pié y contestó:

—Aquí, hermano de la niebla; en la plaza del Mercado, Jorge Rak, mercader de paños y lienzos.

Arrancóse el antifaz, y el verdugo vió en el semblante de este hombre, venerable ya por su ancianidad, otro antiguo conocido.

Sentóse Jorge Rak, y el presidente de aquella estraña asamblea se dirigió al tercer hombre.

—¿Quién eres, y cómo te llamas?

—Hermano de la niebla aquí, estudiante de teología en la universidad; mi nombre es Williams Caridemus.

Descubrióse, y dejó ver un semblante alegre

á pesar de la gravedad de que queria revestirlo; un semblante picaresco y atrevido, con la bulliciosa sonrisa del estudiante vivaracho que solo cuenta diez y ocho años. Sentóse, y llegó el turno de ser interrogado en la misma forma al segundo hombre que respondió:

—Soy hermano de la niebla, cortador de la muy noble carnicería de la buena y leal ciudad de Lóndres (el carnicero recalcó estas últimas palabras), y me llamo John Asta-de-buey.; tras esto sentóse, despojóse del antifaz, y dejó ver un rostro orlado de larga cabellera, barba negra y revuelta, cejas descomunales, ojos atrevidos, nariz ancha y roma, y boca de estremada magnitud.

Solo nos falta conocer la fisonomía, el nombre y la condicion del presidente, que á su vez despojóse del antifaz, y dejó descubierto un semblante noble, majestuoso y dulce á la par, de color blanco mate, en que se marcaba un temperamento nervioso; de ojos grandes y lánguidos, de mirada fija y escudriñadora.

—Yo soy como vosotros hermano de la niebla, abogado, y me nombro Adam Wast.

Sentóse, y despues de un momento de silencio, dijo:

—Todos nos conocemos, y nuestro conocimiento data de la misma fecha. Hace dos años nos reuníamos todos los dias...

—En la torre de Lóndres, en el patio de los



calabozos, observó el estudiante interrumpiendo á Adam Wast.

—Cabalmente, en el patio de los calabozos, eso es. Aquella era una época terrible. La Inglaterra tenia un trono sin rey, y un canciller regente sin corazon; las vidas, las honras y las haciendas eran patrimonio del obispo de Eli, y estaban á merced de los miserables sicarios que le rodeaban y aun le rodean; mi casa fué allanada, y mi persona reducida á prision, porque invoqué la ley en favor de un hombre ultrajado por el obispo.

—Y yo por haber roto la cabeza á un arquero del canciller obispo, que pretendia vivir á mi costa robándome la carne, observó John, Asta-de-buey.

—Y yo por haber defendido teológicamente, que el obispo de Eli era un diablo con sotana, añadió el estudiante de teología.

—Y yo por haberme negado á satisfacer un doble derecho sobre mis géneros á los comisionados de los Aldermen, balbuceó el anciano Jorge Rak.

—Se nos habia detenido injustamente, éramos inocentes, y nos unimos por simpatías; la torre de Lóndres era para nosotros un libro en que leíamos de una manera clara, infamias y desafueros que generalmente quedan consignados como un misterio en las páginas de piedra de aquel gigante maldito, y que no pueden con-

cebir los que no han pasado sus poternas, que pocas veces se abren para dar salida á vivos; desde lo sombrío de nuestros calabozos meditamos sobre el destino de Inglaterra, y le vimos oscuro, tenebroso, sin que una lejana esperanza pudiese consolarnos. Vimos un trono abandonado por un rey guerreador, que no sabiendo engrandecer su pais, hacerle libre y fuerte, y por consecuencia feliz, llevaba su espada á una empresa fanática, al lado de los fanáticos cruzados, perturbadores de un pais para el cual eran un azote de Dios; vimos un hermano traidor, revolucionando la Normandía para arrancar una corona á su hermano; vimos un obispo convertido en ladron y verdugo del pueblo, ídolo degradado, temido por una nobleza degradada; y vimos en fin, un pueblo abandonado, insultado, azotado, robado y asesinado por el rey, por là nobleza, por el obispo, por los Aldermen y por los soldados. Vimos un pueblo cobarde, murmurando en secreto, doblegándose y arrojándose á los piés de sus señores á la luz del sol.

—El pueblo no es cobarde, gritó el estudiante levantándose con energía; lo que falta al pueblo es conocer sus derechos; hágansele saber, y tendrá fuerza; una vez con fuerza, hará al rey cumplir con su deber, arrollará á su paso los que le insultan, y hará pedazos á los que le roben.

—Y bien, prosiguió Adam Wast, la verdad de esos principios te la he concedido yo cuando éramos compañeros de prision; ¿pero dónde estan los hombres capaces de ponerse al frente de ese pueblo dividido en bandos encarnizados, de ese pueblo sin abnegacion y sin virtudes, de ese pueblo envilecido y viciado por el ejemplo de los que le venden? y si los hay, ¿dónde estan esos hombres capaces de jugar la cabeza por ese monstruo ingrato, que llama deber á los sacrificios, y que los olvida cuando no le sirven? ¿dónde estan esos hombres capaces de hacer lo que dicen, si es que son capaces de decir lo que sienten?

—Aquí, contestó el estudiante; ¡yo! que se me dé dinero, y respondo para el toque de cubre-fuego de esta noche, de dos mil estudiantes.

—¡Dinero! ¡Dinero! necesitais comprar al pueblo, pagarle soldada para que sostenga sus fueros; necesitais pagarle á peso de oro su cabeza para que la defienda; bien lo sabia, y no lo he olvidado. ¡Hé ahí oro!

Y Adam Wast arrojó al suelo un pésado bolson de cuero.

—Si hay oro, yo respondo de los cortadores de Lóndres, dijo John Asta-de-buey.

—Y yo de los mendigos y los vendedores de la plaza del Mercado, añadió Jorge Rak.

—¿Y tú no ofreces nada? preguntó Adam Wast á Tom Flavi.

—Respondo de todo. Daré suelta á los presos de la torre, y os entregaré las armas depositadas en ella.

—Ya ves que todos contribuyen, dijo Adam Wast dirigiéndose al verdugo; sepamos lo que tú harás.

—Cortar la cabeza al obispo de Eli, contestó con acento feroz el verdugo.

—Para eso basto yo, hermano; esclamó haciendo un mohin de desprecio John Asta-de-buey.

—¿Y no podrás hacerte una falanje respetable de los bandidos y los ladrones con quienes te reunes despues del cubre-fuego, contra los edictos del obispo, en cierta taberna del Sowttowark.

Un vivo carmin tiñó las mejillas del verdugo.

—Sí, dijo al fin dominándose; ¿para cuándo?

—Para esta noche, despues del toque de cubre-fuego.

—Y bien, observó el viejo Jorge Rak, ¿qué podemos esperar como resultado de la reunion de esa gente?

—Una asonada.

—¿Y cuál será el resultado de esa asonada? apoyó tímidamente Tom Flavi.

—Tienes miedo, voto á.... ¡el resultado! ¿quién puede decir con seguridad: mañana la peste habrá dejado de afligirnos, el obispo y los Aldermen estarán ahorcados, y azotados los archeros con sus propios talabartes? ¡Cuerpo de

Cristo! ¿quién podrá decir si mañana alguno de nosotros será ahorcado?

Un estremecimiento involuntario é imperceptible agitó los miembros de Jorge Rak.

—En ese caso, dijo el estudiante, tenemos la ventaja de ser amigos del verdugo.

—Y en fin, hermanos, añadió levantándose Adam Wast, la muerte nos amaga de una manera indudable. El hambre es la muerte; la peste es la muerte; la tiranía y las infamias del obispo son la muerte. ¿Qué esperanza nos halaga, que no haya de sostenerse por nosotros? ¿á quién demandar ayuda, que sea fuerte y quiera dispensárnosla? Cuando el pueblo siente los triples azotes de la tiranía, el hambre y la peste, debe repeler los dos primeros con la fuerza, y hacerse digno, defendiendo sus fueros naturales, de que Dios le alivie del tercero. Adelante pues; nos han desafiado, y debemos recoger el guante.

Luego, tomando del suelo la bolsa, y sacando de ella un puñado de florines:

—Toma, dijo al mercader, creo que con esto tendrás bastante para los vendedores del mercado.

Jorge Rak tomó el dinero y le guardó en su escarcela.

—Y tú, añadió dirigiéndose al estudiante, ve si alcanza esto para las exigencias de los tuyos.

Williams Caridemus habia puesto al alcance de la mano de Adam Wast su bonete de bayeta para recibir el oro; pero la retiró diciendo:

—Sepamos antes de dónde proviene ese dinero, y hasta qué punto nos compromete su adquisicion.

—Es muy justo. La adquisicion de este oro á nada nos compromete.

—¡A nada! prorumpieron con estrañeza los cinco hombres.

—A nada á que no nos háyamos comprometidó voluntariamente. Este dinero nos lo ha dado un hombre que se dice amigo del pueblo, pero que no es mas que enemigo del enemigo del pueblo. Este hombre ha llegado á mí y me ha dicho: Adam, el pueblo ruge descontento porque sufre; el pueblo no puede hacer mas que rugir, porque le falta fuerza; el dinero es la fuerza: toma; y me dió esa bolsa: si se necesita aun mas, mis arcas estan llenas.

—¿Y quién es ese hombre que tiene sus arcas llenas, cuando el pueblo no tiene pan? interpeló ásperamente John Asta-de-buey.

—El hebreo Saul, contestó Adam Wast.

—¡La sombra de lady Ela! murmuró el estudiante.

—El hombre que insulta la miseria pública, ostentando una servidumbre y un aparato casi regio, para rivalizar dignamente con el obispo, añadió con acento feroz el cortador.

—Un hebreo que se atreve á salir en público en caballos de Arabia, rodeado de esclavos etiopes cubiertos de oro, observó el mercader; ¡un judío que se presenta en público asido del brazo de Juan-sin-tierra!

—Es decir, que la salud comun (esclamó exasperado el estudiante en un rapto de entusiasmo, que á tener lúgar en nuestros dias, se hubiera llamado patriótico) es decir que la salud comun brota de la misma sentina que la opresion y el insulto; es decir, que debemos dar gracias á Dios porque ha concedido á lady Ela una hermosura bastante á enloquecer á un sacerdote cristiano y á un sibarita hebreo? Una empresa justa no ha menester ser ayudada por un recurso maldito; no debias haber aceptado ese oro, Adam Wast.

—Piensas como un niño, Williams, contestó el apostrofado; cuando se juega el destino de los pueblos, no debe repararse en si el arma que les ha de hacer fuertes, viene de manos de un enemigo. Todos los medios son buenos si dan por resultado un triunfo.

Esta opinion aunque basada en principios poco rígidos, convenció al estudiante, que presentó de nuevo su bonete y recibió en él el *oro maldito*.

Despues que Adam Wast hubo repartido en partes iguales á los cinco todo el dinero de su bolsa, despues de haberles hecho repetir el nú-

mero de hombres con que contaba cada uno de ellos, añadió levantándose.

Nada tenemos que hacer aquí; Tú, John, ve á reunir tus cortadores en Cur hill; tú Jorge, busca tus vendedores del mercado; busca á tus estudiantes, Williams; prepara las llaves y las armas de la torre, Tom Flavi, y tú ejecutor de la ley, preséntate entre los bandidos de Sowttwark; al sonar la primera campanada del cubrefuego, en la pradera de Wite-hall.

Los seis hombres abandonaron sus puestos, y se dirigieron á la puerta; antes de que llegasen á ella, se abrió y dió paso á un sétimo personaje.

II.

El hermano del verdugo.

El hombre que de una manera tan intempestiva se presentaba á los hermanos de la niebla, adelantó un paso; estendió hácia ellos el brazo derecho armado con un venablo, en el mismo ademan imperioso que debe preceder á veces á las órdenes de un rey, y su voz firme y sonora pronunció en un tono que en nada amenguaba lo exigente de su ademan, la palabra:

—¡Aguardad!

Aquel hombre era el mismo que antes de la

llegada de los seis hermanos, como debe recordarse, habia abandonado la cabaña de una manera brusca.

La intimacion de la órden que detenia á aquella asamblea, cuya mision en aquel punto habia terminado, produjo durante un momento en ella una sensacion de asombro; despues, pasado este, Adam Wast conteniendo á sus compañeros que se adelantaban hácia el desconocido, le dijo:

—¿Y quién eres tú, y con qué derecho te presentas mandándonos detener?

—¿Quién soy yo? contestó ferozmente el interrogado; ¿quién soy yo? Un hombre que como vosotros está ofendido; un hombre que como vosotros quiere vengarse.

—Y bien, nada tenemos que ver en eso, contestó John Asta-de-buey; lo que nos importa, sí, es sellar tu boca para que no revele lo que tus oidos han escuchado; elige entre todos nosotros, esceptuando al que por su edad no debes aceptar como contrario (y señaló á Jorge Rak), uno con quien batirte en un empeño á muerte.

El cortador pidió con una mirada á sus compañeros su opinion acerca del reto que acababa de lanzar en nombre de todos al intruso, y los cuatro cuya edad les permitia empeñar un lance de tal especie, mostraron harto claro con una significativa inclinacion de cabeza la aprobacion

de la propuesta que el del venablo rechazó contestando:

—Os he elegido como cómplices, y no os elegiré como enemigos.

—¡Como cómplices! esclamó el estudiante adelantando un paso al par que los demas, escepto Jorge Rak, ¡como cómplices!

—Sí, porque lo que estais meditando, bien considerado, es el proyecto de un crímen. No malgastemos el tiempo en disputas inútiles; ¿me aceptais como un igual entre vosotros? ¡Sí ó no!

—Antes, respondió Adam Wast conteniendo de nuevo con una mirada á los suyos, la prudencia aconsejaba reducirte al menos á un estado que no te permitiese revelar el secreto que has sorprendido por acaso tal vez, tal vez llenando un servicio pagado; pero has añadido un motivo mas para que cada uno de nosotros procure matarte: nos has ofendido.

—Sí, te he ofendido, repuso con sarcasmo el desconocido, porque te he dicho, Adam Wast, que proyectabas un crímen. ¿Quereis saber cuáles son mis razones? pues bien, escuchad: tú, Adam, oscuro abogado, ambicioso y egoista; tú, poseido del demonio del orgullo; tú, que has leido en la biblioteca de San Servan antiguos pergaminos; tú, que has estudiado la historia de las revoluciones de los pueblos, quieres hacerte de la miseria pública un escalon para elevarte de tu nada; has soñado, des-

pues de haber envidiado la fortuna de los tribunos romanos, que lograron por un medio semejante ser cónsules ó césares; has soñado, te digo, hacerte tribuno del pueblo ingles; has saludado con placer los tres azotes de ese pueblo, el obispo, el hambre y la peste, como poderosos aliados de la lucha de tu miseria; has procurado presentarte do quier como un santo, tú que eres un demonio; como un mártir, tú que eres un verdugo. ¡Silencio digo, añadió haciéndose atras y armando su ballesta con un gesto terrible de amenaza; he querido que aguardeis, y aguardareis; he querido que me escucheis, y me escuchareis.

Aquel hombre dispuesto á todo, aquel hombre mandando á otros seis hombres, acabó por dominarlos, merced á su valor, á su audacia, á su fuerza de voluntad.

—Y tú, niño aun, añadió dirigiéndose al estudiante, tú que aun obedeces al influjo de los recuerdos de tu infancia, ¿quieres saber por qué te hallas comprometido en una empresa en que juegas tu cabeza llena de locos deseos, de ambiciones informes sin objeto fijo, de pensamientos necios como tu imprudencia? pues bien, es porque el demonio del orgullo se ha apoderado de tí; porque deseas crecer en estatura para que los necios te admiren; porque eres demasiado imbécil para creer en tu inutilidad; pobre instrumento que romperá el viento de la

revolucion como el huracan quiebra una caña. Sí, tú puedes servir de emisario, de espía, de alborotador, puedes servir de una manera admirable, porque cogido en el lazo, moririas sin nombrar tus cómplices; porque has soñado en esa gloria miserable que consiste en que el pueblo diga cuando marches á la horca: ese es un mártir, ha muerto defendiendo nuestros fueros. Créeme, Williams, busca tu gloria en los libros; podrás llegar á ser un teólogo insufrible; pero en el terreno que pisas, solo puedes aspirar á ser un remedo de mártir.

El estudiante miró fijamente al que acababa de darle tan amistoso consejo, y contestó.

—Si yo me sublevo contra el poder que nos oprime, es porque ansío la paz y el órden que deben preceder á la propagacion de la ciencia; no puede haber paz donde hay hambre, *ergo*...

—Y bien, ya veis que os conozco, prosiguió el montañés desatendiendo el razonamiento del estudiante; os conozco como vosotros conoceis que cuanto os he dicho es exacto. Ahora bien, cualquiera sea el motivo que me impulsa á presentarme á vosotros como un aliado, ¿admitis mi alianza?

—Sepamos el valor de tu ofensa, contestó reprimiéndose Adam Wast, para juzgar hasta qué punto puede interesarte el éxito de nuestra empresa.

—¡Mi ofensa! contestó el montañés, cuyo

rostro se cubrió de una sombría espresion de odio, ¡mi ofensa! yo despues de ser lo que he sido, me trasformé en montero; los hombres habian quemado mi corazon, le habian desgarrado; en cada uno veia un enemigo, y no quise sufrir su vista; entonces pensé en las selvas con su inmensa soledad, con su sombroso pabellon de verdura, con sus libres arroyos, sus profundas grutas y sus cuadrúpedos y montaraces habitantes; pensé en el aislamiento; hice retroceder mi imaginacion hasta el hombre de la naturaleza; sentenciado, es verdad, á sostener su vida á costa de un trabajo asiduo y terrible; pero libre como el aire que respiraba, como los arroyuelos que se precipitan á su antojo, como los pájaros que anidan entre el follaje de los árboles. Salí de Lóndres sin volver la cabeza para mirar á la ciudad maldita, y anduve todo el dia vestido como veis, y armado con esta misma ballesta; al declinar la tarde me hallé en el centro enmarañado y solitario de Middlesex Wood; hacia mucho tiempo que habia dejado atras los senderos de los gamos, y habia llegado allí pisando yerba, que tal vez era hollada por primera vez; me hice una choza de ramas al lado de un manantial, y me dije cuando la vi bastante á darme un abrigo: hé aquí mi alcázar; seré el rey de la selva; si alguna vez los hombres penetran en mis dominios, pasarán de largo con sus brillantes cabalgatas de caza ó sus humildes

harapos de mendigo; si alguna vez el bandido me pide un sitio en mi hogar, un lecho de pieles y un pedazo de carne, se le daré ¡por San Huberto! el bandido es en cierto modo un montero de fieras humanas; la caza es libre, y el gamo y el jabalí darán su carne á mi hambre; la fatiga me hará robusto, el tiempo amenguará mis dolores y viviré tranquilo. Ya veis, dijo el montero despues de una pequeña pausa, que yo habia renunciado el *amor de mis hermanos, sus leyes, su proteccion.* Y viví algun tiempo tranquilo si no feliz, resignado si no satisfecho. Algunos hombres que sin duda pensaban como yo, se me unieron, y al cabo llegué á ser un rey con vasallos, que dominaba á cien corazones valientes, á cien brazos capaces de cortar con un venablo la carrera al gamo mas corredor. Pero mis *hermanos de los pueblos* repararon en sus hermanos de los bosques, y no quisieron permitir continuásemos ejerciendo una profesion tan penosa; nos enviaron algunos archeros para hacernos entender que Middlesex Wood habia sido declarado coto real por el obispo canciller; que si queríamos continuar persiguiendo al gamo de las selvas, libre como el aire, y como el aire propiedad de todos, era necesario que pagásemos un crecido tributo, ó someternos por el contrario á ser cazados á la vez y colgados de una encina por los prebostes de los archeros. Nos negamos á satisfacer el

tributo, y fuimos declarados *caza real.* Entonces nos dijimos: á qué luchar; Dindem-Wood es libre, vámonos á Dindem-Wood. Pero apenas penetramos en su espesura, nuevos archeros se encargaron de hacernos saber que las selvas y las praderas de Inglaterra que no pertenecian á señores de vasallos, pertenecian al rey; en Inglaterra no existia un palmo de tierra que no perteneciese á un coto real ó señorial. Entonces nos dijimos: la lucha es precisa, luchemos: consideremos á los archeros del obispo y á los monteros de los señores como caza libre, ballesta contra ballesta y horca por horca.

—Comprendo, observó Adam Wast, habeis perdido en la lucha.

—¿Y cómo sostenerla?, contestó el montañes; cuando apareció el peligro, los cobardes retrocedieron y dejaron reducido el número de mis monteros á una mitad, la otra mitad ha sido dispersada, ahorcada en parte, y en parte desarmada y azotada. Ira de Dios, ingleses, mi rostro está ensangrentado; ¡el talabarte de un mercenario ha macerado el rostro de un ingles!

—¿Y quién te ha traido aqui?

—La casualidad; perseguido por los archeros, rodeado por todas partes, me vi entre mis verdugos y el Támesis. No debí dudar en la eleccion y me arrojé al agua; algunas flechas pasaron junto á mi sin tocarme; la niebla me protegió y tomé tierra en este islote, bien á punto

por cierto para escucharos y saber que como yo, habia ingleses ofendidos, ingleses que querian vengarse.

Habia tal fuerza de persuasiva en el acento del montañes, que Adam Wast desarrugó el entrecejo y le tendió la mano.

—Y bien, dijo, te creo, y por mi parte acepto tu alianza. ¿Qué decis hermanos?

—Que sí.

—Bien.

—Le aceptamos, contestaron á un tiempo los preguntados escepto el cortador y el verdugo.

—Cómo te llamas? dijo Adam Wast.

—Dik, contestó el montañés.

—No le conocemos, observó el cortador, puede ser un espía.

—Que no me conoceis? repuso con estrañeza Dik : necesitais que un hijo de mi madre os responda de mí, añadió dirigiéndose al verdugo y asiéndole una mano; pues, hermano mio, asegura á estos hombres que no tenemos sangre de traidores.

—¡Su hermano! esclamaron con el acento de la admiracion algunas voces.

—Sí, mi hermano es el verdugo de la torre de Lóndres.

El verdugo se arrojó en los brazos de Dik, y ocultó el rostro sobre su pecho; algunos sollozos sofocados fué el único ruido que turbó el silencio general.

—Y bien, amigos mios, dijo Dik, id á vuestros puestos, yo acompañaré á mi hermano y me vereis junto á él al toque de cubre-fuego.

Y con el mismo ademan imperioso con que, al aparecer entre los cinco hombres, les mandó aguardar, dijo señalando la puerta.

—Partid.

Los cinco hombres salieron; cuando el montañés y el verdugo quedaron solos, el último levantó su semblante bañado en lágrimas de conmocion, y dijo:

—Oh! gracias! gracias! no has renegado de mí, hermano mio.

—Renegar de tí! ¡porque eres verdugo! ¡Oh! has hecho bien, has elegido mejor caza que yo, y te envidio. Vamos.

El verdugo y el montañés salieron de la cabaña asidos de las manos.

III.

Principios de aventura.

Poco despues, los dos hermanos saltaban en tierra en la orilla opuesta; entregaron la barca á sus dueños, subieron á lo largo de la ribera, pasaron el puente de Londom-Bridge y atravesando las estrechas y sombrías callejuelas del Cuartel de la Torre, se detuvieron, subieron al collado que lleva el nombre de esta, é hicieron

alto cabalmente junto á una horca de hierro fija sobre un terraplen de mampostería, á cuya esplanada se ascendia por una pendiente escalera.

El verdugo se acercó al terraplen, abrió una puerta colocada en uno de sus costados, y que la oscuridad no dejaba percibir; entraron los dos hombres, y el verdugo tornó á cerrar.

Habian penetrado en un pequeño espacio húmedo y negro por el continuo contacto del humo, á quien sin duda daba mala salida un estrecho respiradero practicado en uno de los costados.

Los muebles que alojaban esta estraña vivienda, eran dos banquillos de madera, un lecho de paja cubierto por una vieja capa colorada, un hacha y algunos dogales: todo este conjunto miserable estaba alumbrado por una lámpara de barro encendida delante de un tosquísimo grabado representando una Vírgen, pegado en el muro en un ángulo de aquella especie de caverna, sobre el miserable lecho.

Dik miró con estrañeza los objetos que le rodeaban, sentóse en un banquillo, y apoyando su rostro ensangrentado en la mano derecha y el brazo de esta sobre su rodilla, fijó en el pavimento empolvado su mirada sombría y pensativa.

El verdugo permanecia de pié frente á él, mirándole de una manera tenaz; la espresion de indiferencia feróz de su rostro habia desapa-

recido, y su boca estaba fruncida por una sonrisa de amor y de amargura. Una madre hubiera mirado del mismo modo á un hijo desgraciado, vuelto á su vista despues de una larga ausencia.

—Qué mudado estás, Roberto, dijo al fin el verdugo; yo no hubiera podido conocerte.

—Muy mudado, Godofredo, ¿es verdad? añadió el montañés levantándose, ¿crees tú que no me conocerán en Lóndres?

—¡Oh! no; no eres tú ya el Roberto de otro tiempo, alegre y confiado, de tez blanca, cabellos blondos y talle esbelto encerrado en un justillo de seda; tampoco me conocen ya; una prision en la Torre cuando el corazon está desgarrado por desgracias tan sombrías como las nuestras, seria capaz de desfigurar al hombre mas fuerte.

—¡Con que has estado preso, pobre Godofredo!

—Preso no; retirado á una prision voluntaria; mi profesion de verdugo empezó por su situacion mas elevada; cuando murió James Church, ejecutor del rey, corta-cabezas de altos traidores, los heraldos de la prebostía llamaron á son de clarin á los que quisiesen sucederle; yo me presenté enmascarado; creí tener contendientes, pero nadie se presentó á disputarme la plaza que en mi desesperacion habia elegido; los hombres somos unos miserables locos, que no tocamos mas que estremos. Yo habia

querido ser un ángel salvador de la humanidad, habia sacrificado generosamente mis afecciones en favor de los hombres, y solo encontré ingratos y malvados; habia soñado en el amor de la mujer, y no encontré mas que infamias y traiciones. Un sueño desvanecido influye de una manera terrible en organizaciones como la mia; yo que antes de conocerle amaba al hombre, conocido le aborrecí; yo que amándole habia querido ser para él un ángel salvador, aborreciéndole quise ser su azote, su demonio, y me hice verdugo.

—¡Oh! hiciste bien, muy bien, murmuró sordamente Dik, devorando á largos pasos la estrecha vivienda del verdugo como un tigre encerrado en una jaula.

—Cuando me presenté en la conserjería de la torre, prosiguió el verdugo, me dieron esta espada, y me hicieron bajar á los calabozos; en uno de ellos habia un tajo, junto al tajo el cadáver de un preso, muerto tal vez de desesperacion. Cortar la cabeza á aquel cadáver era mi prueba; ¡oh! aquel momento fué terrible; mi espada dividió el tronco de un solo golpe, y se clavó rechinando en el tajo. Nada me dijeron; ni me preguntaron mi nombre, ni mi procedencia; me dieron este vestido colorado, una bolsa llena de monedas de cobre y un aposento en la torre; dos años estuve sin salir de ella; en dos años el calabozo donde hice mi prueba

me ha visto cortar muchas cabezas nobles; durante ese tiempo, la vista de la sangre desencajó mi mirada, mis mejillas enflaquecieron y se tornaron lívidas como las de un cadáver; el horror erizó mis cabellos, y cuando un dia arrojé una mirada sobre mi faz, reproducida en lo acicalado del escudo de un archero, no me reconocí; Godofredo habia desaparecido, solo quedaba el verdugo.

Un silencio sombrío sucedió á esta esposicion; Godofredo se dejó caer desplomado sobre un banquillo, y Dik siguió su paseo circular con paso mas fuerte y apresurado. De repente se detuvo y fijó su terrible mirada en su hermano.

—Tengo hambre, le dijo.

El verdujo se estremeció como la madre indigente á quien su hijo pide un pedazo de pan.

—¡No he comido en tres dias!

Godofredo se conmovió, una lágrima ardiente y sola asomó á sus áridos párpados.

—¡Tres dias! murmuró, hace tambien tres dias que consumí mis últimas patatas. ¡Oh! tiene hambre, y su hermano no le puede dar un pedazo de pan.

Dik volvió á su silencioso paseo; el verdugo se dió un golpe en la frente lanzando una esclamacion, como quien encuentra un recurso en una situacion desesperada.

—¡Oh! me habia olvidado, dijo; hubo un

tiempo en que teníamos trajes de seda, bordados de oro, y yo debo conservar uno de esos trajes.

Levantóse y retiró el lecho, debajo del cual habia un saco de cuero;

Godofredo al verlo dió un grito de alegría como quien encuentra un objeto que busca á la ventura. Abrió el saco, y lo primero que salió á la luz de una lámpara fué una espada.

—Arma de caballero, murmuró con indiferencia Dik tomando la espada. Buen temple, añadió blandiéndola con una soltura que probaba no era la primera vez que su mano empuñaba un arma de tal género. Despues con la curiosidad de un inteligente, arrojó una mirada sobre la hoja y la empuñadura.

Sus ojos se animaron, su boca se entreabrió en un movimiento de sorpresa; devoraba mas bien que miraba un escudo cincelado en una chapa de oro entre los gavilanes. El escudo estaba coronado por una diadema real, y en él, sobre una faja azul, se veia un leon rapante.

—Quién te ha dado esta espada? preguntó con ansiedad á Godofredo.

—Es un despojo del patíbulo, contestó friamente Godofredo.

Dik se estremeció, soltó la espada como hubiera podido soltar un hierro candente, y siguió en su solitario paseo circular.

—Mira, dijo Godofredo mostrándole un tra-

je de una tela verde semejante al terciopelo pesádamente bordado de oro, es un hermoso traje que yo vestia cuando hice mi prueba de cortacabezas; le he conservado, lo mismo que esa espada, porque cada uno de estos objetos me recuerda una historia. Antes de venderlos me hubiera dejado morir ¡pero tú tienes hambre!

—No, no, ni este traje, ni esta espada se venderán, contestó con firmeza Dik; ve si tienes otro recurso. Si no le hay, sufriré el hambre.

—No, no, esclamó Godofredo, es necesario que yo busque un pedazo de pan; ¡Dios mio! ¡pero ah! estoy loco; de todo me olvido; tengo en esta bolsa los cien florines que me dió para los bandidos de Sowttwark Adam Wast. De estos cien florines bien podré tomar uno para tí; ¿no es verdad, Dik?

—Haz lo que quieras, contestó este pensativo.

Godofredo descorrió los cerrojos de la puerta y la abrió.

—Aguarda, le dijo Dik, ¿dónde habita Adam Wast?

Godofredo llevó á su hermano al respiradero, y le dijo señalándole una pequeña casa contigua á la horca.

¿Ves allí una ventana iluminada por el reflejo de una luz?

—Sí.

—Allí vive Adam Wast.

—¿Y quién vela ahora en ella? ¿Él?

—No, su mujer.

—¿Sabes cómo se llama su mujer?

—Sí, Ketti.

—¿Y esa mujer tiene madre? insistió con voz profunda Dik.

—No, la loca Ketti murió hace un año, contestó maquinalmente Godofredo y salió.

IV.

Dik permaneció en el respiradero con la mirada fija en la ventana vecina, donde brillaba el reflejo de la luz. Mucho debia interesarle, puesto que inmóvil, atento, reconcentraba en ella toda su atencion, cual si pretendiese penetrar á través de sus paredes lo que acontecia en su interior.

Un momento despues se separó del respiradero. Su mirada recorrió el estrecho recinto del sótano, y vió en la oscuridad de uno de sus lóbregos ángulos un cántaro. Fué á él, lavóse el rostro y las manos de la sangre que los manchaba, y arrojando su gaban de montero, se vistió el traje de seda y oro que su hermano habia dejado abandonado sobre su lecho de paja. Cuando estuvo completamente vestido se ciñó la espada, y apareció un caballero gentil, si bien atezado y de manos membrudas, cosa en aquella época muy comun entre los caballeros

de mayor alcurnia, cortesanos con poca frecuencia, hombres de armas y caza siempre. Sirviéronle sus manos de peine, y sobre su larga cabellera se ciñó un gorro compañero del traje.

Era esta una túnica talar de anchos pliegues y mangas perdidas, sujeta por un cinturon del mismo género, de que pendia la espada; debajo de esta especie de sobrevesta, se veian un jubon de manga estrecha ciñendo los brazos, y un pantalon de seda encarnado aparecia en la estremidad de las piernas, ceñidas en su principio hasta el tobillo por unos botines de gamuza. El deslumbrante traje que vestia Dik, desdecia de una manera enérgica del aspecto del sótano de la horca.

El jóven se colocó de nuevo en el respiradero y fijó su mirada en la ventana de la casa vecina. Un silencio profundo reinaba en la plaza del Mercado, silencio interrumpido á veces por el chirrido de alguna carreta que acompañaba algun hombre en paso lento y forzado, ó por los pasos acompasados de alguna ronda de archeros. Los archeros se apartaban cuidadosamente de la carreta, porque su carga eran cadáveres apestados. Despues de estos ruidos transitorios, el silencio volvia á invadir la desierta plaza.

Una voz que cantaba dentro de la casa en que Dik fijaba su mirada, vino á interrumpir de nuevo el silencio; era una voz dulce, simpática,

melancólica; cantaba una balada de triste y lánguida armonia, cuya traduccion hubiera podido ser:

»¡Lóndres! ¡Lóndres! ciudad coronada, tú no eres tan hermosa como las aldeas de mi pais; no eres tan hermosa, orgullosa ciudad de Lóndres.»

»Las almenas de tus torres estan coronadas de niebla; las cabañas de mi pais se recortan sobre un cielo azul, velado por blancas nubecillas.»

»¡Lóndres! ¡Lóndres! tú eres sombrío como un cementerio; mi valle es alegre como un jardin.»

»¡Lóndres! ¡Lóndres! ciudad coronada, tú no eres tan hermosa como las aldeas de mi pais.»

La voz calló, el oido de Dik devoró hambriento sus últimas vibraciones. Hacia algun tiempo que habia cesado el canto, y aun le parecia escucharlo.

Un momento despues la luz desapareció de la ventana, é inmediatamente la puerta colocada bajo ella se abrió y se vieron dos mujeres. La una llevaba un lio en la mano y era jóven; la otra una lámpara de hierro y era vieja. La vieja cerró; la jóven se deslizó por la solitaria plaza, y pasó muy cerca del respiradero donde observaba Dik, que escuchó el crujido de un traje y el son de unas ligeras pisadas.

De un salto se puso Dik fuera del subterráneo, y empezó á seguir á la mujer.

La oscuridad era densísima, nada se veia á algunos pasos de distancia, y el leve rumor de los pasos de la mujer era lo único que servia á Dik para no perder su pista.

La jóven atravesó la plaza, se deslizó por el cuartel del Temple, y se dirigió á San James; sin duda reparó en que la seguian, puesto que se detuvo á la entrada del cuartel, residencia de la alta nobleza. Dik adelantó y se detuvo junto á ella.

—¿Quién eres? preguntó la niña con una voz argentina.

—Quién soy yo... ¿qué te importa? contestó trabajosamente Dik, mientras su sangre circulaba con una rapidez terrible, ¿dónde vas, Ketti?

Un grito débil, involuntario, salió de lós labios de la jóven, y Roberto la sintió asida de su cuello, sintió los latidos del seno de aquella mujer, y la oyó decir en acento indescribible:

—¡Dik!!...

La jóven no dijo mas, dobló su cabeza sobre el pecho del jóven, y empezó á llorar entre sollozos.

—Aparta, la dijo Dik separándola dulcemente, no es en mis brazos donde debo recibirte. Me has hecho traicion.

—No, no; me engañaron, contestó la jóven llorando, ¡te crei muerto!...

—Es decir...

—Que estoy casada.

—Bien, dijo Dik; es necesario que nos alejemos de aquí. Podria encontrarnos una ronda. Necesitamos hablar despacio, y es preciso que me conduzcas á cualquier parte. Yo no conozco á nadie en Lóndres.

—Sí, al palacio de lady Ester...

—¡Lady Ester!... esclamó con estrañeza Dik; ¿qué tienes tú de comun con lady Ester?

—Coso sus trajes, y le llevo uno para el baile que da esta noche Juan-sin-tierra á los nobles en White-hall.

—Y bien...

—Le diré que eres mi Dik; todo lo sabe porque es buena, y la he contado mis penas. Ella que es fuerte y poderosa nos protegerá, Dik.

La jóven se asió del brazo de Dik, que se dejó conducir. Al doblar la esquina próxima, un vivo resplandor se dejó ver adelantando hácia ellos. El primer movimiento de entrambos fué mirarse, sin pensar en inquirir la causa de aquel resplandor; la jóven era hermosísima, y en sus ojos grandes y melancólicos se pintó una espresion de asombro al ver el magnífico traje de Dik, deslumbrante al resplandor que cada vez se acercaba mas.

—¡Ah! Dik, dijo con tristeza Ketti, eres un gran señor.

—Silencio, dijo Dik.

El resplandor se habia detenido; le produ-

cian dos hachones conducidos por archeros que precedian á dos trompeteros y un heraldo á caballo. Dik y Ketti se ocultaron en el dintel de una casa y observaron; los trompeteros hicieron sonar tres veces las trompetas, y el heraldo gritó con voz sonora:

—Habitantes de la muy ilustre y leal ciudad de Lóndres: el muy alto y poderoso señor obispo de Eli, en nombre de su gracia el rey, os hace saber: que el nombrado Dik, montero contra los edictos en los cotos reales de Dindem-Wood, acusado de desacato á su gracia el rey, ha burlado la persecucion de los archeros y se ha ocultado en Lóndres. En nombre del muy alto y poderoso señor obispo de Eli, cincuenta marcos de plata al inglés noble ó pechero que presente su cabeza. ¡Salud al rey!

—Y bien, dijo Dik para sí, la cabeza de un monstruo está harto pagada, pero vale mas la de un caballero.

—Pobre hombre, esclamó Ketti conmovida, sin sospechar que asia el brazo de aquel á quien acababan de pregonar.

El heraldo y su comitiva adelantaron pasando junto á Dik. Los archeros se apartaron con respeto al ver el rico atavío del jóven, y siguieron adelante acompañados de algunos curiosos.

Bien pronto volvió la oscuridad, interrumpida un momento por aquel incidente. Nuestros dos jóvenes siguieron su camino.

—Decíamos que era traidor, dijo un hombre que á la sazon pasaba con otros, y cuya voz era igual en un todo á la de John Asta-de-buey; pobre muchacho, le acaban de pregonar.

—Nunca pensé que lo fuera, contestó una voz que hizo estremecer á Ketti de un modo que se hizo notable á Dik. Era la voz de Adam Wast.

Aquellos hombres se perdieron por una estrecha y larga travesía en direccion á White-hall.

Dik y Ketti tomaron otra calle en direccion opuesta.

—¿Cuándo llegamos? preguntó Dik á la jóven.

Doblaban entonces el guardacanton de otra calle, y en el centro de ella se veia el reflejo de las luces de un zaguan; era la única casa en la calle que se veia iluminada. Ketti la hizo notar á Dik y le dijo:

—Es allí.

Llegaron. El atrio, por decirlo asi, estaba alumbrado por una lámpara en que una estopa anegada en aceite producia una gran llama, á cuyo resplandor se veian monteros, pajes y palafreneros, con el blason de su dueño al pecho, y agrupados al rededor de una gran chimenea bebiendo, riendo y murmurando. Un esclavo etiope estaba á guisa de centinela apoyado en el dintel de la puerta. La jóven pasó sin difi-

cultad delante de aquel cancervero, que se interpuso al paso de Dik despojándose de la gorra y preguntándole en mal inglés, aunque con respeto.

—¿A dónde va monseñor?

—Conduce á ese caballero á la sala de armas, contestó Ketti que se habia detenido previendo aquella dificultad.

El negro tomó la lámpara, y Dik pasó siguiéndole junto á aquella turba de hombres de armas, monteros y palafreneros, que se levantaron descubriéndose en señal de respeto, y atravesó el zaguan, mientras Ketti se perdia por la entrada de una estrecha escalera.

El esclavo hizo pasar al jóven un largo patio de altos arcos góticos, subir una escalera, atravesar un largo y descubierto corredor, y abriendo una puerta, dijo señalando el interior á Dik.

—Hé ahi la sala de armas, monseñor.

El negro se inclinó y se alejó. Dik entró y cerró.

Se hallaba en un gran salon alumbrado por una sola lámpara colocada sobre una mesa en el centro de él; la dudosa claridad que irradiaba á pocos pasos de distancia, se quebraba débil y medrosa en caprichosos reflejos sobre la acicalada superficie de arneses, lorigas, espadas, hachas de armas y mazas de hierro, que componian las numerosas manoplas colgadas irregularmente entre los góticos calados de los

muros; las ogivas recargadas de grandes florones, estaban confundidas en la oscuridad, y sobre el embaldosado de mármol resonaban produciendo un eco sonoro los pasos de Dik, que pasaba y repasaba junto á aquellos brillantes trofeos, sin que le debiesen una sola mirada, sin que le arrancasen á su profunda meditacion.

Pero al pasar junto á una pequeña puerta, se detuvo levantando su cabeza como si despertase de un letargo: habia oido pronunciar su nombre á una voz de mujer, cuyo eco vino á herir en sus recuerdos lejanos, hablaba con Ketti.

—Es necesario creer en las apariciones, oyó que decia aquella voz; vé por él, Ketti; veamos si aun no ha desaparecido.

Una risa ruidosa y alegre terminó aquella observacion, á la que siguió un ligero altercado.

—No ois, que necesito franco el paso, dijo una voz junto á Dik, al mismo tiempo que una mano tocaba á la puerta.

Volvióse el jóven y vió junto á sí un hombre que retrocedió al ver el semblante de Dik, que hasta entonces habia estado de frente á la puerta, y que retrocedió tambien.

—¡Ah! sois vos, Agiab, gracias á Dios que os encuentro.

El nombrado Agiab tartamudeó algunas frases.

—No, ahora mismo no, añadió Dik dando una intencion á estas palabras. Por lo que veo, soy un gran señor, y los grandes señores es difícil que se pierdan en Lóndres.

Dicho esto, se apartó adelantando á lo largo de la sala; el otro hombre le miró profundamente y llamó con la mano á la puerta, que se abrió como obedeciendo á un resorte. Una jòven apareció tras ella con una lámpara en la mano: el que llamó pretendió entrar.

—Es imposible, señor Saul, dijo la jóven interponiéndose; la señora se está ataviando para el festin de White-hall, y es imposible verla. Luego añadió, arrojando una mirada á la sala y viendo á Dik que observaba esta escena: ¡Eh! caballero, el que habeis venido con Ketti la costurera, mi señora lady Ester desea que paseis á su cámara.

La maliciosa muchacha miró á Saul ó Agiab con un mohin picaresco, y despues de haber dejado pasar á Dik que se adelantó, cerró la puerta dejando plantado al otro, y corrió los dobles cerrojos dando salida á una insolente carcajada.

Dik alzó un tapiz separado de la puerta por el grueso del muro, y se halló en un pequeño retrete alhajado con todo el gusto de aquella época.

V.

Lady Ester.

Ántes de adelantar, Dik abarcó en una mirada el cuadro que procuraremos presentar á nuestros lectores. Era un saloncito octógono, de techumbre baja y ensamblada, de paredes cubiertas de cuero pintado y dorado, en que reflejaba la luz de dos lámparas de plata; la una estaba suspendida de la ensambladura; la otra colocada sobre una mesa de roble recargada de grotescas y pesadas molduras; una caja de hierro abierta ostentando ricas joyas, brillaba sobre la mesa; algunos sillones, tambien de roble de alto respaldo coronado por un blason entre follajes dorados, circuian el retrete, y multitud de pieles de oso hacian el oficio de alfombra. Aquella estancia solo tenia dos puertas; una era aquella por donde penetró Dik, otra pequeña tambien estaba colocada frente á esta, y entre las dos figuraba una alta ventana ogiva, perfectamente cerrada por tableros de roble, tambien blasonados.

Sentada en uno de los sillones junto á la mesa habia una mujer jóven, como de veinte y cinco años; una esclava negra, sentada sobre las rodillas frente á ella, estaba casi oculta por una placa de acero bruñido, en el que se reflejaba como en un espejo la jóven del sillon; dos jó-

venes casi niñas, alegres y risueñas, estaban apoderadas de su profusa cabellera negra; otra, la misma que introdujo á Dik, sentada sobre la alfombra, se ocupaba en calzarla una especie de coturno, y últimamente Ketti, de pié, pálida y sombría, estaba tras el sillon con un traje terciado en el brazo.

Dik habia sido introducido en lo que ahora llamariamos el tocador de una dama; en el sagrado recinto donde solo penetraban en aquella época los amantes favorecidos y los bufones.

Dik pasó alternativamente su mirada de Ketti á lady Ester, hermosuras brillantes que fijaban á un tiempo sobre él su mirada de una manera particular. En la de Ketti habia amor y celos, en la de lady Ester una viva espresion de admiracion, semejante á la que causa la vista de una persona conocida tras una larga ausencia.

Dik miraba del mismo modo á lady Ester, pero con una espresion de alegría que lastimaba de una manera profunda á Ketti.

—Con que sois vos, amigo mio, dijo al fin lady Ester dirigiéndose al jóven, que no habia adelantado un paso; acerca un sillon, Ketti, pronto aquí, mas cerca aun; sentaos, Roberto, sentaos, me alegro de haberos hallado olvidadizo, caballero; tengo mucho que deciros, mucho de que quejarme. Dejadnos solos, añadió dirigiéndose á su servidumbre.

La esclava y las doncellas salieron, arrojando

á hurtadillas una maliciosa mirada á Dik. Ketti, muda y silenciosa, parecia clavada junto al sillon que el jóven habia ocupado. Fué necesario para que saliese, que lady Ester repitiese su órden.

Ketti salió; los dos jóvenes quedaron solos.

Ester miraba á Dik de una manera avara; Dik devoraba la vigorosa hermosura de la jóven, abandonada en el sillon medio desnuda, con su largo cabello formando un marco negrísimo al rededor de un semblante encantador, y perdiéndose destrenzado sobre un cuello admirable y unos hombros de la mas mórbida redondez; una sonrisa fascinadora entreabria su boca voluptuosa, que callaba dejando hablar á dos ojos negros, lánguidos, enloquecedores.

Lady Ester era entonces la personificacion del espíritu tentador.

—Y bien, caballero, ¿dónde habeis estado cuatro años? ¿sabeis que tengo mucho que quejarme de vos? Casi, casi os habia creido muerto.

—Y bien, Ester, has recurrido á los vivos; y has hecho bien, ¡por la cruz roja! un obispo que da festines, y un judio que se arruina, son mas raros, mas preciosos que un mata-moros que se ennegrece al sol y al aire de la Siria.

—Y añadid á eso, que vuelve y se enamora... porque creo que teneis amores con una de mis criadas.

—Es verdad; necesitaba curarme del amor de una mujer hermosa, y recurrí á otra mujer hermosa.

—¡Curarte, Roberto! ¿y por qué?

—Veamos, Ester, contestó Dik colocándose, ó mejor dicho, abandonándose en la posicion mas cómoda; recordemos nuestro pasado; pero ante todo, haz que me traigan algo; no he comido en tres dias.

Lady Ester saltó de su sillon al oir esta demanda, que demostraba existia la mas lata confianza entre ella y Dik. Cruzó sobre su pecho un ancho ropon forrado de armiño, y corrió á la puerta por donde habia desaparecido su servidumbre.

—¡Ola! dijo.

La negra que hemos visto sosteniendo el espejo, se presentó; lady Ester la dijo algunas palabras en voz baja, y fué á sentarse junto á Dik.

—¡Tres dias! murmuró fijando en él una estraña mirada; ¿de dónde venís, caballero? contadme eso, me teneis impaciente.

—Sepamos antes en la posicion respectiva en que nos hallamos colocados, contestó Dik; hace cuatro años, cuando yo partia para Tierra Santa, era un jóven caballero de tez blanca, cuerpo delicado, cabellos blondos; me hallaba sobre el puente de una galera real, al lado de un rey que departia conmigo como con un hijo

á la vista del pueblo de Lóndres, que cubria ambas riberas del Támesis; me habia despedido de una mujer jóven y hermosa que me amaba, y aquella mujer asomada á las almenas de White-Tower, se despedia de mí la postrera vez agitando un lenzuelo al lado de una reina que saludaba tambien al rey y tal vez á mí; era yo entonces lo que se llama un favorito halagado por la fortuna, un hermoso jóven, un bizarro caballero, que podia escoger para su amor la mas noble, la mas hermosa de las mujeres de los tres reinos sin temor de ser desdeñado, á pesar de que su orígen era dudoso, y la nobleza de su raza empezaba en él mismo.

En este momento las dos jóvenes que hemos visto peinando á lady Ester, entraron precedidas de la esclava conduciendo una pequeña mesa en que traian un pedazo de jabalí, un jarro de oro lleno de vino, y una copa riquísima. Las jóvenes salieron, la esclava permaneció y escanció el vino. Dik comió.

—Si quereis que prosiga, dijo un momento despues Dik, haced que quedemos solos.

—Es sorda y muda, contestó lady Ester refiriéndose á la esclava.

—En ese caso, prosigo. La galera partió, la torre desapareció, desapareció en fin Inglaterra. El jóven caballero fué cruzado; se batió como un leon, porque amaba como un loco. Era pobre y sin nombre, y llegó á ser marques de Tiro.

—¿Cómo? esclamó lady Ester, ¿pues qué se ha hecho de Conrado?

—Murió en Jerusalen asesinado por el *Viejo de la montaña.* Es una historia de guerra que nada nos interesa.

—Y Ricardo...

—¡Pues! Ricardo me hizo donacion del marquesado; un marquesado que no era mas que un nombre, pero un nombre era mucho para lord Macclair.

Lady Ester nubló el rostro al oir este nombre.

—Me olvidaba, Ester, ese nombre debe entristecerte. Ignoraba que tu padre habia...

Dik se detuvo.

—¿Muerto?.... esclamó lady Ester fijando en Dik una mirada indagadora.

—O desaparecido, contestó Dik sin vacilar, de la manera mas natural.

Lady Ester siguió escuchando pensativa.

—Decia que el jóven tenia un título sin estados, y quiso tenerlos. Estaba empeñado en una guerra de conquista, y no creyó imposible encontrar un tesoro en Siria, para comprar un condado en Palestina. Pero la suerte le fué fatal. Firmáronse las treguas de Tolemaida, y despues de fiestas y torneos inútiles, se embarcó el cruzado con el rey en San Juan de Acre, casi lo mismo que habia desembarcado dos años antes, es decir, pobre y enamorado, con un título de marques de Tiro, un nombre de guer-

ra, un arnés de combate y algunos florines en la escarcela. Es decir: el nuevo marques era un aventurero sin mas bienes que su espada y el favor de un rey tan pobre como él.

Dik habia dejado de comer; lady Ester hizo una seña á la esclava, y los dos jóvenes quedaron solos.

—Ahora bien, el rey y el favorito pasaban horas enteras el uno hablando de su Berenguela y de su Inglaterra, el otro de su Ester. Ambos temian haber sido olvidados y vendidos, y ambos tenian razon. La Inglaterra ha renegado de Ricardo Plantagenet; Ester no llama ya su amante, su hermano, á Roberto el justador.

—¡Roberto!

—Antes me llamabas Dik; me decias yo te amo. Ahora me dices Roberto, me tratas como á un estraño...

—Y te recibo en mi retrete, Dik...

—Es que al entrar en ese retrete, pude ver á alguno que pretendia entrar tambien, contestó Dik con voz profunda.

—¡Saul! ¡vah! ¿y cómo quieres que pase las horas de fastidio que me acosan hace cuatro años? ¿no puede una mujer tener un juguete sin que se lo arrojen á la cara? Eres injusto, Dik.

—Y no bastándote un juguete, eliges otro en un obispo; es cosa estraña.

—¿Y si no fuese un juguete? observó con acento sombrío lady Ester.

—¿Luego no me han engañado?

—¿Crees que puede decirse á una mujer, tu padre ha desaparecido, no se sabe si vive ó si ha muerto, cuando esta mujer es la hija de lord Macclair, primer justiciero de Inglaterra, vasallo leal que sostenia los derechos del rey contra el obispo y Juan-sin-tierra, sin que esta mujer piense en vengarse, sin que acoja llena de placer el amor del que cree asesino de su padre?

—¡Ester!

—Sin que, oyéndose llamar hermosa, traiga sobre la cabeza del asesino una venganza cualquiera, aunque sea por medio de un loco celoso.

—Es decir...

—Que te amo, Dik; que no te he olvidado un solo dia; que he rogado á Dios por tu vida, si vivias; por tu descanso, si habias muerto; que no amo á nadie mas que á tí, ni pertenezco á otro que á tí, por mas que las apariencias me condenen.

Y Ester fijó en el jóven la mirada de sus hermosos ojos negros, intensa, fija, en que estaban pintadas la esperanza y la duda; mirada suplicante, apasionada, fascinadora, que hizo estremecerse de amor á Dik. El hombre desesperado empezaba de nuevo á amar la vida; con su amor renació su ambicion; vió pasar delante de su mente cien fantasmas tentadoras; la riqueza con sus alcázares opulentos, la nobleza con su or-

gullo, la voluptuosidad velada por nubes de perfumes; pasaron junto á él brillantes cabalgatas, pendones blasonados por cuarteles de oro, hombres de armas, esclavos servidores; junto á él estaba la mujer que le enloquecia, hermosa como la Vénus púdica, incitadora como la Vénus del Ticiano; estaba allí, con la cabellera destrenzada, sus ojos mirando á sus ojos, la hermosa boca entreabierta y los hombros desnudos; pero á veces detras de aquella mujer pasaban dos sombras de aspecto sombrío, dos sombras que fijaban en ella una mirada de amor que despertaba los celos y la cólera en el alma de Dik.

—Y bien, dijo dominado por sus sospechas, ¿si me amas, á qué alentar el amor de esos hombres?

—Oye, Dik, le dijo Ester acercando aun mas su sillon, y abandonándose en una posicion descuidada sobre uno de los brazos del de Dik, yo habia escuchado á esos hombres, porque los necesitaba; yo habia creido deber hacerlo, porque era mujer, y mis armas eran solo el amor; pero ahora que te tengo á tí tan valiente, tan generoso, tú á quien amo y á quien he elegido para hacerte dueño de todo el amor de mi alma, tú me vengarás ¿no es verdad?

Dik fijó una mirada recelosa en la mirada de Ester; solo vió en ella amor, súplica, esperanza.

Dik acabó de enloquecer.

—Sí, te vengaré, la dijo, pero es necesario que nos separemos, yo sufriré mucho junto á tí.

—Separarnos, ¿y por qué? ¿Cuando tras una larga ausencia vuelvo á encontrarte; cuando te he ofrecido mi amor; cuando te ofrezco mi nombre, mi fortuna, mi alma, separarnos? No, Dik, no quiero estar sola; no quiero tener el corazon seco entre esa turba de miserables cortesanos que me rodea, y me acosa y me fastidia; quiero tener á mi lado un hombre qué me ame, que me defienda. ¡Somos tan débiles las mujeres!

—¡Oh! Ester, esclamó Dik, me estás volviendo loco.

—Mira, Roberto mio, contestó asiendo una mano de Dik, yo conozco á un monje de San Bridge que es un santo; era el confesor de mi padre. Yo soy libre, rica, y te amo. ¿Por qué no unirnos?

Aquella manifestacion inesperada sobrecogió á Dik; la desgracia le habia hecho formar un concepto poco favorable de las mujeres. Creia que cuando estas llegan á cierta edad, no obran mas que por cálculo. Ester era hermosísima, noble como parienta cercana de la reina Berenguela, rica como un judío usurero. Él, segun han podido entrever nuestros lectores, era un hombre de orígen desconocido, pobre, reducido á vivir á costa de su espada ó de su ballesta. Por mas que cuatro años antes Ester le hubiese

amado, con la misma pasion que á su vuelta habia demostrado, temió ser un instrumento, una víctima destinada á cubrir algunos amores vergonzosos ó alguna miserable intriga de corte. Recordó las frases poco respetuosas que respecto á lady Ester se habian permitido los hermanos de la niebla, y dudó, pero por solo un momento; volvieron á pasar por su mente sus esperanzas y sus locos deseos, y aunque como antes se levantaron tras aquella ilusion óptica las sombras de Saul y del obispo, dijo para sí:

—¡Qué diablo! yo he amado á esta mujer con locura, y nunca la he olvidado de una manera absoluta; la he encontrado mas hermosa, mas resplandeciente en encantos, y conozco que ha vuelto mi amor con todo su frenesí; es verdad que su reputacion es ambigua, pero yo soy á propósito para hacerla marchar por un buen camino. Con ella tengo un nombre, riquezas, poder; sin ella.... sin ella me veré precisado á ahorcarme un dia cualquiera, ó á esponerme á que me ahorquen. Mis temores no pasan de ser sospechas; nada sé, y por consiguiente ya que Dios ó el diablo me presentan la ocasion, asirémosla por los cabellos. En todo caso, lugar me queda para ahorcarme.

En tanto que Dik formulaba este filosófico razonamiento, pretendiendo engañarse á sí mismo, Ester decia para sí:

—Es hermoso, valiente y jóven. Me ama;

es pobre, y todo me lo deberá; el obispo y Saul son unos miserables á quienes nunca podria amar; cualquiera de esos rancios barones ó lores me pedirian sin vacilar mi mano, si yo les lanzase una mirada de amor; pero me sepultarian despues en uno de sus horribles castillejos, colocados como un nido en la punta de una roca. Por otra parte, ninguno de ellos se atreveria á medirse con el obispo. Saul... en verdad es hermoso, rico, respetado por su riqueza, me ama con locura... pero es un hebreo á quien no puedo unirme, y luego, le aborrezco, es muy bajo, muy miserable. Roberto, Roberto. En todo caso, siempre es tiempo de tomar una resolucion desesperada.

Dik y Ester filosofaban casi del mismo modo; cuando hubieron acabado de reflexionar, se miraron casi al mismo tiempo. Ella esperaba una respuesta, él formulaba el medio de dar su consentimiento, cubriendo lo mejor posible las apariencias.

—Ester, dijo él estrechando entre las suyas la hermosa mano que la jóven le tenia abandonada, tu amor me enloquece, me llena de orgullo, pero soy harto desgraciado para atreverme á aceptarte por esposa.

—¡Cómo!

—Sí; acaso no sabes mi historia. Yo no tengo nombre, ni padres, ni pasado, ni porvenir; un dia al amanecer espusieron dos niños geme-

los en el atrio de la abadía de Wetsminster. Ricardo era entonces príncipe, y volvia de una ronda amorosa. Pasó por el atrio y oyó nuestros gemidos, porque éramos mi hermano y yo los niños espuestos. Ricardo, aunque siempre feroz, guarda instintos generosos tras el aspecto terrible que le distingue; nos tomó bajo la capa y nos llevó á White-Tower, residencia real de su padre Enrique II. Mientras vivió, Enrique el jóven su hijo primogénito, Ricardo y Juan eran unos hijos respetuosos que amaban á su padre. Ricardo llamó á sus hermanos y les presentó su hallazgo; los tres príncipes fueron á la cámara real, y el buen Enrique II adoptó á los pobres huérfanos y les señaló una corta pension. Nos trataron como hijos de caballero y nos dieron patentes de nobleza como hijos adoptivos de rey. Crecimos sin salir de la morada real; tú, Ester, eras dama de la princesa Berenguela; las galerías de White-hall oyeron nuestra primera declaracion de amor y nuestro juramento de pertenecernos esclusivamente. Despues Ricardo fué rey, y Berenguela su esposa. Un año adelante acompañaba yo al rey y me cruzaba en Mesina el mismo dia que Ricardo, Felipe Augusto, Godofredo de Bullon, y Guido de Lusiñan. Cuatro años mas, y nos vió volver el mismo mar que nos vió ir. Todos volvíamos con honra, pero todos tambien, reyes y vasallos, volvíamos pobres. Hasta ahora, Ester, mi suerte no habia

empeorado; pero estaba escrito que yo no debia volver á Lóndres como salí. Una tormenta nos arrojó sobre las costas de Venecia; nuestra nave quedó rota en los escollos, y yo me salvé á nado; no sé lo que fué de Ricardo, de Godofredo, ni de Lusiñan. Atravesé mendigando el Estado veneciano, la Suiza, parte de la Alemania, y volví á Lóndres hace dos años en una miserable barca de pescadores. Creí que mi casa era aun la casa de mis reyes, y pasé las puertas de White-hall. Juan-sin-tierra me desconoció, y el obispo, apoderado del trono, me llamó loco y me mandó dar de palos; creí que tal vez mé habria desfigurado, y busqué uno por uno mis amigos, que me reconocieron para insultarme...

—¿Y no viniste á mí?...

—¡Oh! no, preferí la duda; quise creer que tú me amabas aun, y no me atreví á ser tal vez desconocido por tí.

—¡Roberto!

—Eso hubiera sido para mí la última desgracia, y la evité.

—Y has venido esta noche despues de dos años.

Roberto se sonrió de una manera sombría.

—¡Ester! la dijo, cuando hace dos años entré en Lóndres, mi traje era un miserable traje de montañés, y mis armas un puñal. Ahora tengo una noble y buena espada y un traje de brocado. Este traje podrá ayudar mejor mis recuerdos.

—¡Oh! ¡qué injusto eres, Dik!

—Y sin embargo, te he pedido un pedazo de pan para mi hambre.

—Pues bien, yo no quiero que sufras, quiero partir contigo mi amor y mi porvenir; ¿te atreverás á rehusarlos cuando yo te los ofrezco?

—No; pero medita, Ester, que estos dos años he sido un bandido.

—Te habian insultado.

—Que mi cabeza está puesta en precio á son de clarin.

Ester palideció; en aquel momento, como si la casualidad hubiese querido unirse á esta escena, oyéronse muy cerca pisadas de caballos que cesaron debajo de la ventana del retrete; sonaron tres veces trompetas, y una voz robusta gritó:

—Habitantes de la muy ilustre y leal ciudad de Lóndres: el muy alto y poderoso señor obispo de Eli, en nombre de su gracia el rey, os hace saber: que el nombrado Dik, montero contra los edictos en los cotos reales de Dindem-Wood, acusado de desacato á su gracia el rey, ha burlado la persecucion de los archeros y se ha ocultado en Lóndres. En nombre del muy alto y poderoso señor obispo de Eli, cincuenta marcos de plata al inglés noble ó pechero que presente su cabeza. ¡Salud al rey!

Ester abrió la ventana; no era ya un corto número de curiosos el que seguia el pregon,

era una muchedumbre sombría y silenciosa, que precedia y seguia, llenando la calle en toda su estension, á los archeros y al heraldo.

—¡Ah! ¡Dik, Dik mio! dijo Ester cerrando la ventana; ¡oh! es necesario hacer pedazos á ese miserable. Es un asesino.

Entonces Dik recordó una circunstancia que tenia casi olvidada: su hermano le habia dicho al entregarle la espada, que aquella arma era un despojo del patíbulo. Entre sus gavilanes habia un blason, aquel blason estaba reproducido en la placa de la cadena que Adam Wast habia entregado al verdugo. Aquella cadena habia pertenecido un tiempo á Dik, y Adam Wast no podia poseerla por otro medio que por Ketti, á quien el jóven la habia confiado. Un embrion de ideas surgió en la mente del jóven, y tras ellas presintió una historia terrible que tal vez era la suya.

—Ester, dijo Dik á impulsos de estos pensamientos, ¿conoces esta espada?

Ester miró la espada que Dik le presentaba, dió un grito y esclamó aterrada:

—La espada de combate de Enrique II.

—¡Oh! gritó Dik; era del rey Enrique II esta espada.

—Sí, la entregó á mi padre con un terrible secreto; secreto que jamás reveló á nadie, y cuya existencia solo sé porque algunas veces me decia:

—Ester, esta espada es la reliquia de un mártir; esta espada guarda un secreto, y la desnudará solo quien deba vengar al rey. Ruega á Dios, Ester, que nos devuelva á alguna persona á quien amamos.

Dik se estremeció, despues se levantó con energía y dijo:

—Es necesario que nos separemos, Ester; la Providencia ha puesto esta espada entre mis manos, y debo saber si son ellas esas manos vengadoras.

—¡Oh! ¡tal vez! ¡tal vez! ahora recuerdo, sí, que mi padre te nombraba algunas veces... ¡oh! no te detengo, ve... pero ven tambien al festin de White-hall; te espero, quiero que me acompañes.

Dik fué á la puerta por donde habia entrado Ketti, y la llamó; la jóven apareció en el umbral pálida y agitada. Lady Ester, que habia olvidado los amores de Ketti y Dik desde el momento que vió á este, se inmutó.

—Esta mujer, dijo Dik á Ester notando su palidez y leyendo en ella un pensamiento, es un medio que nos puede servir de mucho, y es necesario que nada sospeche; y luego añadió alto: Vamos Ketti, he hablado á tu señora y me ha ofrecido su proteccion.

El semblante de Ketti se animó, arrojóse á los piés de lady Ester y besó la orla de su vestido. Ester tuvo lástima de tanto amor.

—Vamos, dijo Dik á Ketti, es necesario que salgamos de aquí.

Dik y Ketti atravesaron el umbral de la puerta por donde habian entrado, y al pasar por la sala de armas vieron esperando aun en ella al hebreo Saul.

VI.

Una traicion involuntaria.

Dik arrastraba tras sí á Ketti, y bien pronto salieron del cuartel de San James. Atravesaron á Wetsminster, á Walter Streed, y deslizándose junto á los muros de la Torre, pasaron el puente de Lóndres y se perdieron á través del arrabal Sowttwark.

Ketti no sabia á dónde la llevaban, pero iba contenta porque iba con Dik; ni una sola vez recordó su casita de la plaza del Mercado.

Al cabo Dik se detuvo en un oscuro callejon al fin del arrabal y llamó á una puerta; la casa estaba sumida en el mayor silencio, nadie contestó, pero el jóven creyó escuchar pasos leves en el interior.

—Abre, Robin, con una legion de diablos, gritó; soy yo, Dik.

Un momento despues se abrió la puerta, y apareció tras ella un jayan alumbrándose con una tea.

—¡Ah! sois vos, capitan, adelante; dijo el hombre. Por San Huberto, que es difícil conoceros con ese ropon de señor... adelante... siento no poderos ofrecer nada... los aldermen se han bebido mi último vino, que por supuesto no me han pagado, y un solo pedazo de pan que me quedaba, le he vendido por un florin al hombre colorado.

Dik se estremeció; así era como nombraba el populacho al verdugo. Su hermano habia buscado pan para él, y él se habia olvidado de su hermano. Casi se avergonzó.

—¿Hay alguien?

—Entre nosotros, capitan, el sótano está lleno. Si no fuese porque estan cien escalones bajo tierra, los oiríais. Con ellos está el hombre colorado, que volvió furioso un momento despues de haberse llevado mi pan. Mas de una vez os he oido nombrar, y os esperan segun creo. Pero por San Dustan os aconsejo que no bajeis con esta paloma, añadió señalando á Ketti; pudiera tener un mal encuentro.

Ketti se inmutó, y se cubrió apresuradamente con su velo.

—Silencio, dijo Dik, ¿está abajo Adam Wast?

—Sí.

—Pues bien, llévanos á otro aposento cualquiera.

Robin cerró la puerta y les precedió á través de una escalera diciendo para sí:

—Cáspita, no es la ocasion mas oportuna para burlar maridos, cuando es necesario sacar trigo de la cabeza del obispo.

Cuando hubieron llegado al piso superior, Robin abrió una puerta desvencijada, y los jóvenes entraron en un miserable aposento á teja vana.

A pesar de su estado miserable, aquel aposento tenia algo de estraño.

Robin, que sin duda era algo hablador, se encargó sin consultar la oportunidad del momento, de referir à Dik una historia que sin duda habia narrado un millon de veces á sus huéspedes, porque es de advertir, que aquella casa era una especie de taberna-meson, donde la gente perdida, las rameras y los estudiantes solian pasar las noches al abrigo de las rondas de los aldermen, que daba con ellos en la cárcel del condado de Surrey, ó en la picota de la plaza de Guy, si por acaso los encontraban vagando despues del cubre-fuego. Robin, pues, hizo notar á Dik una cama de encina cubierta por un mal jergon y cerrada por unas cortinas de color dudoso, dos sillones de baqueta y una mesa mugrienta.

—¿Veis todo eso, capitan? añadió tras su indicacion; en esos muebles se ha sentado todo un alto personaje; este miserable aposento ha visto morir á un rey.

Dik, dispuesto á despedir de una manera

brusca á Robin, pareció interesarse en su cuento, y dijo con interés.

—¡Diablo! ¿y qué rey era ese?

—¿Qué rey? confúndame Dios, capitan Dik, si no me habeis hecho una pregunta que me embaraza; porque yo no debo engañaros; cuando yo era montero y vos mi capitan me habeis salvado la vida.

—Pero ese rey, repuso Dik impaciente.

—Ese rey era.... cuando otros me han hecho esa pregunta, he contestado sin vacilar: el rey Offa (este nombre en aquel tiempo en Inglaterra equivalia lo que ahora en España el de Wamba), y he desfigurado una historia que pasó hace solo once años.

—Luego ese rey era....

—¡Enrique II de Inglaterra!

Ketti se levantó del sillon en que se habia dejado caer, y repitió con sorpresa.

—¡Cómo! aquí, en este miserable desvan ha muerto...

—Sí, hermosa niña, el padre del rey. Pero tened presente, capitan Dik, que yo á nadie he contado esto, y que vos sois y vuestra compañera los primeros que entrais en este cuarto, que no sean un monje y yo.

—¿Y á qué viene aquí ese monje? preguntó con interés Dik.

—A rogar á Dios por el alma del rey muerto, por la salvacion del rey vivo.

—¿Luego conocia á Enrique II?

—Era su confesor.

—¿Y cómo se llama ese monje, á qué monasterio pertenece?

—¡Llámase! lo ignoro; su rostro jamas le he visto. Un dia le seguí, y le ví entrar en la ciudad en el monasterio de San Bridge.

Dik escuchaba con la mayor atencion; cada palabra de Robin despertaba en él un nuevo interés. Robin conoció que era escuchado, tal vez con mas atencion que nunca, y sentándose sobre la cama, calló un momento como preparándose para un largo relato; Dik creyó oportuno sentarse, y se colocó en uno de los sillones. Ketti, que solo pensaba en su amor, maldijo en su interior al importuno hablador y se sentó tambien.

—Vosotros, hijos mios, seríais niños aun, dijo Robin dándose toda la importancia satisfecha del hombre que es escuchado con atencion por primera vez; sí, muy niños, cuando acontecieron los terribles trastornos del año ochenta y tres; yo era mas jóven, y pasaba mejor la vida... Karl... mi buena Karl...

Dik se agitó en su sillon con impaciencia.

—Es necesario que os refiera esto, continuó Robin notando el movimiento de Dik; es el principio de la historia. Karl, pues, era una buena muchacha de las montañas de Escocia, que bailaba como una hada y cantaba como un

bardo. Yo tocaba el laud y ella bailaba; los tarines llovian en mi gorra, y estábamos perfectamente; pero llegó un tiempo en que el pan estuvo escaso y en que los tributos crecieron. No gobernaba entonces el obispo, pero lord Macclair, favorito del rey, era un soberbio sanguijuela. El populacho ya no nos arrojaba mas que algunos miserables pedazos de pan; los tarines cesaron, y al fin nuestro canto y nuestro baile eran inútiles; entonces nos dijimos: pongamos una taberna y unámonos á alguno, porque no somos bastante ricos para traficar solos...

—Pero el rey...

—Paciencia, capitan, paciencia. Conocíamos á otra bailarina escocesa, y le propusimos que se uniera á nosotros. Acepto, nos dijo, necesito una casa donde vivir sin ser notada, y estaremos juntos, si vosotros aceptais mis condiciónes. Soy amante de un gran señor, y habreis de tolerar que frecuente la casa. Ya veis, capitan, que eran algo duras las condiciones; pero ella deshizo de tal modo nuestros reparos, que aceptamos y tomamos esta casa. Ya hace de esto diez y seis años. Todas las noches despues del toque de cubre-fuego, un hombre embozado en una larga capa, por un postigo que da á otra calle, entraba en esta habitacion por esa puerta; y Robin señaló una puerta pequeña inmediata al lecho, subiendo una escalera escusada.

Algun tiempo despues nuestra amiga tuvo una niña. Pasaron algunos años, y al fin llegó el ochenta y tres. Fué un año terrible, el pueblo agobiado por el hambre y los tributos, se rebelaba cada dia contra el rey, y Lóndres era un eterno campo de batalla; Enrique el jòven, Ricardo y Juan-sin-tierra, hijos de Enrique II, alentaban el fuego y al fin se declararon en abierta rebelion contra su padre, insurreccionaron el Poitú y la Normandía y se presentaron á las puertas de la ciudad al frente de un ejército. El rey se encerró en White-Tower, pero los normandos asaltaron la torre indefensa, porque no habia un solo inglés al lado del rey, mas que lord Macclair y el monje de San Bridge. Entretanto los normandos robaban á Lóndres, los hijos traidores partian el trono de su padre, y el infeliz viejo, perseguido por su primogénito Enrique el jóven, pasaba á la carrera acompañado de sus dos últimos servidores, el puente de London Bridge, y entraba en Sowttwark. A pesar del odio que profesaba el pueblo al rey, los habitantes del condado de Surrey no se atrevieron á secundar la infamia que habian ayudado los del condado de Middlesex; se apiñaron á la salida del puente, dejaron pasar al rey y rechazaron á Enrique el jóven. Fué un horrible combate; los de Sowttwark cortaron la madera del puente, y Enrique y algunos normandos cayeron al rio. La cólera de Dios cayó sobre el

hijo maldito; las aguas se cerraron sobre él, y solo se abrieron para arrojar su cadáver en la isla de los Perros.

Robin calló un momento como para observar el efecto que habia producido en sus oyentes lo pomposo de su último período.

—Parte de lo que has dicho lo saben todos, dijo con impaciencia Dik; lo que no es tan claro es lo que pasó por el rey antes de que su cadáver fuese depositado en Wetsminster.

—Cabalmente ese es el secreto, contestó Robin con cierto misterio. Al ver á los mas pacíficos vecinos armados con partesanas, palos y picas corriendo hácia London Bridge, cerré mi puerta y corrí á encerrarme con Karl en lo mas profundo del sótano. Nuestra compañera estuvo en este aposento asomada tenazmente á la ventana, á pesar de haberla nosotros invitado á ponerse en lugar mas seguro. Desde el fondo del sótano oiamos los gritos de los combatientes de London Bridge, que duraron hasta la noche. Luego sucedió un profundo silencio. Me aventuré á subir y nada oi; subí aun mas, siempre el mismo silencio. Atrevíme á llegar á esa puerta para llamar á nuestra amiga, y miré por las rendijas. ¿Sabeis lo que ví? añadió Robin deteniéndose como para dar un tinte solemne á su pregunta.

Dik se encogió de hombros.

—Pues bien, ¡ví al rey!

—¡Al rey! esclamaron á un tiempo Dik y Ketti.

—Sí, á Enrique II herido en esa cama, atravesado el pecho de un flechazo y espirante; junto á él estaban lord Macclair sosteniéndole, la bailarina arrodillada en ese reclinatorio, y un monje negro, cubierta la frente con el capuz de su manto, escuchaba sin duda la confesion del rey. Yo tambien escuchaba conteniendo mi respiracion; pero nada oí, hasta el momento en que el rey gritó incorporándose de repente:

—¡Perdonarlos! ¡perdonarlos cuando ellos me han asesinado! ¡no! ¡no! ¡maldito sea mi hijo Enrique! ¡maldito sea mi hijo Ricardo! ¡maldito sea mi hijo Juan!

—No los maldigais, señor, contestó el monje, tal vez alguno de ellos está ahora en presencia de Dios.

—¡Dios mio! esclamó el rey, ¿ha muerto Ricardo?

—Señor, no, observó lord Macclair, es de presumir que no.

—Me engañais, milord, me engañais.

—Pues bien, dijo el monje, perdonadlos, señor, perdonad al menos á vuestro hijo Enrique, que ha sido muerto por los habitantes de Sowttwark.

—El rey dió un grito y cayó desmayado. Pocos momentos despues volvió en sí y dijo con voz débil á lord Macclair:

—Tomad mi espada, milord, y guardadla; ya sabeis mi voluntad acerca de ella, y mis proyectos hácia ellos; tú, pobre mujer, á quien yo recogí de las calles de Lóndres, que has sido mi último amor, acércate y no llores, toma; y la dió un objeto que no pude distinguir; si mi Ricardo es rey, dile que muero perdonándole con sus hermanos, que proteja á tu hija, porque esa es la última voluntad de su padre moribundo. Despues cayó sobre el lecho, y un momento despues murió.

Robin habia callado; Dik callaba mirando sobrecogido de terror el lecho.

—Esa es la historia, dijo Robin; una historia muy triste en verdad, que á nadie he contado hasta ahora.

—Pero aquella mujer... observó Dik.

—¿Qué mujer?

—La bailarina.

—Se volvió loca, huyó, y no la he vuelto á ver.

—¿Y cómo se llamaba?

Iba Robin á contestar, cuando se abrió la puerta que comunicaba con la escalera escusada que hemos indicado, y apareció una sombra en su dintel.

—Silencio, dijo una voz profunda, tras la capucha de un manto negro; demasiado habeis dicho, y me place saber que un secreto de estado está en vuestro poder, maese Robin. Será

necesario poneros á recaudo segun creo. Caballero, cualquiera que seais, en nombre del rey, id á avisar á los guardas de la Torre.

Dik, á quien este estraño personaje se habia dirigido, no se movió; pero Robin, creyéndose perdido, quiso huir. El hombre negro le detuvo por un brazo con la fuerza de unas tenazas.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó Robin con todas sus fuerzas.

Una mano del hombre que le sujetaba tapó su boca, pero ya era tarde; oyéronse precipitados pasos de algunos hombres por la escalera, la puerta se abrió y entró Adam Wast; tras él venian los otros cinco hermanos de la niebla.

La fatalidad hizo que Ketti fuese el primer objeto que se presentó á la vista de Adam Wast. Verla y arrojarse á ella puñal en mano, fué obra de un momento. Dik se interpuso, y arrojó al furioso marido en tierra de una puñada.

En menos tiempo del que empleamos en describirlo, la estancia se tornó en un campo de batalla; el hombre del manto abrió rápidamente la puerta de escape y dió salida á Ketti, que cayó desmayada en el primer tramo de la escalera; Adam Wast se levantó furioso y embistió aquella puerta; la espada de Enrique II lució fuera de la vaina junto al lecho de muerte del mismo Enrique II, empuñada por Dik; el hombre del manto continuaba asiendo á Robin, que gritaba como un desesperado, mientras los her-

manos de la niebla, escepto el verdugo, acometian en círculo á Dik.

Justo era su renombre de justador; de una estocada tendió á John Asta-de-buey, mientras Williams Caridemus caia por otro lado abierta la cabeza de una cuchillada; solo quedaban tres contendientes, Adam Wast, Jorge Rak y Tom Flavi. Dik se habia retirado á un ángulo, y desde allí mantenia en un ancho círculo á sus adversarios. Tom Flavi esgrimia de una manera terrible su baston; Jorge Rak, inesperto y viejo, se arrojó en un momento en que creyó poder herir á Dik, y se atravesó en su espada; Adam Wast luchaba como un leon.

Oyéronse entonces precipitados pasos por la escalera principal, y Dik creyendo era acometido por nuevos enemigos, se tendió en una estocada, y Tom Flavi cayó para no volverse á levantar mas; la puerta se abrió y llenóse el aposento de alabarderos del rey, ó mejor dicho, del obispo; Adam Wast fué cogido por la espalda y sujeto. Dik bajó la espada, no viendo enemigos á quienes herir.

—¿Qué es esto? preguntó á Dik el aldermen que mandaba la tropa.

—¿Qué puede ser sino una tentativa de asesinato, cuando veis á un caballero defendiéndose de cinco jayanes?

Adam Wast arrojó una profunda mirada sobre Dik.

—El aldermen miró en derredor y vió cuatro cadáveres. Dik buscó á su hermano inútilmente; habia desaparecido.

—¿Y vos quién sois? preguntó el aldermen al hombre negro.

El interrogado habló algunas palabras en voz baja al aldermen, este se despojó respetuosamente de la gorra y dijo á los alabarderos:

—Esos hombres á la Torre.

Robin y Adam Wast salieron, el uno dando gritos espantosos, el otro callado y sombrío, entre la mitad de los alabarderos; el aldermen cuando hubieron salido preguntó al hombre del ropon:

—¿Os acompaño, monseñor?

Monseñor indicó al aldermen la puerta de salida; este saludó y desapareció.

—Mañana en San Bridge, al ponerse el sol, junto al atrio, dijo el hombre negro á Dik, y desapareció por la puerta escusada.

Dik permaneció un momento pensativo, mirando los cuatro cadáveres.

—¡Vah! debia suceder asi; la canalla siempre pierde.

Despues tomó la tea, recorrió la casa buscando á Ketti, y no la encontró. Luego salió de la casa y se dirigió lentamente á la de lady Ester. Cuando pasaba sus umbrales, la campana de la Torre vibró, irradiando entre el silencio los sonidos del toque de cubre-fuego.

VII.

Un florin por una cabeza.

Al otro estremo de la calle, en una de cuyas tabernas acababan de tener lugar los acontecimientos anteriores, oculto tras un guardacanton estaba un hombre.

Era Godofredo, que como hemos dicho habia desaparecido durante la lucha; estaba con el oido atento y la vista fija en aquella casa, de donde habia huido no queriendo defender á su hermano en una causa que creia injusta, ni pudiendo tomar parte contra él en favor de los hermanos de la niebla.

Al ruido del combate, el populacho habia abandonado en tropel los sótanos de la taberna, creyéndola invadida por archeros del obispo; pero vagaban á poca distancia, siempre prontos á huir mas lejos.

El ruido que surgia de las ventanas de la taberna era atronador; muebles que rodaban, chirridos de acero contra acero, juramentos y gemidos; una ronda que pasaba, entró, como hemos dicho, llamada por aquel alarmante rumor; á su entrada sucedió el mas profundo silencio.

Poco despues, parte de la ronda salió llevando presos á Adam Wast y á Robin. El primero andaba siempre silencioso; el segundo, que no

esperaba le aconteciese nada grato en la Torre, se hacia el reacio, dando grandes gritos y obligando á los alabarderos á comunicarle cierto deseo de andar con el regaton de las partesanas. Pero como sus gritos se sucedieron sin intermision, el populacho supo á ciencia fija que Adam Wast le acompañaba á un calabozo de la Torre.

Hay momentos en que las turbas estan predispuestas al motin de una manera formidable, y aquel por desgracia fué uno de ellos. Corrieron como frenéticos, si bien evitando ponerse al alcance de las armas de los alabarderos, y dando gritos, de los cuales los mas pacíficos atentaban á la cabeza del obispo y de la reina regente.

En un momento el arrabal Sowttwark se insurreccionó, y el genio de los motines estendió sus alas sangrientas sobre las turbas; los mas atrevidos penetraron en la taberna abandonada y la recorrieron; al llegar al aposento donde habia tenido lugar la catástrofe, un ahullido de indignacion salió de todas las bocas; los que no podian ver bien, atropellaron á los delanteros; la muchedumbre cargó sobre la desvencijada escalera de madera, que no pudiendo tolerar aquel peso inusitado, se desplomó.

No era necesario tanto para que el alboroto llegase á todo su incremento: los parientes de los que perecieron ó se estropearon en la caida,

pusieron el grito en el cielo, y atribuyeron la culpa de las recientes desgracias á los gobernantes, que habian asesinado á los cuatro hermanos de la niebla. Los que se hallaban en el aposento, tomaron en hombros los cadáveres ensangrentados, y hallando la comunicacion de la otra escalera, salieron á la calle; y para que nada faltase á lo terrible de esta escena, una tea perdida de las manos de uno de los derrumbados, prendió en la tablazon del suelo, y muy pronto la luz del incendio brotó sobre la vieja techumbre de pizarra, invadió las casas vecinas, y se levantó gigante y roja sobre Sowttwark.

Difícil hubiera sido entonces querer contener el motin; las turbas corrieron llevando en hombros los cadáveres ensangrentados, y se lanzaron á London Bridge; los archeros que lo guardaban cerraron la poterna de las torres que en aquel tiempo defendian el puente, pero en vano; las piedras y los proyectiles de todo género lanzados contra ella por la furiosa multitud la forzaron, y los archeros corrieron á cerrar la del otro estremo, que fué forzada tambien. La turba penetró en el cuartel de la Torre, y llenó la plaza de Tames-Streed.

Estacionóse allí, invadiendo la parte superior de Tower-Hill, tendiéndose á lo largo de Lombar-Streed, Fenchurch-Streed, hasta cerca de un cementerio situado donde ahora se halla el de All-Hallow-Barkurg.

Los gritos eran cada vez mas sediciosos.

—¡Abajo el obispo! ¡abajo la reina! ¡muera el justiciero Huberto! clamaban unos.

—¡Pan! ¡pan! ¡fuera tributos! gritaban los mas.

—¡Que suelten á Adam Wast! ¡que suelten á Robin! gritaban los cortadores, los mendigos, los estudiantes y los vendedores que habian sido pagados, y que llevaban en hombros los cadáveres de los cuatro hermanos de la niebla, en torno de los cuales ardian multitud de hachas.

—¡Ingleses! gritó un estudiante de derecho, subiéndose sobre los andamios de una casa que se estaba construyendo, en los cuales fueron colocados los restos de John Asta-de-buey, de Tom Flavi, de Jorge Rak y de Williams Caridemus, y alumbrados por hachones que los hacian visibles à la multitud; ¡ingleses! la sangre de cuatro buenos habitantes ha sido vertida por los tiranos. ¡Ingleses! ¡su sangre pide sangre! vamos por las cabezas del obispó, de la reina, de Huberto y de Juan-sin-tierra.

Reinaba el mas profundo silencio; silencio de horror, causado por la esposicion de los sangrientos despojos; la voz del estudiante fué oida en todo el ámbito de la plaza, y repetida por millares de voces, que ya no cesaron.

El pueblo nunca profundiza: al ver los cadáveres, persuadióse que habian sido inmolados por los archeros, y la indignacion llegó á su colmo.

Era un espectáculo solemne.

La Torre Blanca (White-Tower), con sus robustos bastiones y sus cuatro torres angulares, rodeada por los fuertes Biward, Siousgate, Santo Tomas, Legmount y Brassmount, con sus almenas coronadas de ballesteros, reflejaba el resplandor de los hachones de los sublevados, y recortaba su negro perfil sobre el fondo luminoso, producido por el incendio de Sowttwark. La plaza completamente invadida, ofrecia la vista de un revuelto mar cuyas olas eran de rostros, en cada uno de los cuales aparecia un mobin de amenaza; añádanse á estos gritos rabiosos, pedradas arrojadas contra la Torre, los gemidos de algunos heridos por los venablos de los archeros de la Torre, y se tendrá una idea inexacta del cuadro.

Entre tanto la gran campana de White-Tower lanzó al espacio, vibrando sobre todos los rumores, el lento y grave toque de cubre-fuego, á que contestó perdiéndose á lo lejos el sonido de la campana de San Pablo.

La multitud bramó con mas fuerza. El estudiante subido en el andamio, hizo un ademan de silencio, que fué obedecido á medias, y gritó poniendo en grave peligro sus pulmones.

—¡Ingleses! Dentro de la Torre hay dos buenos y leales habitantes, que serán muertos si no los salvamos. Es necesario que nos entreguen á Adam Wast y á Robin; es....

La voz del estudiante cesó de repente, su

cuerpo bamboleó un momento, y cayó en fin manchando de sangre á los que se apiñaban á sus piés. La situacion se hacia cada vez mas irritante, el asalto de la Torre se formalizó entre las voces de

—Mueran los infames, que suelten á Adam Wast y á Robin.

La fatalidad se encargó de ennegrecer la situacion de Adam Wast; habia sido preso por una causa independiente del alboroto, é indudablemente á no haber este tenido lugar, su situacion no hubiera sido desesperada.

Un hombre solo habia que no gritaba, envuelto en una larga capa en medio de aquel tumulto. Observaba en silencio, y recorria las turbas buscando la decision en todos los semblantes, mostrando en el suyo una marcada espresion de disgusto. Cuando la multitud se lanzó al borde de los fosos de la Torre, este hombre se dirigió al collado de ella murmurando á media voz:

—Esos locos rabiosos dejarán los dientes en la coraza de piedra de la Torre, y á no dudar, mañana hará falta mi presencia en ella. Es necesario empezar un juego arriesgado.

Diciendo esto llegó á la horca, abrió el postigo que ya conocemos, entró y encendió una tea: era Godofredo que habia seguido á la multitud desde Sowttwark: una vez allí, tomó un hacha y un saco, apagó la luz, salió y se dirigió

á All-Hallow-Barkurg, deslizóse junto á los muros de la iglesia y entró en el cementerio al mismo tiempo que un carro de apestados.

—Ola, maese Tomi, dijo Godofredo á un hombre, que apoyado en el dintel de la puerta, observaba con cierta curiosidad el tumulto de Tames-Streed; ¿cuánto quereis por dejarme elegir una cabeza entre esos cadáveres?

El interrogado se tornó á Godofredo y le miró con estrañeza.

—Que cuánto quiero, habeis dicho, por una cabeza apestada; ¡por San Dustan! ¿y para qué necesitais eso?

Godofredo no contestó; metió la mano en el bolsillo y sacó uno de los florines que no habia podido repartir, interrumpido por el incidente de la taberna de Sowttwark.

El sepulturero, que tal era el personaje requerido, gustaba poco de palabras inútiles, pues contestó á la entrega del florin que guardó:

—¡Enhorabuena! entrad; ¿necesitais que os ayude?

—Sí, traed una luz.

El guardian de los muertos volvió á poco con una tea, y sin decir palabra, empezó á andar indicando á Godofredo que le siguiese por la entrada de un oscuro pasadizo. Descendieron por una rampa de corta estension, y se encontraron en un subterráneo espacioso, de bóvedas bajas sostenidas por anchos pilares.

La atmósfera estaba impregnada de miasmas insoportables; al rededor de los pilares habia multitud de cadáveres desnudos y hacinados.

—¿Dónde estan los de hoy? preguntó Godofredo.

El hombre de los sepulcros, ó mejor dicho de las sepulturas, pasó algo adelante sin responder, y se detuvo delante de un pilar en que el número de cadáveres era escesivamente mayor que en los restantes.

—Mucho aflige Dios á Lóndres, dijo para sí Godofredo, y luego añadió alto dirigiéndose al sepulturero: Alumbrad.

El sepulturero alumbró impasible uno tras otro el semblante lívido de mas de veinte y cinco cadáveres.

—Basta, dijo Godofredo, que habia examinado con escrupulosa atencion cada uno de ellos; este me conviene, y señaló un hombre de mediana estatura, cuyo semblante desfigurado por la agonía, marcaba la edad de treinta y cinco años.

Lo que sucedió despues, fué obra de un momento; desembozóse mostrando á los atónitos ojos del sepulturero su traje colorado; asió el cadáver por los cabellos, le tendió sobre el suelo, y de un solo golpe le cortó la cabeza, que guardó en el saco. Despues se envolvió de nuevo en la capa, y desapareció. El sepulturero rompió por esta vez el silencio.

—Cáspita, dijo, ¿qué bruja será la querida del verdugo?

Cavó un hoyo, enterró el tronco mutilado, y tornó al dintel del cementerio y á su pasiva observacion.

El tumulto de Tames-Streed, seguia en toda su fuerza.

VIII.

Un instrumento roto.

Retrocedamos.

Dos horas antes de los acontecimientos que acabamos de describir, dejamos al judío Saul ó Agiab, esperando aun en la sala de armas de la casa de lady Ester, á tiempo que Ricardo Espada-larga salia con Ketti en direccion á Sowttwark.

Tiempo es ya de que nos ocupemos de este personaje, que paseaba impaciente por delante de la puerta que de una manera tan descortés le habia sido cerrada por la insolente doméstica, que habia introducido un hombre, á quien él segun veremos tenia poderosos motivos para aborrecer, en el retrete de una mujer que adoraba.

Quien haya conocido el amor en toda su estension, podrá formar una idea exacta del furor del israelita; añádase á esto, que al que nos

ocupa le habia cabido en suerte al nacer, una de esas irresistibles propensiones de dominio y de orgullo, con un carácter á propósito para adoptar cualquier medio, por deshonroso ó criminal que fuese, una vez herido en sus pasiones.

Nada mas cruel, nada mas implacable que un hombre que ama y se cree amado, cuando la fatalidad le muestra que el amor solo está de su parte; que ha sido, en fin, el juguete de una mujer. En este estado se encontraba Saul, cuando pasó delante de él el orgulloso y afortunado *Espada-larga*.

La puerta que comunicaba con el retrete de la hermosa condesa de Salisbury habia quedado abierta; Saul la empujó, y antes de levantar el tapiz, observó oculta tras sus plegaduras á Ester.

La jóven permanecia abandonada en el sillon, pensativa y replegada en sí misma, gozando con el recuerdo de Ricardo. Le amaba, y en su semblante estaba pintado todo su amor; amor confiado, inmenso, sublimado por cuatro años de ausencia y de esperanza; amor impaciente que se pintaba de una manera enérgica en sus ojos, que se revelaba en la agitacion de su hermoso seno.

El israelita no pudo sufrir mas, y se presentó de repente adelántando mudo y mesurado hácia Ester, que no reparó en él; Ester soñaba despierta.

Un momento permaneció Saul inmóvil, con la vista fija devorando á la jóven; al fin dijo en un acento que el furor hacia trémulo:

—¡Milady! ¡Dios os bendiga!

Ester volvió en sí al sonido de aquella voz, y frunció el soberbio entrecejo al ver á Saul; pero aquella espresion de un marcado disgusto fué reemplazada instantáneamente por una glacial y reservada indiferencia.

—Que Dios os proteja, Saul, contestó volviendo á su silencio.

Jamas habia sido recibido el judío de un modo tan estraño; siempre habia encontrado una sonrisa en la hermosa boca de la jóven lady; siempre una mirada afectuosa de ella habia contestado á su mirada de amor. Saul conoció que se hallaba colocado en una posicion ambigua.

—He venido, señora, á ofrecerme á vos como acompañante para el festin de esta noche; dijo haciendo un esfuerzo sobre sí.

Ester no contestó; seguia abismada en su meditacion; Saul se mordió con furor el labio inferior devorando un rugido. Despues, olvidando la prudencia, se desbordó.

—Paréceme, señora, dijo, que mi posicion respecto á vos es hoy enteramente distinta de lo que era ayer.

—¿Quién habla así delante de mí? esclamó lady Ester levantándose en un ademan tan so-

berbio, que hizo retroceder á Saul, ¿quién se atreve á entrar en el retrete de la condesa de Salisbury sin su consentimiento?

—¡Yo! contestó con impudencia Saul; yo que me creo con tanto derecho, si no con mas, qne quien acaba de salir de él.

—¡Miserable judío! gritó lady Ester sin cuidarse de ser escuchada; ¡perro infiel, á quien yo he admitido á mi presencia como se admite un bufon ó una bailarina!.. ¿habias llegado á creer, miserable, que la hija de mi padre habia fijado su atencion en tí, mas que como en un objeto de diversion? ¿que te habia igualado á un buen caballero, á Espada-larga, hermano de armas de Corazon de leon?

—Es decir, á un soldado de fortuna, á un hombre encontrado en su infancia en las gradas de Wetsminster, ¿y por qué no? ¿Porque soy judío, porque pertenezco á una gran nacion que no tiene otra mancha que haber sido vencida? ¡Vah! lady Ester, si vos sois entre los vuestros una noble descendiente de los Salisbury, yo soy rey entre los mios. El nombre de Agiab está escrito con letras de oro en la historia de mi pueblo. Y luego, no debiérais desdeñarme, porque si yo soy judío, judía sois vos, porque era judía vuestra madre.

—¡Mientes! miserable, como miente un judío. ¿Quieres saber por qué yo he doblegado mi orgullo hasta cruzar mi palabra con la tuya? ¿sa-

bes por qué yo he consentido que alientes una esperanza hácia mí?

—Vuestro padre habia desaparecido, habia muerto tal vez, y queríais vengarle; yo os ví, hermosa como las vírgenes de mi pueblo, y noble y grande como las heroinas de nuestra historia. Fuísteis para mí un tesoro de recuerdos perdidos, una ambicion gigante, un sueño eterno y apenador. Para llegar á vos, para hacerme reparar de vos, necesitaba elevarme. Era rico, y arrojé el oro con largueza. ¡Por el padre Abraham, señora! Esos orgullosos lores y barones me admitieron entre sí, porque mi oro entraba á manos llenas en sus arcas. La reina regente, Eleonora de Guiene, necesitaba mucho oro para alentar el bando que debia destronar á Ricardo y colocar en su trono á Juan-sin-tierra. Era necesario comprar á un precio exorbitánte la traicion de esos rancios nobles cristianísimos, y el judío infiel derramó profusamente su dinero á trueque de ser admitido á sus festines y á sus cabalgatas, donde solia veros alguna vèz. El conoceros, señora, me ha costado un tesoro, el llegar hasta vos, lo debo á la casualidad.

La jóven callaba con visibles señales de disgusto.

—Mi amor no os fué desconocido mucho tiempo, y le alentásteis, señora, porque os convenia. Sospechábais que vuestro padre habia sido muerto por Kewin, el rebelde obispo de Eli, á quien en vez de mostrar odio, mostrás-

teis amor. Kewin es un imbécil, y creyó que le amábais. Vos le esplorásteis, y vuestras dudas acerca del misterioso paradero de vuestro padre se tornaron en certidumbre. Entonces dijisteis: es necesario que este hombre muera; buscaré un enemigo poderoso é implacable... Dios me arrojó entonces junto á vos; leísteis en mí un amor loco, sin mas ambicion que vos, intenso lo bastante para doblegarme à servir vuestra venganza sin condiciones. Si vos me hubiérais dicho: necesito la vida del obispo, yo os hubiera traido su cabeza; pero os guardásteis bien de hacerlo: demandar un sacrificio es obligarse à otro sacrificio, y vos, pensadora mas de lo que vuestra edad promete, elegísteis un camino mas largo pero mas seguro. Alentásteis mi amor, lo elevásteis hasta la locura, y cuando le vísteis bastante empeñado para ser indomable, lo heristeis, señora, desdeñándome por Kewin. Los celos surgieron del fondo de mi alma, y ansié matar al obispo. Vos sabíais demasiado que esto debia suceder. Pues bien, escuchad: ¿ois ese rumor lejano que se pierde en direccion del cuartel de la Torre?

Ester, hasta entonces indiferente y glacial, escuchó un momento de una manera casi involuntaria.

En efecto, perdidas en el silencio, llegaban hasta allí las voces del motin de Tames-Streed; el judío abrió la ventana y dijo:

—Mirad, milady, ¿veis aquel resplandor rojizo que se levanta sobre Sowttwark? es un incendio. ¿Y sabeis qué pide ese pueblo que incendia y grita? la cabeza de Kewin, de Eleonora y de Juan-sin-tierra.

Ester dió un grito de alegría y se arrojó á la ventana, junto á la cual estaba Saul. El incendio habia crecido de una manera horrorosa; el arrabal de Sowttwark era una inmensa hoguera; sus habitantes, arrojados de él por las llamas, exasperados por las pérdidas que les ocasionaba el incendio, habian corrido frenéticos á engrosar el tumulto, y sus gritos se elevaban, subiendo como un alarido infernal, á la misma altura que las mas elevadas aristas del incendio; las tinieblas habian cedido á su resplandor, y un rojizo reflejo inundaba á Lóndres, al Támesis y á los campos, iluminando al par la ventana sobre cuya balaustrada adelantaba Ester su cabeza, con la misma espresion de cruel alegría que debió pintarse en el rostro de Neron al ver á sus piés á Roma convertida en una hoguera.

Ester leia harto claro su venganza en aquel terrible motin, y gozándola de antemano, estaba mas hermosa que nunca, con toda la terrible grandeza de su belleza, valiente, audaz, devorando en una ojeada aquel aterrador panorama. Saul se sintió desfallecer, su amor llegó al frenesí, y su brazo atrevido rodeó la esbelta cintura de la jóven.

Su primer movimiento al sentirse asida, fué una esplosion de orgullo indomable, inmenso, que aterró á Saul haciéndole caer de rodillas á sus plantas.

—Salid, miserable, gritó la jóven, salid ú os mando apalear por mis esclavos.

—¡Ester, perdon! gritó desesperado Saul; ¡perdon! yo te adoro y prefiero morir á provocar tu enojo; desdéñame, insúltame, pero no me arrojes de tu lado.

—Salid, repitió Ester cada vez mas implacable, mientras Saul se arrastraba á sus piés.

—Ama á Ricardo, dijo el judío con voz desfallecida; ámale, pero déjame que te vea; yo seré tu esclavo, el suyo...

—Salid, gritó con doble furor Ester.

—Pues bien, no saldré, dijo el judío levantándose con energía; llamad á vuestros esclavos; llamadlos si os atreveis.

Ester se dejó caer fatigada sobre el sillon.

—Lo veo, he sido un instrumento para vos, que rompeis cuando no os sirve: en buen hora; pero tened cuenta con mi venganza.

—Sois un miserable, Saul, y me obligareis á dar un escándalo en mi casa.

—Escándalo por escándalo; no saldré de aquí sin haberos deshonrado, dijo el hebreo yendo á cerrar las puertas del retrete. Pero en aquel momento, y antes de que Ester tuviese tiempo de llamar á su servidumbre, un hombre

entró en el retrete, envuelto en un ancho manto cuya capucha echó atrás, dejando ver un semblante anciano y venerable.

—Parece que he llegado á tiempo, hija mia, dijo el nuevo interlocutor.

—¡Ah! padre mio, bien venido sois siempre. ¡Dios os envia!

Saul quedó inmóvil como una estatua junto á la puerta que habia ido á cerrar.

En cuanto á vos, señor Agiab, hareis bien en poneros en salvo y ver si podeis salvar algo de vuestro oro, antes de que el pueblo llegue á vuestra casa.

Sea que el judío temiese verdaderamente por sí, sea que aprovechase aquella oportunidad para salir de una posicion difícil, desapareció por la puerta mas cercana, arrojando una mirada desesperada á Ester.

—Tengo qué hablarte, hija mia, dijo el anciano cuando quedaron solos.

—Os escucho, padre mio, contestó Ester.

—No, aquí no, pudieran oirnos.

Lady Ester tomó la lámpara que ardia sobre la mesa, y salió del retrete acompañada del anciano.

IX.

Una sorpresa.

—Me podreis decir, Surrey, qué resplandor es ese que se levanta sobre Sowttwark? ¿han

enloquecido los ingleses, ó adivinado nuestra llegada alumbrándola con el incendio?

Quien hacia esta pregunta á lord John Surrey, conde de Surrey, era el mismo personaje que al principiar nuestro relato, vimos apoyado en un mástil sobre la popa de una galera, que abandonamos en razon á lo lento de su marcha.

Cuatro horas habian trascurrido desde entonces, y al fin la galera llegaba al muelle de London-Bridge.

En la cámara de la galera habia cuatro personas. La que habia interrogado á Surrey, era un hombre de cuarenta y dos años, de aspecto severo y feroz, de alta estatura, y vestido con un camisote de mallas. Lord Surrey era un jóven de semblante franco, estatura mediana aunque membruda, tez atezada y mirada atrevida; junto á él habia otro personaje pálido, austero, de faz orgullosa y mirada indomable: era el conde de Esex; y últimamente, un segundon de la casa Norttumberland, jóven y de aventajada estatura, estaba apoyado en su espada en un ángulo de la cámara.

Todos estos personajes llevaban sobrevestas de ante, y cruces rojas en el pecho.

—¡Por San Jorge! milores, dijo el hombre que habia interrogado á Surrey, hemos llegado y haríamos bien en ponernos los arneses. Paréceme que habremos de llamar con las hachas en las puertas de nuestra casa.

Los tres lores descolgaron una pesada armadura de un costado de la cámara, y la ciñeron al que habia hecho aquella prudente observacion. Despues se armaron prontamente, y cuando estuvieron cubiertos de hierro hasta los ojos, el primero se dirigió á la puerta y dijo:

—Ola, maese Sult, haced que la galera aferre á la orilla, que se eche un puente y que desembarquen nuestros caballos.

Esta órden fué obedecida al momento, y poco tiempo despues los cuatro jinetes llegaron junto al rastrillo de un postigo de la muralla flanqueado por dos torreones.

—Un ¿quién va? lanzado desde las almenas, fué contestado por la robusta voz de uno de los cuatro.

—¡Inglaterra! gritó.

Hundióse el ballestero tras las almenas, y poco despues cayó rechinando el rastrillo sobre el foso. Un capitan seguido de cuatro ballesteros se adelantó á reconocer á los que llegaban.

—¿Quiénes sois? les preguntó.

—Adelantad solo con una antorcha, dijo Surrey.

El capitan adelantó, y el hombre atlético volviendo la grupa de su caballo á los archeros, se levantó la visera y dejó ver su rostro al capitan. Este se descubrió apresuradamente.

—Poneos la gorra y marchad en silencio de-

lante de nosotros, añadió aquel hombre calando de nuevo su visera.

El capitan obedeció. Los cuatro jinetes, precedidos del capitan, pasaron el rastrillo, que volvió á levantarse tras ellos.

A este tiempo los gritos y el alboroto de Tames-Streed llegaban á su colmo.

—¿Por qué gritan de esa manera, capitan? ¿qué hacen los archeros, que no dispersan á esa insolente multitud?

—No tenemos órden, señor.

—¿Y qué hacen Kewin y el príncipe Juan?

—Conspirar.

—¡Capitan!...

—Conspirar, señor.

—¡Ola! esto es serio, observó el hombre que asi interrogaba, lanzando una mirada desde el collado de la Torre á donde habian llegado, sobre Tames-Square; muy serio, milores, y con especialidad para la reina, el príncipe, el canciller y el justiciero; oid como piden sus cabezas.

En efecto, el pueblo ahullaba embistiendo la Torre. De en medio de este tumulto salieron otras voces numerosas y atronadoras.

—Viva el rey Juan, abajo los tributos.

—Viva el rey Ricardo, gritó otra voz que dominó las demas como el trueno domina los mugidos del huracan.

—¡Por San Bridge! esclamó el caballero que

observaba sobre la colina: asi Dios me salve, como esa es la voz de mi valiente *Espada-larga*. Capitan, volved á vuestro puesto. Milores, la guerra civil estalla. ¡A Tames-Square! ¡Adelante mi pendon!

—Surrey picó el caballo, llevando desplegado un pendon rojo; tras él aguijaron los suyos los otros tres caballeros, y bien pronto rompieron á cuchilladas por medio de la turba, entrando en Tames-Square; por la parte opuesta, un hombre solo á caballo, sin mas armas que una espada, rompia por medio de la multitud hiriéndola y gritando:

—¡Viva el rey Ricardo!

—Viva el rey Ricardo, gritaron los tres caballeros que seguian al hombre atlético, que heria á diestro y á siniestro, haciendo silbar en torno suyo una pesada hacha de armas.

La luz de las hachas de los amotinados reflejaba en las armaduras de los cuatro hombres; la del de la hacha de armas era dorada, y en torno de su yelmo se veia una corona real, al mismo tiempo que en su escudo un blason con un leon rapante en campo de oro.

—¿Quién se atreve á llevar en Lóndres arnés y pendon real? gritó un jayan fornido, encarándose al de la armadura dorada.

El preguntado se levantó la visera, y dejó ver á la luz de los hachones que le rodeaban su severo semblante.

El jayan cayó de rodillas.

—Salud, señor, dijo, y luego levantándose gritó arrojando su gorro al aire:—¡Viva el rey! ¡el rey ha vuelto! ¡el rey está en Lóndres!

—Ese no es el rey gritó una vieja. Ricardo Corazon de leon no volveria de noche y tan de tapada, Ricardo ha muerto. ¡Viva el rey Juan!

—Adelante, milores, adelante, gritó el de las armas doradas; yo enseñaré á esos traidores á que conozcan á su rey.

Pero era poco menos que imposible atravesar la multitud, que se habia agrupado en torno de los cuatro jinetes, y les alumbraban con un centenar de hachas.

—Es el rey, gritó el jayan deteniendo, á pique de ser atropellado, el caballo de Ricardo Corazon de leon (que él era en fin); es el rey. ¿No hay quien lo reconozca entre tantos?

—Sí, sí, gritaron un millar de voces: ¡Viva el rey!

Corazon de leon se levantó sobre los estribos y estendió su brazo armado en un imperioso ademan de silencio; la multitud calló como por ensalmo, distraida de su objeto anterior por otro nuevo.

—¿Qué hacen los habitantes de la buena y leal ciudad de Lóndres? gritó Corazon de leon en una voz que se dejó oir de todos; ¿por qué incendian mi corte y asaltan mi castillo?

—Pan, señor, pan; gritó el pueblo en coro.

—Abajo los tributos.

—¡La cabeza del obispo!

El tumulto volvia; algunas voces sin eco gritaron:

—¡Viva el rey Juan!

Corazon de leon perdió la paciencia.

—¡Silencio digo! gritó amenazando á la multitud con su hacha de armas, que calló á este ademan volviéndose toda oidos. ¡Silencio y plaza al rey! que el pueblo elija una diputacion, y que esta diputacion se nos presente al momento en la sala del consejo de White-Tower. ¡Adelante, Surrey, adelante mi pendon!

El pueblo calla mientras espera. Surrey adelantó por medio de las turbas, que abrian calle, y la escasa comitiva real llegó al rastrillo de la fortaleza; en aquel punto *Espada-larga* plantó su caballo junto al del rey, que al verle le tendió la mano estrechándosela como se la hubiera estrechado á un hermano.

A la vista del pendon real, el rastrillo de la Torre cayó dando paso al rey, á *Espada-larga*, Surrey, Esex, y Nortumberland.

Cerróse tras ellos, y el rey y su comitiva descabalgaron, pasando entre multitud de hombres que presentaban asombrados sus armas al ver á Corazon de leon. Las cóncavas bóvedas de la Torre gemian al eco de las aclamaciones de los soldados, que llegado el rey á la sala del consejo se agruparon á la puerta.

Corazon de leon adelantó hasta el trono, subió sus gradas y ocupó la silla real, siempre apoyado en su hacha de armas. Rodeábanle en lugar preferente Ricardo *Espada-larga*, Surrey, Esex, y Nortumberland; mas allá los altos funcionarios de la Torre y los capitanes de las tropas.

—Quién es, dijo el rey dominando con una mirada severa el concurso, ¿quién es el lord condestable de la Torre?

—Yo, señor, contestó temblando un anciano que se adelantó.

—¡Ah! sois vos, Apsley, esclamó el rey cada vez mas severo; ¿por qué habeis permitido que esa turba apedree mi palacio, mi cárcel y mi castillo?

—No tenia órdenes, señor.

—¿Y de cuándo acá se necesitan órdenes para contener un tumulto que rompe los límites de la ley, y aterra á los buenos y pacíficos habitantes de un pueblo?

—Me he espresado mal, señor, contestó cada vez mas trémulo Apsley; debí haber dicho que tenia órdenes de no batir al pueblo si se amotinaba.

—Es decir, traidor, contestó el rey levantándose con ira, que me vendias.

—Señor, vuestra madre, regente del reino por vos, responderá de esa órden.

—¿Y ordenaron tambien que permanecie-

ses impasible aun cuando se gritase viva el rey Juan? Apsley, entrega la custodia de la Torre á Esex. Esex, encierra en el calabozo mas profundo de la torre del Traidor á Apsley.

Algunos murmullos sordos sucedieron á esta órden.

El rey se adelantó al centro de la sala blandiendo su hacha de armas.

—¿Hay alguno que se oponga al rey? gritó.

Un silencio profundo fué la respuesta; Corazon de leon solo vió rostros adictos. Apsley fué conducido á la Torre del Traidor.

—Esex, continuó el rey, id al rastrillo é introducid á la diputacion del pueblo cuando se presente á nuestra presencia.

Esex salió.

El rey continuó.

—Vos, Ricardo, marques de Tiro, nuestro amado y valiente vasallo, el rey os hace lord de Inglaterra, y os nombra su guardasellos.

Espada-larga dobló la rodilla y besó la mano á Corazon de leon. El rey le alzó y dijo:

—Vos, lord John Surrey, conde de Surrey, nuestro compañero en el cautiverio, el rey os entrega su pendon real, que llevareis junto á él en la corte y campo. Alzad. Y vos, milord, añadió dirigiéndose á Nortumberland, os hacemos gran justiciero de Inglaterra, y os mandamos procedais contra lord Huberto.

En aquel momento Esex apareció en la puerta de la sala, seguido de algunos hombres del pueblo.

X.

Medidas preventivas.

Aquellos hombres que habian gritado en la plaza; que habian arrojado piedras á la temible Torre dentro de ella, y delante de un rey que tenia por cetro un hacha de armas y la corona ceñida sobre un yelmo de guerra, temblaron, no atreviéndose á dar un paso; fué necesario que el rey desarrugase su entrecejo y les mandase acercarse; pero una vez ante el trono, permanecieron mudos.

—¿Qué quereis pues? les preguntó el rey.

—Justicia, señor, contestó uno de ellos, para vuestra buena y leal ciudad de Lóndres.

—¿Quién se ha negado á hacer justicia á nuestra buena ciudad?

—La reina, señor, y el obispo de Eli.

Frunció el gesto Corazon de léon.

—Tenemos hambre, señor.

—Y bien, qué he de hacer yo á eso, si no me indicais los medios de satisfaceros.

—Señor, los nobles y los eclesiásticos han comprado todo el trigo para ponernos la ley y venderlo al precio que quieren. Eso no es justo.

—Pues bien, buscad vuestro pan en los cas-

tillos de los nobles y en las abadías de los clérigos.

—Pero nos ahorcarán, señor, porque tienen las armas en la mano. Vuestra alteza es nuestro rey y puede ahorcarlos á ellos.

—Muy atrevido eres. Pero vuestro rey no sabe si tendrá que batirse antes de ser obedecido. Vuestro rey ha vuelto de un largo cautiverio , pobre y desnudo como el hijo pródigo , de manera que os ha costado trabajo reconocerle; vuestro rey no posee mas que su hacha y su caballo. ¿Sabeis si el rey tendrá pan esta noche?

—¡Viva el rey! gritó la diputacion popular, aplaudiendo de aquella manera su último periodo.

—Pues bien, señor, contestó el que hablaba en nombre del pueblo, si el rey tiene hambre esta noche, nosotros buscaremos un pedazo de pan para el rey; si el rey encuentra traidores, nosotros nos agruparemos en torno del rey; si el rey es pobre, nosotros le haremos rico, dándole parte del fruto de nuestro trabajo.

A pesar de su ferocidad, Corazon de leon se conmovió , levantóse del trono , arrojó el hacha de armas, y despojándose de su cadena de caballero, le dijo entregándosela:

—Toma y preséntala al pueblo como una prenda de la palabra real, que empeña en su favor Corazon de leon; díle que su hambre cesará, que sus tributos se moderarán, que el rey

ademas le hace libre de ellos por un año. Guardad vuestro pan y vuestro dinero para vuestros hijos; al rey le basta por traje su armadura de guerra, por alimento el pan del soldado, por lecho una piel de tigre. Id y que se retiren las turbas; Sowttwark está incendiado, y hacen mas falta allí, que apedreando inútilmente la Torre.

Los delegados del pueblo no se movieron.

—¿Quereis mas? añadió el rey frunciendo el entrecejo.

—Señor, se ha vertido sangre inocente...

—Denunciad al causante.

—Es el obispo canciller, señor.

—Se le reducirá á prision, y se pondrá en juicio.

—Adam Wast y Robin han sido presos esta noche porque reclamaban los fueros del pueblo.

—Se pondrán en libertad.

—Pues bien, señor, si lo haceis asi, Dios os salve.

—La diputacion salió, dejando solo al rey con sus caballeros.

Corazon de leon abandonó el trono y empezó á pasear pensativo á lo largo de la sala del consejo. Todos los circunstantes callaban; solo se oia el ruido de las espuelas y la armadura del rey.

—¿Cuántos hombres de armas defienden la Torre? preguntó Corazon de leon á uno de los capitanes.

—Quinientos, señor, contestó el capitan.

—¿Y cuántos capitanean á esos hombres?

—Cinco, señor.

—Es decir: vós, Smitt, que sois el primero, Slow, á quien veo ocultarse desde que entré; tras Kewin que aun no ha levantado los ojos del suelo, y mas allá Sunders y Remi. Sabeis, mis valientes capitanes, añadió despues de una pausa el rey con acento profundo, que trascendeis fuertemente á traidores?

—¡Señor! balbuceó Smitt.

—Si no me engañan mis recuerdos, dijo el rey dirigiéndose á los soldados, veo entre vosotros semblantes conocidos. Paréceme que estos valientes son los mismos buenos normandos á quienes dejé en guarda de la Torre; pero recuerdo tambien que eran otros sus capitanes. ¡Eh! tú, Glow, mi buen archero, ¿qué se ha hecho de los caballeros que dejé á vuestra cabeza?

El archero adelantó un paso.

—Estan presos, señor; contestó.

—¡Ola! dijo el rey dirigiéndose á *Espada-larga;* Milord guarda-sellos, mandad buscar al llavero de la Torre.

—Aquí estoy, señor, contestó un hombreton adelantándose.

—Ve por las llaves de los calabozos donde haya presos de estado.

—Las tengo aquí, señor, contestó el hom-

bre haciendo sonar un pesado manojo que pendia de su cintura.

—Pues guia, dijo el rey; capitanes, acompañadme; y vos, Ricardo, añadió dirigiéndose á Espada-larga, tomad cien archeros, é id á aseguraros de las personas del obispo de Eli y del principe Juan; para evitar resistencia, tomad esta cédula firmada por nos y sellada con nuestras armas. Diciendo esto, escribia en un pergamino y le sellaba con su anillo.

Espada-larga tomó la cédula.

—Pero aquí, señor, se manda prender al gran justiciero y al lord guarda-sellos.

—Hacedlo pues.

—¿Y se comprende al príncipe Juan en esta cláusula: muertos ó vivos?

Meditó un momento el rey.

—Juan-sin-tierra no; si resiste, cercad el lugar donde se halle; si apela á la fuerza, sujetadle ¡vive Dios! y encerradle. Cien hombres bien pueden aherrojar á un leon. En cuanto á los demas, ¡sin piedad!

Espada-larga tomó cien archeros, y se dirigió á White-hall.

—Y vos, Surrey, continuó el rey; buscad los heraldos reales que deben estar en la Torre, y con suficiente escolta id con mi pendon á Cheapside, y proclamad á son de trompeta la vuelta de Ricardo I, rey de Inglaterra.

Surrey tomó el pendon y salió.

—Ahora, Nortumberland, seguidme á los calabozos.

El llavero rompió la marcha, llevando una antorcha; seguia el rey siempre con su hacha de armas; junto á él á alguna distancia á la izquierda el duque de Nortumberland; cerraban el acompañamiento los cinco capitanes, cabizbajos y aterrados, y algunos soldados con hachas.

Cuando hubieron llegado al revuelto laberinto de pasadizos abovedados donde estan los calabozos, el llavero se detuvo á la puerta de uno de ellos y abrió; el rey penetró solo.

Del fondo del calabozo practicado en el espesor del muro, se levantó un hombre pálido, casi desnudo, con largos cabellos y barba crecida.

—¿Ha llegado la hora? dijo; estoy pronto.

—¿Cómo os llamais? preguntó el rey.

El interrogado no contestó; estremecióse, púsose una mano delante de los ojos para evitar el resplandor de las antorchas que le deslumbraban, y fijó su vista en el rey; un momento despues, cayó de rodillas.

—¿Es vuestra alteza, señor, dijo, quien baja á mi sepultura, ó es vuestra sombra que viene á contemplar el estado á que me han reducido los traidores?

—¿Cómo os nombrais? insistió el rey.

—Guido de Richemont, contestó el preso.
—¿Cuánto tiempo hace que estais aquí?
—No lo sé, señor; la oscuridad y la desesperacion no tienen horas, dias, ni años. Solo recuerdo, que fuí preso dos meses despues de la partida de vuestra alteza á tierra santa.
—¿Quién os mandó prender?
—El obispo de Eli, señor.
—¿Os juzgaron?
—No, señor; presumo, que la causa de mi arresto ha sido, negarme á reconocer por vuestro sucesor al príncipe Artus de Bretaña.
—¿Y á quién entregásteis vuestros hombres de armas?
—Al capitan Smitt, señor.
—¿Smitt? esclamó el rey volviéndose á la puerta,
—Smitt adelantó pálido como un cadáver.
—Entrad y entregad vuestra espada al valiente y leal capitan Guido de Richemont.
Smitt obedeció.
—Capitan Guido, añadió el rey, nos os declaramos libre, y os hacemos nuestro primer escudero. Alzad; vos, Smitt, estareis aquí hasta que os juzgue mi consejo.
—Señor, perdon, gritó Smitt arrastrándose á los piés del rey.
—Cerrad; dijo Ricardo al caballero.
La puerta se cerró, el rey adelantó cual si no oyese los gritos desesperados de Smitt.

Tras éste calabozo penetró el rey en otros cuatro; en cada uno de ellos tuvo lugar una escena semejante á la anterior. Slow, Kewin, Sunders y Remi entregaron sus espadas á otros tantos capitanes adictos al rey, que habian sido presos pór la misma causa que Guido, y quedaron encerrados en su lugar.

El llavero siguió adelante, y abrió la puerta de una inmensa mazmorra.

—¿Quién está aquí? preguntó el rey.

—Monederos falsos, señor, contestó el llavero, sacrílegos é incendiarios.

—Cierra y adelante.

El llavero obedeció, deteniéndose á la puerta de un nuevo calabozo.

—¿Y estos presos quiénes son? dijo el rey viendo dos sombras en un ángulo.

—Un abogado llamado Adam Wast, señor, y un tabernero de Sowttwark, llamado Robin.

—Olá, los causadores del alboroto. ¿No teneis nada qué pedir? les dijo el rey.

Adam Wast no contestó, Robin se arrojó á los piés de Corazon de leon y esclamó:

—¡Gracia, señor, y revelaré á vuestra alteza secretos que tal vez le aseguren en el trono.

—¿Y qué me revelarán esos secretos?

—Traiciones, señor.

—¡Salid!

Robin salió, y á una seña del rey fué cercado por los archeros; el calabozo volvió á cerrarse,

y Adam Wast lanzó un rugido desde el ángulo en que se habia replegado.

—¿Quedan muchos presos?

—Este solo, señor, contestó el llavero abriendo otro calabozo.

El rey entró; un hombre anciano dormia tranquilamente sobre un monton de paja; al ruido que hizo el rey golpeando con el estremo de su hacha en el pavimento, despertó y se incorporó.

—Qué es esto, dijo, ¿han entrado los rebeldes en la Torre?

—¿Cómo os nombrais? preguntó el rey.

El preso se puso de pié.

—Stek, contestó.

—¿Por qué estais preso?

—Porque el obispo de Eli se empeñó en creer que no se habia derramado sangre en el calabozo donde murió el conde de Salisbury. Asi Dios me salve, monseñor, se engañaba; yo habia lavado la compuerta despues de la ejecucion.

—¿Luego sois verdugo?

—No señor, era llavero de la torre del Traidor.

—Salid, el rey os declara libre.

—¿Qué rey? preguntó Stek sin moverse.

—¡Imbécil! gritó Nortumberland; ¿qué rey puede ser mas que su alteza Ricado I de Inglaterra?

—Perdon, señor, esclamó Stek arrojándose

á los piés del rey; la desesperacion y el sufrimiento me han herido. Soy ciego.

—Alzad, dijo el rey; y tú, que has guardado á mis buenos servidores, añadió dirigiéndose al llavero, será bien que á tu vez seas guardado. Entrega las llaves á Glow. Glow, te nombro llavero de los calabozos de estado.

El archero á quien se dirigia Corazon de leon, asió las llaves é inauguró su nuevo destino, encerrando á pesar de sus gritos al destituido llavero.

Tras esto el rey siguió en paso rápido adelante al través de aquellos sombrios subterráneos, y subiendo una estrecha escalera de ojo, se detuvo delante de una compuerta de hierro: Glow buscó entre las llaves la de aquella, y abrió: el rey subió algunos escalones mas, entró en un pequeño recinto de bóveda ogiva y muros de estremado espesor, hizo abrir otra puerta, y penetró en un salon octágono con techo de ensambladura recargado de blasones y grotescos adornos dorados; los muros, las puertas, las ventanas pertenecian al gusto de la arquitectura normanda; una gran chimenea en que cabia una encina entera, mostraba aun ceniza y restos de troncos consumidos. En el centro de la cámara habia una pesada mesa de nogal cubierta de polvo y pergaminos, y tras ella un enorme sillon recargado de entalladuras, teniendo por respaldo un gigante escudo heráldico con la di-

visa de los Plantagenets, un leon rapante en campo de oro. Armas y arreos de guerra de todo género se presentaban por do quier á la vista, y llamaba asimismo la atencion un colosal armario lleno de infolios manuscritos que contenian la legislacion inglesa, la normanda su madre, las crónicas de Inglaterra, y artes de caza y de guerra. Frente á la puerta por donde penetró el rey, habia otra mayor que comunicaba á una antecámara; en ella desembocaba una escalera que nacia en un portal situado en un terraplen, al cual correspondian las dos únicas ventanas de la cámara; en esta, frente á las ventanas, habia un retrete abierto en el muro, y dentro de él un lecho cubierto por una piel de tigre. Esta cámara, cuyos accesorios hemos descrito, con un calabozo debajo y un terraplen encima, formaba el conjunto de la torre de Roberto el Diablo.

Sea que su denominacion agradase á la imaginacion romancesca de Corazon de leon, sea su gusto por todo lo que era normando, hallamos por resultado que le servia de morada el poco tiempo que la guerra le permitia estar en Londres.

Corazon de leon arrojó una rápida mirada en torno de su estancia favorita. La encontró exactamente como la habia dejado cuatro años antes para ir á tierra Santa; sobre la mesa estaba seco y en mal estado su viejo tintero de hierro;

en que el cincelador no habia olvidado su real blason; pergaminos en blanco y borroneados; infólios de cetrería abiertos y arrojados en desórden; el lecho revuelto como si acabase de abandonarle; todo en él mismo estado, pudiendo añadirse sendas colgaduras fabricadas por las arañas.

Todos se habian detenido á la puerta de la estancia real, escepto Nortumberland que alumbraba con una hacha arrancada de las manos de Glow.

El rey se dejó caer sobre el sillon, y puso sus dos manos sobre la empolvada mesa, como tomando posesion de su cámara; Nortumberland permaneció de pié.

—Y bien, he aquí que hemos llegado, dijo el rey, y creo que con la ayuda de Dios, como ahora somos dueños de la torre, dentro de una hora lo seremos de Lóndres, y mañana de Inglaterra ¡Ira de Dios! bien aprovechan el tiempo. Dos reyes para un trono ocupado; uno sostenido por el obispo canciller, otro por la reina regente. Mi sobrino y mi hermano se disputan ya mi corona. ¡Por san Dustan, amigos mios! sed menos impacientes, para que el rey pueda tener paciencia.

Luego añadió tras una corta pausa.

—Que entren esos buenos servidores.

—Ola, capitanes, gritó Nortumberland, su alteza os llama.

Los cinco normandos entraron y se arrodillaron ante el rey.

—Levantaos, mis valientes camaradas, dijo el rey dulcificando su ceño natural.

—¡Señor! murmuró Guido.

—Sí, camaradas de infortunio. Mientras vosotros estábais privados del aire y de la luz en poder del canciller, yo estaba en lo mas profundo de un calabozo, aherrojado por el cobarde y cruel emperador de Alemania. Y bien, ¿qué gracia pedis al rey?

—Serviros y defenderos, señor, dijeron á una voz los cinco.

—Y no teneis nada que pedir contra vuestros enemigos.

—Nada, señor, dijo Guido. Nuestros enemigos son los de vuestra alteza.

El rey hizo un ademan con la mano, que podia interpretarse por la frase.

—Ya nos veremos.

Pero observo, continuó el rey, que estais económicamente vestidos; temblais de frio, mis buenos amigos. ¡Ola! Glow, ve á ver si encuentras por los rincones de la Torre alguno de los antiguos galopos de mi baja servidumbre. Que inquieran si han quedado algunos trajes en mi guardaropas, si hay para el rey en Lóndres pan, luz, fuego y vino.

Glow partió como un venablo.

—Ahora bien, Guido, prosiguió Corazon de

leon, ¿recuerdas cómo se hacia mi servicio y el de la Torre?

—Sí señor.

—¿Y te atreverás á jurar que de esos quinientos hombres de armas normandos nos son adictos diez?

—¡Señor! esclamó un soldado que al parecer oyó estas palabras, asomando la cabeza á la puerta donde se habian detenido; ¡señor! los normandos no reconocen mientras V. A. viva otro señor natural, ni rendirán pleito-homenaje mas que á Corazon de leon, duque de Normandía.

—¡Ola! gritó el rey, ¡eres tú, Ralf! Guido, no os olvideis de mandar se apliquen á ese tuno veinte y cinco azotes.

Ralf retiró precipitadamente la cabeza, sin murmurar ni pensar en quejarse del castigo que el rey imponia á su atrevimiento.

—Ya los oís, señor, dijo Guido; siempre son vuestros normandos.

—Pues bien, id á mi guardaropas y que os den vestidos, despues traedme esos buenos muchachos á ese terraplen; quiero verlos juntos: luego recorreremos los puestos.

Los capitanes besaron sucesivamente la mano al rey, y precedidos de un normando que les alumbraba, salieron por la puerta opuesta á la que habian entrado.

—¡Vive Dios! milord, dijo el rey, que hay

momentos en que no trocaria el placer que siento, por la posesion de Jerusalen. ¡Ira de Dios, primo, debes estar cansado de sostener tanto tiempo esa antorcha! ¡Estraña posicion para un rey! ¡tener que arreglar su casa como un miserable!

A punto apareció Glow con una lámpara de hierro encendida; Nortumberland arrojó la antorcha al hogar, que cayó á propósito para prender en un haz de leña que arrojaba en él un pajecillo de la servidumbre real; otros tres pajes traian sobre bandejas de oro una opípara cena; un quinto estendió sobre la mesa un paño de púrpura, y colocó sobre él dos candelabros de oro con bujías de cera.

—Diablo, esclamó Corazon de leon sorprendido; ¿á qué hada debemos tanta grandeza?

Glow se adelantó tímidamente dando vueltas á su gorra, sin atreverse á hablar; con la velocidad del fluido eléctrico habia circulado á alguna distancia la noticia de los veinte y cinco azotes decretados por el rey en favor de Ralf, y Glow temia esponer siendo indiscreto sus espaldas.

Un movimiento de impaciencia de Ricardo le hizo hablar.

—Señor, dijo con miedo, el príncipe Juan da un festin esta noche á los nobles en Whitehall, y ha mandado preparar la cena en el gran

salon del consejo en White-Tower para despues del festin.

Concluida esta contestacion, Glow y los pajes desaparecieron, quedando otra vez solos el rey y Nortumberland.

—Ya lo ves, milord, dijo Corazon de leon mientras devoraba un pernil de vaca; ya lo ves. El pueblo tiene razon, ¡uñas de Satanás! insultan su miseria, haciéndole oir el rumor de los festines, dándole á oler el aroma de sus comilonas. ¡El pueblo tiene razon! le sangran para engordar con su sangre; la alegría de esos miserables es la muerte de Inglaterra. Y bien, ya que hemos encontrado pan, tomémoslo; que esos leales servidores que acaban de salir de una prision gocen de esos preparativos de orgía; que se entreguen al soldado los vasos de oro y los paños de púrpura. Haz que se lleven esto; he concluido.

La cena de Corazon de leon habia sido como siempre muy parca. Los pajes entraron y recogieron el brillante servicio, dejando solo los candeleros de oro.

Sentóse el rey junto á la chimenea.

—Que entre el preso, dijo.

Nortumberland hizo entrar al preso, y salió. Corazon de leon y Robin quedaron solos.

XI.

Principios de revelacion.

El rey fijó una mirada escudriñadora sobre el semblante de Robin, y solo vió en él la espresion de un terror pánico.

—¿Qué tienes que revelarme? preguntó el rey.

—Señor, contestó Robin con voz ininteligible; he visto morir á vuestro padre.

El semblante de Corazon de leon se nubló.

—Adelante, dijo con voz entrecortada.

—Es señor que ese es mi único delito.

—¡Cómo! y el alboroto de esta noche.

—Perdon, señor, yo creia que vuestra alteza habia muerto.

—¡Ira de Dios! ¿tú tambien? esclamó el rey cada vez mas sombrío; con que es necesario que me deje palpar de mi pueblo, que pasee en procesión por las calles de Lóndres, para que los ingleses crean que estoy vivo. ¡Por san Jorge! yo les probaré muy pronto que aun tengo sangre en las venas.

—Cortad algunas cabezas, señor, y creerán en vuestra alteza.

—Con que eres mi consejero. Y bien, qué cabezas son esas.

—La del obispo de Eli y la de Juan-sin-tierra.

El miedo hacia temblar á Robin.

—Luego conspiran.

—Sí señor; el obispo pretende que sea rey Artus de Bretaña, y Juan-sin-tierra alega que es vuestro legítimo heredero.

—¿Y sabes tú los nombres de los qué estan empeñados en esta empresa?

—Yo no, señor, pero alguno hay que lo sabe.

—¿Quién?

—Adam Wast.

—¿Ese preso cuya libertad pedia el pueblo?

—Sí señor.

—¿Y quién es ese hombre?

—Señor, prometedme perdon y todo lo revelaré.

—Adelante, gritó el rey impaciente, dando una furiosa patada en el pavimento.

—Vuestra alteza me pregunta quién es, y necesito tomar la historia algo lejos, continuó Robin sudando de angustia; es compatriota mio, nacido en el condado de Kent; su padre era mercader, y vivia junto al mio que era herrero. Siempre estábamos juntos; cuando llegamos á ser hombres, Adam Wast siempre meditabundo y reflexivo se tornó mas pensador que nunca, y empezó á esquivar mi compañía. Yo le busqué y le reconvine por su abandono.

—«Robin, me dijo; para los juegos de la infancia todos los compañeros sirven, para ayudar la ambicion de un hombre como yo, para

elevarse con él; son necesarias dotes que tú no posees.»

—¿Y cuál era la ambicion de ese hombre? preguntó Corazon de leon arrojando una intensa mirada sobre Robin:

—Oidlo señor, contestó este: nosotros nada debemos á la fortuna, me dijo Adam cuando le hice una pregunta igual á la que vuestra alteza acaba de hacerme; nada debemos á la fortuna que nos ha arrojado en un círculo que no nos ofrece otro porvenir que un trabajo asíduo y degradante; mira tus manos: estan negras, ásperas, encallecidas por el roce de las tenazas; yo paso mi vida midiendo terciopelos en el fondo de la oscura tienda de nuestro padre; repara esos caballeros que tienen la mirada orgullosa, una espada á la cintura, y llevan pajes y bufones tras sí con su blason al pecho y la argolla de esclavos al cuello. Esos hombres son como nosotros. ¿Qué nos falta para igualarnos con ellos? Fortuna, la fortuna es de quien la busca.

—No pensaba mal el perillan, observó el rey; y luego ¿qué aconteció?

—Huimos de casa de nuestros padres, contestó Robin, robándoles el dinero que pudimos, y nos encaminamos á Ossford. Allí nos dedicamos al estudio de las leyes. De los abogados se hacen los cancilleres, decia Adam, cuya primera ambicion era ser canciller, y se dedicó con ardor al estudio, adelantando de una manera

prodigiosa, mientras por el contrario mis deseos y mis esfuerzos fueron inútiles para ponerme á nivel de los estudiantes menos aventajados. Tenia razon Adam; yo no servia mas que para forjar hachas y arados.

Adam concluyó sus estudios, y á pesar de que yo nada habia adelantado, no me abandonó; seguí á su lado, pero me hizo trabajar escribiéndole sus defensas; casi me tiranizaba, yo fuí su primer esclavo.

Su dependencia llegó á ser para mí insoportable, y me separé de él; antes de separarnos me dijo:

—Robin, ten en cuenta que eres dueño de mis secretos (en el ejercicio de su profesion habia cometido algunas infamias, de que yo era conocedor y á veces partícipe); que nos habíamos unido para buscar fortuna, y que tú eres el primero que abandona la senda empezada, porque no eres capaz de procurarte fuerzas para seguir; vete en buen hora, pero sabe que dependes de mí; que cuando te necesite te buscaré; que si me vendes me vengaré.

Ofrecíle callar, y me puse en camino para Lóndres; un dia que estaba fatigado, me senté á comer junto á un arroyo, y poco despues una mujer que hacia el mismo camino, se sentó junto á mí.

Ruego á V. A. me dispense un tanto de paciencia, observó Robin notando un movimiento

del rey, porque siguiendo la marcha de mis aventuras, me será mas fácil espresar lo que á V. A. conviene saber.

Corazon de leon mudó de postura, arregló unos tizones, y siguió escuchando de una manera indiferente.

—Aquella mujer, prosiguió Robin, iba estrañamente vestida; su traje consistia en un faldellin de seda muy usado, tan corto que apenas cubria sus rodillas desnudas, dejando descubiertos sus hombros y parte de su seno, que asi como su cabeza y su cuello eran de una hermora brillante aunque algo selvática, y un tanto ajada por un trabajo continuo y violento. Llevaba la banda de seda azul de los trovadores provenzales y una pequeña arpa. Era una de esas pobres mujeres que venden su cuerpo al vicio y su alma al diablo, lanzada á esa profesion aventurera que no hubiera existido sin la proteccion de la hermosa y desgraciada lady Rosmunda.

Al oir este nombre, los músculos de Ricardo se estremecieron de una manera imperceptible, y sus ojos brillaron con una espresion particular, que desapareció con la velocidad del relámpago.

—Aquella mujer, continuó Robin, me saludó, y arrojó sobre mi escasa comida una mirada involuntaria. Me compadecí, y la invité á que participase de mi frugal alimento que aceptó;

ella era hermosa y de costumbres libres; yo era jóven y enamorado; ella me refirió en tres palabras su historia. Se llamaba Clari, no tenia padres, y era trovadora. Le conté la mia con la misma brevedad, y cuando hube concluido fijó en mí una mirada que me hizo estremecer.

—¿Quieres, me dijo apoyando su mano en mi hombro, unir tu fortuna á la mia?

—Sí, la dije acabando de enamorarme.

—Pues bien; tú no has amado, ni sabes mas que batir hierro; yo te daré mi amor y te enseñaré á bailar y tocar el arpa. Antes de que lleguemos á Lóndres, ya sabrás lo bastante para acompañar mi canto y recoger los tarines que ganemos. Tras estas palabras, sobre aquella misma pradera me dió la primera leccion de amor y de baile.

—Menguado, gritó el rey dando un furioso puñetazo sobre uno de los brazos de su sillon; sé breve, ó veremos si en el potro nos dispensas de lo inútil de tu charla. ¡Adelante!

—Es que, señor, por resultado de esta vida tuve la honra de alojar muchas noches en mi casa á S. A. el rey Enrique II.

—Adelante, insistió el rey.

—Llegamos á Lóndres, prosiguió Robin, y allí conocimos otra bailarina escocesa, á quien nos unimos para poner una taberna con el fruto de nuestros mutuos ahorros. Ketti, que asi se nombraba, nos impuso por condiciones que

guardásemos secreto y prudencia acerca de un alto personaje que se habia enamorado de ella, y en verdad, señor; Ketti era muy hermosa.

—¿Y quién era ese personaje, preguntó el rey fijando su mirada de águila en la de Robin.

—Su alteza Enrique II de Inglaterra, señor, contestó inclinándose Robin.

—Mi padre, esclamó el rey levantándose de repente y adelantando un paso hácia Robin; ¿y quién te ha dicho, miserable, que el amante de la bailarina era mi padre y no otro?

—¿Recordais, señor, contestó Robin temblando de antemano por temor al resultado que pudiera tener lo que iba á decir, recordais, señor, el 1.º de julio de 1189?

El rey palideció, apoyóse trémulo en el cornisamento de la chimenea, y Robin que le miraba con ansiedad, vió resbalar una gruesa lágrima á lo largo de su tostada mejilla. Despues pasó una mano por su frente cubierta de sudor, y empezó á pasear á lo largo de la cámara.

—No fuí yo, murmuró el rey de modo que no pudo oirle Robin; no fuí yo, señor, fué mi hermano Enrique.

De repente se pasó delante de Robin.

—¿Y cómo sabes tú eso? le preguntó.

—Vuestro padre murió en mi taberna de Sowttwark, señor, y yo por una casualidad estuve presente á su agonía.

—Mientes, mi padre murió en Chinon el 6 de julio de 1189.

—Eso dijeron, señor; al dia siguiente del combate de London-Bridge, un carro cubierto salió de Lóndres; aquel carro era escoltado por el conde de Salisbury, y contenia los restos del rey. En Chinon se publicó la muerte; se dijo que el rey habia muerto allí de pesar, porque esto era menos escandaloso que decir habia muerto herido por un venablo en el puente de London-Bridge, cuando huia de su hijo el príncipe Enrique el jóven.

Por esta vez el rey se dominó y tornó á sentarse; su voz mas ronca, mas profunda que antes, se dejó oir dirigiéndole á Robin la palabra:

—Sigue.

Robin prosiguió.

—De los amores del rey y de la bailarina nació una niña; antes de espirar, el rey llamó á Ketti y la dijo: si mi Ricardo es rey, dile que muero perdonándole, que proteja á tu hija, porque esa es la última voluntad de su padre moribundo.

—¿Y dónde está esa mujer? preguntó el rey cuya mirada se dilató.

—Ketti, señor, ha muerto, y su hija vive en el collado de la Torre, frente á la horca, junto á los muros de la iglesia de All-Hallow.

—¡Su hija!

—Su hija, señor, es la esposa de Adam Wast.

—¡Esposa de Adam Wast! esclamó el rey con estrañeza.

—Aun no habia concluido, señor, contestó Robin. Despues de aquella catástrofe, Ketti enloqueció, y nosotros la tuvimos algun tiempo, y criamos la niña. Cuando murió el rey, Ketti, que asi se llamaba, solo tenia dos años; á los doce era la mas hábil costurera de Lóndres.

—¡Costurera! murmuró el rey con amargura.

—Sí, señor; jamas pudimos recabar de Ketti se presentase á V. A.; cuando en un intervalo de razon Clari y yo se lo aconsejábamos, nos respondia: no, amigos mios, si el rey no quiere reconocerla, la espongo á las venganzas de la corte; si la reconoce, la separan de mí, porque yo soy una pobre mujer: no, no, que nunca sepa que es hija de un rey.

—¿Y ella lo ignora? preguntó con interes Ricardo.

—Sí, señor. Avanzó el tiempo, y cuando partió V. A. para Tierra Santa, el hombre que las protegia, el noble y valiente conde de Salisbury, desapareció: hay quien dice que fué ejecutado secretamente en la Torre, por órden del obispo canciller. Con el conde les faltaron los recursos, y me vi obligado á hacerme montero, para ayudar con el fruto de la caza las atenciones de mi familia, que no alcanzaban á cubrir los productos de mi taberna de Sowttwark. Un

dia, hace dos años, al volver á mi casa, Clari me dijo que teníamos un huésped; era Adam Wast, que venia á buscarme. Su ambicion habia sido burlada. A los treinta y tres años se veia reducido á la indigencia. Yo era pobre tambien; pero le propuse partir con él mi trabajo, si queria hacerse montero. Aceptó, y otro dia al amanecer nos pusimos en marcha para Midlesex-Wood. Por el camino le referí mi historia, y cometí la imprudencia de revelarle el secreto del nacimiento de Ketti.

—¿Y esa mujer es hermana del rey? me preguntó con interes.

—Sí, le contesté.

Calló un momento, y cuando hubimos andado un tiro de ballesta, me dijo sentándose:

—Estoy enfermo, y creo que no podré llegar; sigue tú.

Yo le creí, y le dejé.

Cuando antes del toque de cubre-fuego volví á mi casa, encontré á Ketti llorosa; su madre estaba con un acceso de locura, y Clari apostrofaba fuertemente á Adam.

El miserable aprovechando la libertad que le dejaban un momento de ausencia de Clari y la demencia de su madre, habia violado á Ketti.

Corazon de leon dió salida á un juramento y á un rugido.

—Adam, prosiguió Robin, procuraba sincerarse con Clari, y ofrecia á Ketti reparar su fal-

ta uniéndose á ella. Yo me indigné, porque ví claro el doble objeto de la infamia de Adam. Pero este me llevó á otro aposento y me dijo:

—Hemos luchado mucho tiempo buscando la fortuna; ¿por qué hemos de dejarla pasar cuando se nos presenta? Si yo me caso con esa mujer, haré de modo que el rey la reconozca, y seré rico; entonces tú dejarás de ser un mendigo.

—Pero esa mujer ama á mi capitan, le contesté.

En efecto, Ricardo nuestro capitan, observó Robin abandonando por un momento su relacion, habia dicho cuatro galanterías á Ketti, y esta las habia creido hasta el punto de enamorarse locamente de él.

—Si yo consigo casarme con ella, prosiguió Adam Wast, me importa poco tu capitan. Si me ayudas, seremos ricos.

Señor, el demonio de la codicia se apoderó de mí, y la casualidad nos protegió. Ketti conoció que era madre; Ricardo, perseguido por los archeros del canciller, pasó por muerto, y al fin la hija de Enrique II fué la esposa de Adam Wast.

—¿Y su hijo?

—Murió apenas dado á luz. Adam Wast, luego que se efectuó su matrimonio, se presentó al príncipe Juan-sin-tierra y le reveló el secreto del nacimiento de Ketti, exigiendo que

fuese reconocida. El príncipe se negó y le arrestó en la Torre. Por aquel tiempo estuvo tambien arrestado un judío que venia de Tierra Santa, y que no tenia otro delito mas que ser riquísimo y haber declarado su amor á la jóven condesa de Salisbury, de quien estaba perdidamente enamorado el obispo canciller. Allí se conocieron Adam Wast y Saul. Los dos eran ambiciosos, y no tardaron en unirse; vendiéronse á la faccion del principe Juan contra la faccion de Artus de Bretaña que alentaba el canciller, y engañando á este y comprándolo á fuerza de oro, fueron puestos en libertad. Desde entonces, señor, Saul es el alma de Juan-sin-tierra, y Adam el alma de Saul. Saul derramaba su oro, Adam se mentia amigo del pueblo y se hacia su jefe; el alboroto de esta noche, solo era con pretesto para proclamar al príncipe Juan.

Robin calló porque habia llegado al cabo de su revelacion.

—De la verdad de lo que me has dicho me responderá tu cabeza dijo el rey, ¿pero quién me podrá probar que esa Ketti es mi hermana?

—Señor, el único que podia era el conde de Salisbury, y ha muerto.

Corazon de leon recordó entonces lo que el llavero Stek habia dicho era causa de su prision aquellas palabras: *el obispo de Eli se empeñó en creer que no se habia derramado sangre*

en el calabozo donde murió el conde de Salisbury.... yo habia lavado la compuerta despues de la ejecucion, hicieron nacer una vaga sospecha en el pensamiento del rey.

—Y vive aun el verdugo que ejecutó al conde de Salisbury, preguntó á Robin.

—Si señor, aun es ejecutor de estado de la Torre.

—¡Ola! Nortumberland! esclamó el rey.

Nortumberland, que por el momento desempeñaba las funciones de gentil-hombre, entró.

—Haz que lleven este hombre á una torre, que le pongan un lecho y le traten bien. Vé, continuó el rey dirigiéndose á Robin, si pruebas que es cierto lo que dices, el rey te recompensará.

Nortumberland llamó á Glow, y le trasmitió la órden del rey. Glow condujo á su destino á Robin.

—Milord, añadió el rey, haz que se me presente el ejecutor de estado de la Torre; asi mismo que un atormentador prepare los *borceguíes*.

Nortumberland salió. el rey quedó paseando agitado por la cámara.

La relacion de Robin habia despertado sus mas crueles recuerdos; habia escuchado terribles revelaciones, y tras ellas el remordimiento levantaba su faz implacable y amenazadora. Corazon de leon, el hombre sin miedo y sin pie-

dad, sintió pavor de sus mismos pasos; se estremeció al ver su sombra interpuesta á la luz en los muros, creyéndola un fantasma vengador.

Reinaba el mas profundo silencio, El rey se asomó á una de las ventanas de la cámara, desde donde se veia el Támesis y Sowttwark; nada quedaba del alboroto mas que la roja llama del incendio del arrabal, tiñendo con reflejos de fuego la ancha y serena corriente del rio.

Un ruido acompasado y monotono vino á interrumpir el silencio; eran los pasos de los archeros normandos que entraban formados con sus antiguos capitanes á la cabeza en el terraplen á que correspondian las ventanas de la cámara. Formaron en tres filas segun la costumbre de aquel tiempo, y esperaron en silencio.

Poco despues se oyeron nuevos pasos; cien archeros á cuya cabeza cabalgaba *Espada-larga*, llevando á su lado otro hombre tambien á caballo, se detuvieron á la entrada del portal que conducia á la escalera de la torre; *Espada-larga* descabalgó, y á poco despues se presentó en la puerta de la cámara real.

—Y bien, dijo *Corazon de leon*, hás preso á esos traidores.

Al obispo canciller, contestó *Espada-larga*, sí; el príncipe Juan no estaba ya en White-hall; habia terminado el festin, y se dirigiá sin duda por distinto camino á la Torre, donde he sabido tenia preparado un banquete.

—Que suba el obispo ¡Nortumberland!

El duque entró volviendo á salir tras algunas palabras que corazon de leon murmuró á su oido.

Un momento despues, estaban solos el rey y el canciller obispo de Eli.

XII.

El rey se vende.

Era este magnate un hombre como de cuarenta y cinco años, se llamaba Guillermo de Long Cham, y su apostura mas era de soldado que de obispo, perteneciendo su traje á ambos estados. Llevaba un ropon morado, y un sombrero verde, mientras en su mano se ostentaba el anillo episcopal; pero esta mano se apoyaba en una desmesurada espada, y su pecho estaba protegido por una fuerte coraza, sobre la que pendia una cadena de oro con el gran sello de Inglaterra, símbolo de su categoría de canciller; unos borceguíes de punta aguda y retorcida, armados de dos resonantes espuelas, completaban el aspecto militar del obispo.

Su semblante era uno de esos semblantes sin espresion fija, en que una espresion desaparecia reemplazada por otra, segun convenia al lugar ó á las circunstancias. Este hombre, que segun las crónicas de aquel tiempo, era soberbio,

iracundo y duro en sus palabras, cuando nada habia en torno superior á él, delante del rey ostentaba un semblante sereno, noble, con una mirada en que no se leia miedo ni turbacion; aun mas, era el semblante alegre de un buen vasallo, delante de un rey á quien es enteramente adicto, ó mas bien el de un amigo que vuelve á ver á otro amigo querido tras una larga ausencia.

—Cuánto habeis tardado, señor, esclamó hincando una rodilla ante el rey, y apoderándose de una de sus manos, que besó á pesar de estar armada de un fuerte guantelete.

—O por mejor decir, contestó el rey levantándole y fijando en él una profunda mirada, ¡qué pronto habeis venido!

—Y sin embargo, os esperaba, señor.

Una nube sombría de amenaza pasó por la mirada del rey.

—¡Me esperabas, canciller, gritó el rey, y me esperabas armado como para dar batalla! ¡me esperabas, arrojando para recibirme un motin entre las puertas de la ciudad y de la Torre! ¡Me esperabas como un traidor, obispo!

—Vea V. A. lo que dice. Estoy armado... preguntad al capitan Ricardo *Espada-larga* cómo me ha encontrado en Wetminster. Os dirá que mis hombres de armas estaban tambien armados hasta los dientes; que la abadía estaba defendida como un castillo, y que sin embargo,

á vuestro nombre sus puertas se abrieron, y el canciller, traidor como vos decís, se constituyó en arresto, porque así era la voluntad de su rey, á pesar de que hubiera podido defenderse con ventaja tras los muros de la abadía.

—¿Y por qué, teniendo fuerzas, no corriste á sofocar una sedicion en que se proclamaba por rey á Juan-sin-tierra?

—Tened presente, señor, que el condestable de la Torre es lord Apsley, que está vendido al príncipe Juan, y que necesitábais un puesto de guerra que yo debia conservaros.

El rey dulcificó un tanto su acento, y dijo:

—Guillermo, tengo que hacerte grandes cargos.

—Empezad, señor.

—En primer lugar, ¿sabes qué ha sido del valiente conde de Salisbury?

Ricardo al hacer esta pregunta, fijó una mirada intensa sobre el semblante del canciller, del cual ni un solo músculo se contrajo.

—Ignoro qué ha sido de él, contestó; preguntadlo á Apsley, porque de seguro cuando un noble desaparece, los calabozos secretos de la Torre deben conocer su suerte, y solo por órden de Apsley pueden cerrarse sobre un hombre.

—Mis capitanes normandos te acusan de haberles depuesto y preso, por haberse negado á reconocer por mi sucesor en el reino á mi sobrino Artus de Bretaña.

—Cierto es que los invité á que reconocieran al príncipe Artus por sucesor; pero tambien es cierto que sin duda fueron presos porque su adhesion á V. A. importunaba al príncipe Juan y á su hechura Apsley.

El rey movió incrédulamente la cabeza.

—¿Y pretender la declaracion de derecho á sucederme en favor de Artus, viviendo yo, gritó el rey, no es una traicion, monseñor?

—V. A. estaba preso en Alemania, señor, y era de temer una alevosía por parte del cobarde y cruel emperador Enrique VI. La declaracion de derecho en favor de Artus de Bretaña era una medida previsora. Yo hubiera volado al frente de un ejército á rescataros. Pero contando con lo feroz del carácter del emperador, era esponerse á causar vuestra muerte.

—Acabaremos por creer que tras todo lo sucedido, gritó el rey, debemos agradecerte lo que has hecho, canciller.

Guillermo de Longchams inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Esto es ya demasiado, milord, contestó el rey cuyo furor estalló; ¿y ese alboroto en que el pueblo pedia tu cabeza, en que te maldecia, en que te echaba en cara el hambre de sus hijos, á quién se debe? ¿crees tú que un rey puede permitir que desuellen á su pueblo, para que otro se abrigue con su piel?

—Os digo, señor, que en esto como en todo

me condenan las apariencias; si he gravado al pueblo con tributos, ha sido por vos, señor.

—¡Por mí! murmuró el rey con estrañeza.

—Por vos, señor; ¿de dónde hubiéramos sacado los doscientos cincuenta mil marcos de plata que se han entregado por vuestro rescate al emperador, que se habia desentendido de los ruegos de vuestra madre la reina Eleonora, de las escomuniones de nuestro santo padre Celestino, y de los amagos de guerra que yo le mostré en nombre del reino? ¿de dónde sacar los dos millones de florines que ha costado el fallo favorable de la Dieta germánica, en la acusacion que os señalaba reo del asesinato de Conrado, marques de Tiro.

—Pero yo me he justificado de esa infame acusacion.

—Desengañaos, señor; sin los dos millones, hubiérais sido condenado.

—Mi madre ha vendido sus joyas...

—Las joyas de la reina no valian mil tarines. En fin, señor, yo he creído que si para que se salve un rey, debe perecer un pueblo, *el rey es lo primero* (1). Ademas, estoy pronto á entregar á V. A. diez mil marcos de oro, que os servirán de mucho para hacer la guerra á Felipe Augusto de Francia, que os exigirá á no dudar pleito

---

(1) Ténganse presentes la época, la situacion y el carácter de los personajes, y no se hallará monstruoso este pensamiento.

homenaje por los estados del Poitú y la Normandía.

El canciller, viéndose en un apuro, abandonaba su rapiña, y compraba al rey su cabeza á peso de diamante.

El rey meditó un momento; conoció sí, toda la infamia que se ocultaba tras el relato del canciller; conoció que no haciendo justicia al pueblo, el pueblo le maldeciria; pero como al mismo tiempo una mirada al acaso al traves de una ventana, le mostrase á sus normandos, en cuyas picas y corazas reflejaba la luz del incendio de Sowtvark, se encogió de hombros, y dijo al canciller.

—Milord, bien hecho está lo hecho. Vete y sigue siendo leal al rey.

El negocio está terminado: el rey se vendia.

El canciller salió tras de haber besado la mano al rey, y murmuró para sí mientras bajaba la escalera.

—Me cuestas un tesoro, pero yo lo recobraré vendiendo tu cabeza.

Al atravesar el portal, un hombre conducido por cuatro archeros entraba. Aquel hombre iba vestido de colorado.

Era Godofredo el verdugo.

XIII.

Agiab.

El canciller montó á caballo, y partió acompañado de su servidumbre á Westminster. Al llegar á la gótica portada de la abadía, un hombre salió de entre sus pardos pilares, y se detuvo junto al caballo del canciller.

—Necesito hablaros, monseñor, dijo, y con urgencia.

El obispo detuvo su caballo, midió de alto abajo con una mirada particular al hombre alumbrado por las antorchas de su servidumbre, y contestó tres solas palabras.

—En buen hora.

Despues echó pié á tierra, y entró por medio de sus hombres de armas, que le saludaron chocando sus escudos, y llegó á su cámara, donde quedó solo con el hombre á quien habia concedido aquella intempestiva entrevista, y que no era otro que el judío Saul ó Agiab.

Estos dos hombres se lanzaron una mirada sombría y amenazadora; entrambos guardaron silencio esperando que el uno de ellos le rompiese.

—Y bien, dijo al fin el canciller, ¿qué me quereis?

—Estraño os parecerá, Guillermo, contestó

el judío sentándose en un sillon con una insolencia que hizo fruncir el entrecejo al obispo; estraño os parecerá, ver á vuestro mayor enemigo frente á vos, en una entrevista solicitada por él. Y nada tiene de estraño; he venido á proponeros unas treguas, en que ambos acometeremos á un enemigo comun, que se cruza á nuestro paso. Despues, vencido ese enemigo, volveremos á nuestra lucha. Ese enemigo es fuerte, mas fuerte que otros, porque tiene la fuerza en sí mismo. Es el rey.

El canciller miró de una manera recelosa al judío.

—No os comprendo, dijo.

—Procuraré ponerme al alcance de la inteligencia de monseñor. Ambos, vos y yo, amamos á una mujer que no podia ser mas que de uno de los dos, y que ahora no puede ser de ninguno, porque pertenece á otro. Esa mujer es ladi Ela, condesa de Salisbury; ese otro es un aventurero llamado Ricardo Espada-larga, á quien vos habeis tenido la necedad de pregonar, y que siendo favorito de Corazon de leon, tiene para vos un doble derecho de muerte. Hacer desaparecer á Espada-larga no seria dificil, pero Corazon de leon se cobraria de seguro en nuestras cabezas. No os parece, monseñor, que haciendo de manera que el rey muriese, lograriamos el doble objeto de desembarazarnos de Espada-larga y dejar franco el trono para el príncipe Juan?

—Paréceme que no habeis olvidado vuestros antiguos hábitos, amigo Agiab, contestó el canciller, mirando de una manera maligna al judío, que palideció al oir el nombre con que le designaba el obispo.

—Os toca la vez de no comprender, prosiguió el obispo, y procuraré ponerme al alcance de vuestra inteligencia. Vos érais hace algo mas de dos años un miserable judío, que moraba en uno de los barrios mas retirados de Jerusalen. Vos creísteis que venido de la Siria, dejábais allí oculta vuestra historia en el valle de Josafat. Pero, no recuerdo porqué, me interesó algo conocerla, y supe que no érais vos el rico y virtuoso hebreo Saul, sino un miserable que se nombraba Agiab y que debia sus tesoros á un asesinato.

—Monseñor....

—Si no os basta mi palabra, puedo presentaros pruebas. Habia en el ejército cristiano un bravo y valiente caballero; uno de esos hombres cuya virtud sin tacha y su valor sin límites, lo ponian á la altura de los héroes de la fábula. Este hombre era Conrado, marqués de Tiro, que por razones que no vienen al caso, arrojó sobre sí el odio de un terrible y misterioso personaje cuyo nombre figura en la historia de las Cruzadas, oculto tras el del *Viejo de la montaña.* Sea como quiera, vos que poseíais todo el valor de un asesino, fuísteis encargado de asesinar

á aquel valiente caballero. Sois un hombre de mérito en esa parte, y Conrado fué muerto mientras dormia; aun mas, le robásteis, Agiab, y huísteis con vuestra presa, no tan pronto sin embargo que no pudiéseis ser conocido por un hombre valiente tambien, que acudió á los gritos del infortunado Conrado. Aquel hombre era Ricardo *Espada-larga*, de cuyas manos escapásteis por la casualidad feliz para vos de haber sido arrojado por su caballo cuando os perseguia. Vos por vuestra eleccion hubiérais permanecido en Jerusalen, pero tuvisteis miedo. Seamos pues francos. El motivo que os impele á querer deshaceros de *Espada-larga* es de todo punto independiente del amor; una rivalidad no os hubiera detenido; teneis suficiente oro para hacer robar á lady Ester, y...

—Os engañais, monseñor; soy tan pobre ahora como el mas miserable. El pueblo me ha robado y ha incendiado mi casa.

—Es decir...

—Que vengo á pediros una alianza; vos me dareis oro, yo compraré un hombre.

—¿Y habeis pensado en él?

—Sí.

—¿Es valiente?

—Es ambicioso.

—¿Cómo se nombra?

—Adam Wast.

—Pero ese hombre está preso, y yo no respondo de su cabeza.

—Compraré al verdugo.

—Es aventurado.

—Dejadme hacer. Cuento con vos.

—Creo que si alguien hay aquí que pueda imponer condiciones, soy yo, dijo el canciller. Tú, miserable instrumento, no tienes que elegir. O salvarte conmigo, ó perecer solo. Una sola palabra mia haria caer tu cabeza.

—Bien, balbuceó Agiab levantándose; y ¿qué he de hacer?

—Invertir bien este oro, dijo el canciller abriendo un armario y arrojando una bolsa á los piés del judío, que la alzó; y ahora salir por aquí.

El canciller tomó la lámpara que alumbraba sobre la mesa, llegó á uno de los muros y oprimió un resorte. El muro se rasgó como obedeciendo á un conjuro, dejando descubierta una oculta salida por donde se perdieron el hebreo y el canciller.

Media hora despues, Agiab llegaba á la horca del collado de la Torre al mismo tiempo que Godofredo. Saul habló algunas palabras al oido del verdugo, y este le hizo entrar en el sótano de la horca, cuya puerta se cerró tras ellos. Algun tiempo despues se abrió; el judío se dirigió á la puerta de Lion-gate y la hizo abrir á fuerza de oro. Bajó á la ribera del rio, llamó á una

cabaña de pescadores, y á precio exorbitante compró una pequeña lancha. Poco despues protegido por la niebla se ocultó bajo el arco de la torre del Traidor.

XIV.

La escena que habia tenido lugar entre el rey y el verdugo, fué muy corta.

Godofredo entró y se arrodilló ante el rey, permaneciendo en aquella postura.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el rey.

—El verdugo de la Torre, contestó Godofredo sin levantar la vista del suelo.

—Tu nombre, insistió el rey.

—No tengo nombre.

—¿Cuánto tiempo hace que ejerces tu profesion en la Torre?

—Dos años, señor.

—¿A qué clase pertenecias antes de ser ejecutor?

—Lo he olvidado, señor.

Nublóse el semblante del rey, cuya mirada estaba fija hacia algunos momentos en el semblante de Godofredo; creyó reconocer en él á un antiguo amigo; pero estaba tan desfigurado Godofredo, que rechazó esta idea como un delirio.

—¿Fuiste el ejecutor del conde de Salisbury?

—Para el rey y los hombres sí; para Dios no.

—¡Cómo!

—La torre donde se preparó la ejecucion, tenia salidas secretas que me eran conocidas, y le dejé escapar.

—¿Y te atreves á decir eso al rey?

—Poderoso señor, desde entonces guardo un secreto para V. A., que me fué confiado por el conde de Salisbury.

—Y ese secreto...

—Cuando entré, señor, en el calabozo, el conde hacia su confesion que escuché, porque no repararon en mí y me protegia la oscuridad. En la confesion oí revelaciones en que entraba por mucho el nombre de V. A. El conde moria asesinado por la traicion. Cuando salió el sacerdote, yo me adelanté; creia encontrar un hombre débil, y encontré un valiente; esto acabó de interesarme en su favor. Estaba comigo Stek el llavero.

—Lástima es que este hombre muera, me dijo.

—¿Quiéres que le salvemos? contesté.

—¿Qué órdenes tienes?

—Arrojar por la compuerta la cabeza y el tronco, contesté, encerrados en un saco con una piedra á los piés.

—¡Ah! ¡ya! me contestó; es una ejecucion secreta. Luego dijo al conde: caballero, ¿sabeis nadar?

—Sí, contestó.

—Pues bien, si nos dais vuestra palabra de

honor de huir sin revelar á nadie que os hemos salvado, os salvaremos.

—¿Y le salvásteis? esclamó con ansiedad Corazon de leon.

—Sí, señor; abrimos la compuerta de hierro, y antes de arrojarse al Támesis, me dijo: has hecho un servicio al rey, y el rey te lo recompensará. Voy á encerrarme en un monasterio mientras el rey está ausente. Yo no podré fiarme de nadie sino de vosotros; mi espada está en la conserjería de la torre: dí que te la dejo, y exige que te la entreguen; cuando venga el rey, preséntate á él con la espada y afírmale sobre ella, que estoy retirado en el monasterio de san Bridge.

—¿Y dónde está la espada?

—La he perdido, señor.

—¿Tenia alguna seña particular?

—Sí, señor, entre los gavilanes un blason con un leon rapante en campo de oro.

—¡El es! ¡El es! gritó con alegría Corazon de leon. Alza, añadió dirigiéndose al verdugo, y pídeme una gracia.

—¡Una gracia, señor! pues bien; deseo ejecutar á los reos que sentencien por resultado de esta noche.

—¡Eso me pides! esclamó el rey asombrado.

—Solo eso, señor.

—Pues bien, concedido. Ve por tu hacha, porque pronto harás falta en la Torre.

Cuando Godofredo llegaba á su sótano en busca del instrumento fatal, fué cuando encontró junto á la puerta á Agiab.

Concluida su corta entrevista con este, volvió á la Torre y se puso á las órdenes de Glow. El rey entre tanto habia revistado á sus normandos, que le habian recibido en medio de las mas frenéticas aclamaciones; habia recorrido los puestos, y entraba en la sala del consejo.

Junto al trono, á poca distancia, habia una gran mesa cubierta por un mantel de púrpura, sobre el cual se veian multitud de manjares; en el centro de ella habia un objeto estraño, por lo que permitia descubrir el paño negro que lo cubria, y dos candeleros de oro con velas de cera colocados sobre la mesa irradiaban su resplandor, recortándolo en los cornisamentos de las ocho columnas de madera forradas de terciopelo que sostenian la magnífica ensambladura de la sala del consejo.

A alguna distancia de la mesa habia ocho pajes jóvenes vestidos de brocado, como si esperasen la llegada del dueño para servir el banquete; mas atras estaba el verdugo de pié é inmovil; algo mas allá Glow el llavero, junto á un hombreton que era el atormentador, y mas atras en fin, inmóviles como estátuas de hierro, habia una veintena de archeros apoyados en sus picas.

Al mismo tiempo que el rey observaba en si-

lencio todo este aparato, una cabalgata de jóvenes señores entraba en Tames-Square. Todos iban silenciosos, escepto uno que reia, cantaba ó apostrofaba á sus silenciosos compañeros, que detuvieron sus caballos junto á la primera entrada de la plaza, desde donde se alcanzaba á ver la Torre.

—¡Ola, valientes! gritó el jóven soltando una estrepitosa carcajada; ¿con que es verdad que os causa miedo mi castillo?

—Y terrible, contestó uno de ellos.

—Pánico, repuso otro.

—Glacial, añadió un tercero.

—¿Qué piensas de esto, Huberto? dijo el que habia hecho la anterior pregunta.

—Lo que pienso, príncipe, es que os dejo para esconderme, y vos debeis hacer lo mismo, porque el diablo anda suelto.

—Y tú, ¿qué dices, Sidney?

—Exactamente lo mismo que el justiciero.

—Y tú, Oxford?

—En cuanto á mí, si estuvieran abiertos los embarcaderos, desde que oí el primer pregon, hubiera ganado una barca y estaria hace una hora con rumbo á Francia.

—Será necesario creer que Dik (1) está en Lóndres.

—Pues no, contestó el nombrado Huberto,

(1) Diminutivo de Ricardo.

quién si no él hubiera sofocado el motin de esta noche, ¡á qué habian de ir esos heraldos pregonando su nombre á son de trompeta por la ciudad!

—¡Vah! ¡Vah! sois muy crédulos, milores; apostaria mi cabeza contra un penique á que está ahora durmiendo muy tranquilo en su calabozo de Francfort.

En aquel momento dejáronse oir á lo lejos sonidos de trompetas, que se aproximaban con rapidez. La brillante cabalgata se dispersó á la carrera en distintas direcciones, como obedeciendo á un impulso simultáneo, dejando solo aquel á quien habian llamado príncipe, que puso al trote su caballo atravesando á Tames-Square en direccion al rastrillo de la Torre. Pero de repente el caballo se detuvo asombrado, sin que bastasen los repetidos espolazos del ginete para hacerle adelantar, y de tal modo, que este se vió precisado á echar pié á tierra para inquirir la causa del asombro del caballo. Nada vió, la niebla era densísima, y en vano pretendió hacer avanzar su caballo asiéndole del diestro; por el contrario, el bruto dió un bote, se desasió y huyó lanzando un relincho de espanto.

—Tú tambien me abandonas, dijo el jóven; en un bruto, pase; pero ellos... ¡Oh! son unos cobardes, y no merecen que yo les dé mas festines.

Despues se dirigió al rastrillo, pero antes de

llegar tropezó en un bulto y cayó; levantóse lanzando un juramento, y palpó el objeto que le habia hecho caer; su mano se posó sobre el frio rostro de un cadáver, y se tiñó de sangre.

—¡Diablo! murmuró el jóven, ya no estraño el asombro del animal; el lance ha sido caliente.

Y entonando á grito herido una balada escocesa, cayó al borde del foso.

—¿Quién va? gritó una voz desde la almena.

—Inglaterra, gritó el jóven con acento alegre, yo, el príncipe Juan; abajo el rastrillo.

Las pesadas cadenas rechinaron, y el puente cayó con estruendo sobre el foso. Juan-sin-tierra le atravesó saltando, entonando siempre su balada.

Tras él se cerró el rastrillo, y atravesando patios, pasadizos y escaleras, llegó á la sala del consejo, y se arrojó en uno de los sillones.

—¡Ola! Smit, Slow, Sunderi, Kevin, mis buenos capitanes, dijo, venid á hacerme compañía. ¿Qué es esto? añadió notando que nadie le contestaba, y qué haceis vosotros, canallas, que no me servis? insistió dirigiéndose á los pajes.

Ninguno se movió; pero Glow adelantó hasta la mesa, y tirando del paño negro, quedó descubierta una reluciente hacha en el centro de ella.

—¿Qué significa esto? gritó poniéndose de pié y empuñando la espada.

—Esto significa, gritó Ricardo Corazon de leon, saliendo de detras de una columna, y asiéndole de un brazo; eso significa, gobernador de Normandía, que el rey ha añadido una pieza mas á vuestro banquete. Pero comed, si teneis hambre; bebed, si teneis sed. El rey espera.

Juan-sin-tierra lanzó una larga y alegre carcajada al reconocer al rey, y esclamó.

—¡Ah! ¿eres tú Dik? ¿y yo no lo habia querido creer? me alegro, me acompañarás; ¡me han abandonado mis cobardes amigos.

Y sin inmutarse, sin contraerse, de la manera mas natural, se sirvió un enorme pedazo de lomo de javalí.

Corazon de leon enmudeció de asombro; los circunstantes miraron con respeto y aun con miedo á aquel loco, que así se chanceaba con la muerte. Juan-sin-tierra era el hombre inalterable, que mas tarde debia decir á sus cortesanos, que le anunciaban la ocupacion por Felipe Augusto de los estados de Guinea, Poitú y Normandia: *dejadle hacer, yo le tomaré en una hora doble tierra de la que él me ha robado en tres meses.*

—El rey despidió á la servidumbre y á los soldados con un ademan imperioso, y quedaron solos los dos hermanos.

—Sabes, Juan, dijo el rey, que me siento inclinado á hacer contigo un escarmiento.

—Y bien, no pasará de ahí, contestó tran-

quilamente Juan, engullendo un tasajo: soy tu hermano menor, y no te espondrias á que Dios te dijese como á Cain: Ricardo, ¿qué has hecho de tu hermano Juan?

Corazon de leon dudó si debia mandar sepultar en un calabozo, ó abandonar como á un loco aquel jóven gallardo y frívolo, que de una manera tan original desafiaba su cólera.

—Sin embargo de eso, observó despues de un momento de silencio el rey, nosotros hemos provocado alguna vez la justicia de Dios; ¿crees que el que se reveló contra su padre y en union con sus hermanos le destronó y causó su muerte, no se atreverá á poner tu cuerpo en el tormento, y tu cabeza en manos del verdugo?

—Y bien, prefiero eso, contestó el príncipe llenando tranquilamente una copa, á verme reducido á la nada, encerrado en una torre, sin mujeres, sin cortesanos, sin vino; lo prefiero mil veces.

—Pues bien, eso será, gritó el rey, eso será, si me revelas tus cómplices.

—¡Cómplices! yo no tengo cómplices, ó si los tengo, no los conozco; no sé si se trata de mi, mas que cuando oigo gritar: viva el rey Juan, ó abajo Juan-sin-tierra. ¡Abajo, vive Dios! es una originalidad; ¿qué mas abajo quieren á Juan, que sin tierra.

—Paréceme, Juan, que eres un traidor consumado.

—¿Traidor? no por cierto. Tú estabas ausente; tu trono vacío, enteramente vacío, y díje para mí: el pueblo cree muerto al rey, y me elige por su sucesor. Aceptemos, gocemos un momento una corona, y cuando vuelva mi hermano, devolvámosela. Yo hubiera deseado tu vuelta á los dos meses de mi coronacion, porque todo me cansa pronto; pero tú te has encargado de que no tenga tiempo para fastidiarme; pues bien, ahí tienes tu corona; en cuanto á mí, dame lo suficiente para poder tener de vez en cuando un festin, y no quiero mas.

Este razonamiento pronunciado con la mayor sangre fria, puso el colmo al furor de Ricardo.

—Príncipe Juan; nos os quitamos, dijo, el gobierno de Normandía, os declaramos reo de alta traicion, y solo os dispensaremos nuestra clemencia, cuando pongais en nuestra noticia el nombre de vuestros cómplices.

—¿Y qué mas? dijo el príncipe con una sonrisa picaresca.

—¡Juan! gritó el rey exasperado.

—¡Dik! contestó Juan-sin-tierra, remedando al rey.

—Está borracho; voto á.... el rey se detuvo y meditó. Ola, añadió dirigiéndose á la puerta, ¿está ahí el atormentador?

—Sí, señor, contestó Glow apareciendo en el umbral.

—¿Y el ejecutor?

—Tambien.

—Seguidme, príncipe, dijo el rey.

Juan-sin-tierra se levantó casi ébrio, y asió un brazo del rey, siguiéndole así hasta el recinto de los calabozos, donde estaba la sala del tormento, en la cual entraron.

XV.

Creemos que el lector no habrá olvidado al estraño personage que se habia presentado en el aposento de la condesa de Salisbury, bien á tiempo por cierto para cortar la desagradable escena que tenia lugar entre esta y Saul; sin la profunda impresion que la vista del desconocido produjo en Ester, haciéndola arrojarse á sus pies.

Nosotros no queremos ser misteriosos por mas tiempo, y nos apresuramos á decir que aquel hombre de hermosa y noble fisonomía, era el Conde de Salisbury.

Era el valiente y leal caballero amigo de Enrique II; el que habia presenciado su agonía, el poseedor de sus secretos, y el que, muerto el padre, habia servido al hijo con la misma adhesion, con la misma lealtad.

Es cierto que Ricardo habia observado una conducta criminal con su padre, rebelándose contra él, y siendo en cierto modo cómplice de su muerte; pero habia sido engañado; Salisbury, que no hubiera podido tolerar la vista de Enrique el jóven, halló en el dolor y en el arrepentimiento de Ricardo, motivo bastan-

te para perdonarle como hombre, lo que Enrique II le habia perdonado como padre.

Ricardo por su parte, indomable y feroz para todos, se dejaba dirigir por el conde, le consultaba sus actos de gobierno, los proyectos que le sugeria su espíritu guerreador y aventurero y se doblegaba á sus consejos; en una ocasion, empero, fueron inútiles los esfuerzos y las súplicas de su viejo amigo. Ricardo resolvió partir á Tierra Santa, y partió dejando su reino abandonado en manos estrañas, avezadas de viejo á la traicion, y que tal vez pretendian arrancarle traidoramente la corona de sobre su yelmo de combate. Una doble causa impulsaba á Ricardo; estaba entonces á la órden del dia (dirémoslo así) que los reyes cristianos fuesen á derramar sangre sobre el sepulcro del Salvador, y por otra parte el jóven Felipe Augusto de Francia, ya con gloria por el feliz éxito de algunas empresas arriesgadas, y enemigo por tanto aunque simulado de Ricardo, acababa de partir con gran pompa y seguido de una falange de caballeros á arrancar de mano de los infieles la Santa ciudad, conquistada por Saladino al débil Guido de Lusiñan. Ricardo aprestó como sabemos lo mejor de sus caballeros y partió dejando la condestablía de la Torre á Salisbury con quinientos normandos para su defensa, en cuya adhesion tenia gran seguridad. Poseer la Torre era poseer á Lóndres; poseer á Lóndres, era ser rey de Inglaterra.

Pero no tardaron en mostrarse los resultados que Salisbury habia temido por la partida del rey. Guillermo de Longchamps, canciller del rey, se atrevió á decir en

al seno del consejo, que era necesario declarar el derecho de sucesion al trono para el caso probable de que Ricardo muriese en Palestina; halló apoyo, y Artus de Bretaña, sobrino del rey, fué declarado heredero; de aquí resultó que Juan-sin-tierra apoyado por su madre Eleonora de Guiena, regente del reino, interpusiese su mejor derecho, y la nobleza se dividió en tres bandos; los unos en pro de Artus, bajo la bandera de Juan los mas; quedando muy pocos en el partido del rey, á pesar de los esfuerzos de Salisbury.

Este era enemigo respetable; la torre estaba en su poder, y su oposicion pesaba de una manera notable en la balanza política. Tratóse pues de comprarle por entrambas partes, y Salisbury desechó con indignacion la primera propuesta. Sabemos el resultado de su negativa; desapareció un dia que habia sido llamado por el obispo canciller, y como no se volviese á saber de él, Apsley fué nombrado condestable de la Torre. A esto siguió el encarcelamiento de los adictos á Ricardo, y los sucesos de que ya tienen conocimiento los lectores.

Cuando Salisbury fué arrojado al Támesis por la compuerta de la torre del traidor, ganó silenciosamente la orilla, tomó tierra y se dirigió al monasterio de san Bridge, cuyos monges eran adictos al rey, habiendo sido uno de ellos confesor de Enrique II, al par que lo era aun del conde de Salisbury, y los monges del monasterio ocultaron tambien al fugitivo; fué este tan prudente, que su muerte se dió por cierta y su hija fué puesta en posesion de su herencia.

Sin embargo, el conde una vez en el monasterio, observaba las prácticas religiosas de una manera rígida, y se habia hecho un modelo de austeridad para con los monges mas severos. Jamás salía del convento, ni hablaba con otro que con el padre Williams, su confesor, y que lo era á la sazon de su hija.

Ester era religiosa y practicaba; una vez arrodillada ante el confesonario, desplegaba su alma y la mostraba hasta en lo mas recóndito.

Los monges no se veian en el confesonario; llegaban á ellos por el interior del monasterio, y solo comunicaban con el penitente á través de una pequeña reja, abierta en un nicho profundo y oscuro que correspondía á la iglesia.

Una vez allí, el misterio y la oscuridad presidian al solemne acto; y la voz del monge partiendo desde lo profundo, parecía en cierto modo la voz de Dios desde la eternidad.

Siempre que Ester confesaba, su padre asistia al confesonario junto al padre Williams: esto podia ser herético y malo; pero así sucedia.

Por este medio Salisbury conocia la sed de venganza de Ester, sus padecimientos, sus alegrias, su amor á Ricardo *Espada-larga*; la conciencia de su hija estaba abierta ante él como un libro, y por lo tanto, cuando pasada la primera sorpresa contó á su hija el modo milagroso conque habia salvado su vida; cuando llegó el caso de que Ester quisiese referirle su historia, la interrumpió pronunciando estas solas palabras:

—Todo lo sé, y me alegro de saberlo tal como vale; porque de otra manera, lo que ahora encuentro noble y grande, me hubiera parecido criminal y vergonzoso.

—Ah, señor, murmuró Ester.

—Y bien, ¿nada tienes que pedirme?

—Nada, si todo lo sabeis, señor, contestó Ester, fijando sus hermosos ojos en su padre.

—Comprendo..... Ricardo Espada-larga..... y bien, es pobre, sin nombre, un aventurero en toda la fuerza de la espresion; ¿pero sabes tú si cuando conozca su orígen, será para él un objeto de ambicion tu amor?

—¡Señor!...

—Su nombre es un misterio semejante al nacimiento de una muger, por cuya causa estoy aquí.

—¡Cómo!

—Desde que la peste aflige á Lóndres, paso las noches auxiliando moribundos; necesito hacer bien para consolarme del daño que me han hecho los hombres. Pues bien, esta noche volvia de auxiliar á un desgraciado, cuando al pasar por entre la horca del collado de la Torre y la iglesia de All-Hallow, llegó á mi oido el acento de una muger que cantaba; aquella voz me era muy conocida; á poco la puerta de aquella casa se abrió, y la jóven que habia cantado salió. Entonces del sótano de la horca salió un hombre y siguó á la muger; yo les seguí tambien. Aquel hombre y aquella muger entraron en tu casa.

—¡Ketti! ¡Ricardo! esclamó Ester.

—Cabalmente. Esperé y salieron; seguíles de nuevo, y entraron en una taberna en Sowttwark.

—¡En una taberna! dijo con una amargura en que se traslucia el orgullo ofendido y los celos.

—Sí, en una taberna. Pero en aquella taberna murió Enrique II de Inglaterra, y los jóvenes que entraron en ella, eran hijos de Enrique II.

—Con que son.... dijo Ester no atreviéndose á proseguir.

—Hermanos, contestó el conde.

—¡Ricardo! ¡Ketti! hermanos.

—Si, él es hijo del rey y de lady Rosmunda; ella debe la vida á Enrique II y una bailarina. Mas tarde te referiré esas historias.

El estupor no permitia hablar á Ester, su padre prosiguió.

—Yo conservaba una llave que tenia el rey para visitar á la bailarina, y corrí á buscarla á san Bridge. Volví con ella, y entré sin ser notado.

—¡Oh! si, recuerdo, dijo Ester, que un dia cuando confesaba con el padre Williams, este me pidió una llave que debia existir en el lugar de nuestro aposento que me indicó; al dia siguente le llevé la llave.

—Sí, dijo el conde, necesitaba derramar lágrimas, necesitaba consuelos, y en aquel aposento los hallaba; parecíame estar en él junto á Enrique II, teniendo sobre sus rodillas á su pequeña hija, y cuando arrojaba una mirada al lecho, mis lágrimas corrian, porque aquel fué el lecho de muerte del rey.

Salisbury suspiró, calló un momento, y despues contó á su hija la historia de los amores del rey con Ketti, y la escena que aquella noche tuvo lugar en la taberna.

—¿Y dónde está Ketti? preguntó Ester cuando su padre hubo concluido.

—En esa cámara inmediata.

—¡Oh! ¡que entre! ¡que entre!

—Sí, pero tened cuenta hija mia, con que esa desgraciada, ama á Ricardo y sabe por mí que es su hermano.

Ester abrió la puerta, y llamó á Ketti; la niña entró pálida y llorosa, y se arrojó á los pies de Ester.

—¡Oh! ¡perdon! ¡señora! ¡perdon!, yo no sabia que era mi hermano, esclamó arrojándose á sus pies y juntando sus manos.

La espresion de dolor, de amargura y de amor del hermoso semblante de Ketti, era sublime como la del rostro de la virgen del *descendimiento* de Rubens.

Ester levantó apresuradamente á la jóven, y contestó á la súplica de Ketti abrazándola conmovida y sellando un beso en su frente. Ketti reclinó la cabeza sobre el hombro de Ester, y rompió á llorar; Salisbury caló la capucha de su manto sobre los ojos, para ocultar su conmocion.

En aquel momento, en el mismo sito en que se detuvo el heraldo que pregonaba la cabeza de Ricardo *Espada-larga*, se detuvo otra cabalgata, so-

naron otra vez trompetas, y la voz del mismo heraldo, se elevó proclamando la vuelta del rey, y su estancia en la Torre.

Salisbury se puso de un salto en la ventana; el primer objeto que vió, fué el rostro del conde de Surrey alumbrado por las antorchas.

—¡Milord! ¡conde de Surrey! gritó.

A aquella voz, las antorchas se elevaron iluminando la ventana, y Surrey vió la noble cabeza de Salisbury, que habia arrojado atrás la capucha.

Surrey se arrojó del caballo, entró en el zaguan y siempre con el pendon real, entró instantáneamente en la cámara donde se hallaba Salisbury.

Miró un momento con sorpresa al conde, y le abrazó.

—¡Por san Jorge! dijo, ¿aun vivís?

—Sí, gritó Salisbury, y quiero ver al momento al rey.

—Pues á la Torre, contestó Surrey.

—¡A la Torre! sí, vamos, y vosotras tambien, hijas mias.

Diez minutos despues, Salisbury cabalgaba llevando sobre su caballo á Ester, junto á Surrey que conducia de igual manera á Ketti. Habia concluido la proclamacion, y los archeros apagaron sus antorchas para evitar lo estraño que debia parecer un caballero, llevando sobre su cabalgadura una hermosa jóven, y en la diestra el pendon real.

Deberemos decir que esta precaucion era inútil.

llegaron á la Torre sin haber encontrado un alma viviente en el camino.

XVI.

La sala del tormento de la Torre era un ancho recinto abovedado, oscuro y profundo, bajo la torre de Roberto el Diablo, á la cual servia de cimiento.

Era horrible el aspecto de esta sala; colgaban de las paredes sierras, garfios, ruedas, poleas, mazas, tornillos y otros instrumentos aterradores; en el centro estaba el potro, y junto á él, el aparato para el tormento denominado de los *borceguíes*.

Era este un lecho de cuero algun tanto inclinado; en su parte inferior, sobre un barrote, habia clavada una especie de caja ancha y larga, lo bastante para dar cabida á los pies de un hombre hasta mas arriba de los tobillos.

Cuando entró el rey con el príncipe Juan, encontró el tormento preparado, y los hombres indispensables para él colocados en sus puestos, á la manera que la servidumbre de una pieza próxima á entrar en fuego.

Frente al tormento preparado, habia una mesa con recado de escribir y pergaminos en blanco; sentado tras esta mesa habia un hombre de fisonomía severa, vestido con una hopalanda talar, cubierta la cabeza con un birrete, y ciñendo una estrecha y larga espada, pendiente de una banda roja; era el jefe de la prebostía de la Torre, y su mision allí

era la de anotar la declaracion del reo, puesto á la prueba del tormento.

Junto á este hombre habia otro vestido de negro, de fisonomía indiferente y glacial; era un empírico: tal denominacion se daba entonces á los médicos y cirujanos destinados á marcar el momento en que el paciente no podia tolerar la prueba sin peligro de su vida.

Inmediatamente junto al aparato de los borceguíes, habia un negro etíope vestido de amarillo, de espresion estúpida y estatura atlética y membruda, el verdugo de la Torre, Godofredo, teniendo á sus pies un saco de cuero y su hacha al hombro, estaba tras la mesa del preboste; junto á un tosco altar en que ardian dos velas, estaba arrodillado el clérigo destinado á auxiliar á los que morian en la Torre; últimamente, Glow con algunos hombres de armas estaba junto á la puerta.

Corazon de leon miró con repugnancia todo este aparato, en tanto que el príncipe seguia inalterable sin dispensar una horrible chanzoneta á cada uno de aquellos aterradores aparatos, á cada uno de aquellos rostros sombríos, que se fijaban en el príncipe Juan, creyéndole destinado á representar la parte de protagonista; pero no debia suceder así. El rey buscó á Glow con la vista y al encontrarle dijo.

—Que bajen los reos.

—¿Quiénes, señor?

—Adam Wast y Robin.

Glow salió con algunos arqueros, y volvió con los presos, trascurridos algunos segundos.

Adam Wast entró con paso reposado y continente altivo, y se detuvo entre los guardias cuando hubo entrado en la sala; Robin al notar el estraño aparato del tormento, palideció y hubieron de sostenerle.

—Adelante los reos, dijo el rey.

—Adam Wast adelantó hasta llegar al tormento, como si conciibiese que de allí no debia pasar; Robin fué traido á la fuerza hasta cerca del rey.

—¿Cómo te llamas? preguntó Corazon de leon á Adam Wast.

—Este pronunció en voz clara su nombre, añadiendo el de su profesion y el de su pais.

—¿A quién reconoces por tu señor natural?

—A las leyes inglesas.

Ricardo frunció el jesto, y adelantó un paso.

¡Vive Dios, traidor! gritó, en Inglaterra no hay mas ley que la voluntad del rey.

Adam Wast no contestó, pero fijó una mirada terrible en el rey.

—¿Por qué estás aquí? continuó el rey reprimiéndose.

—No lo sé, contestó Adam Wast.

—¿Cónoces á este hombre? dijo Ricardo señalando á su hermano Juan.

—No señor, contestó con la mayor imprudencia Adam.

—¿Y vos, príncipe, le conoceis? preguntó el rey á Juan-sin-tierra.

Este, que estaba distraido contemplando con faz burlona la orijinal catadura del preboste, que sudaba de angustia no pudiendo seguir cómodamente el interrogatorio sobre el pergamino en que estampaba con mano temblona enormes caractéres, volvióse al escuchar la pregunta, y contestó.

—¿Me preguntabas, Dik?

El rey, con una paciencia inusitada en él, repitió acentuadamente su pregunta.

Juan-sin-tierra fijó su vista en Adam Wast, detúvose un momento contemplando con una insolente espresion su rostro, y dijo, estendiendo hácia él su brazo y señalándole con el dedo.

—¿Quién? ¿ese tuno? ¡vaya si le conozco! conózcole tanto, como que le mandé encerrar en la Torre, por no sé que parentesco que tuvo el villano atrevimiento de alegar entre nosotros y una mujerzuela. Me acuerdo que en aquel momento le predije que vendria á parar en manos del verdugo.

El acento de Juan-sin-tierra era tan burlon, tan seguro, que el rey hubiera dudado, á no ser por la severa mirada de reconvencion que brilló en los ojos de Adam Wast.

—El príncipe asegura que te conoce, dijo el rey ¿qué tienes que oponer á eso?

—El príncipe miente ó se engaña, dijo ágriamente Adam Wast.

A una seña del rey, aquel fué sujeto por la

cintura y por los brazos con correas unidas á él; á pesar de su carácter bravío, Adam West palideció, y murmuró una plegaria pidiendo fuerzas no sabemos si á Dios ó al diablo.

—¿Te obstinas en callar? preguntó Ricardo.

—Nada tengo que decir acerca de eso, mas que lo que he dicho.

—¡Una cuña! gritó el rey al atormentador.

Los pies de Adam West fueron colocados en el cajon; entre ellos puso el negro dos tablas, y entre las tablas introdujo una cuña de encina que hizo entrar á golpes de maza en la juntura.

Una convulsion ajitó los miembros de Adam West, y su semblante se contrajo devorando una espresion de dolor.

El rey se volvió á Robin.

—Empieza tu acusacion, le dijo.

Un sudor frio, sudor terrible como debe ser el de la agonía, pasó por Robin, á quien el miedo enmudeció.

¡Al potro! dijo el rey.

¡Ah! no, señor, gritó llorando Robin y arrojándose á los pies del rey; yo lo diré todo, señor.

El atormentador que se lanzaba ya sobre Robin, como un tigre hambriento sobre su presa, se detuvo á su despecho á un ademan del rey; Robin, trémulo, sin levantarse del suelo, acusó á Adam de violencia á Ketti, de traicion al rey; dió á conocer los detalles de la conspiracion hasta que fué llevada á cabo; nombró los cómplices que conocia, hombres todos oscuros, y calló.

—¿Qué tienes que oponer á eso? dijo el rey á Adam Wast.

—Que es falso; dijo el paciente.

—¡Otra cuña! gritó el rey.

El atormentador introdujo una segunda cuña y Adam no pudo reprimir un ligero grito de dolor; sus pies se habian amoratado al principio, y al entrar la cuña en su lugar, brotó de ellos sangre.

Adam Wast era un valiente; otros lo hubieran revelado todo á la segunda prueba; él sin embargo no contestó á una nueva pregunta del rey.

—¡Dos cuñas mas! gritó furioso Corazon de leon.

Al primer golpe del mazo, los huesos crujieron y la sangre manchó el suelo; Adam no pudiendo sufrir mas, lanzó un grito que estremeció de espanto al sacerdote, al preboste, á Glew y los archeros; el rey y el verdugo se mostraban impasibles; Juan-sin-tierra gozaba, el etíope descargaba frenético con inmensa y cruel satisfaccion furibundos golpes sobre la tercera cuña, que rechinaba al par que los huesos crujian; el tigre devoraba su presa.

—¡Perdon! ¡perdon! gritó con horrible acento de dolor Adam; ¡yo lo revelaré todo, todo!

El rey mandó sacar la tercera cuña. Adam, doblegado, vencido por el tormento, lo confesó todo, y nombró por cómplices al príncipe Juan, al gran justiciero Huberto, al judío Saul, y á los condes de Sydney y Oxford.

—Cuando hubo concluido, pidió gracia al rey.

Concedida, contestó Ricardo; en vez de morir ahorcado como un villano, serás degollado como un noble.

—Perdon, señor.

—¡Miserable! si solo hubieses atentado á nuestra corona, si solo á nos hubieses herido, podría el rey perdonarte; pero tú has violado una mujer, la has adoptado como un medio á tu ambicion, la has hecho desgraciada, á pesar de que sabías era hija de un rey; despues has conspirado, y el incendio de Sowtwark y la sangre de algunos inocentes pesan sobre tu cabeza. ¡Ola! ¡sacerdote! preparad á este hombre para que muera en el término de una hora; Glow, haz que se prepare una ejecucion secreta en la torre del Traidor; ejecutor de la Torre, dentro de una hora me presentarás su cabeza.

El atormentador desató las ligaduras del reo, sentáronle en un sillon, y conducido por dos archeros, siguió al verdugo que caminaba delante llevando un saco de cuero y el hacha al hombro, con el filo vuelto hácia él.

El rey y el príncipe quedaron solos.

—En cuanto á tí, Juan, esta misma noche partirás en la galera que me ha traido, á Francia, donde el rey te señalará una renta digna de un príncipe real.

—Oh, ¡muchas gracias, querido Dik! me acabas de dar un brillante espectáculo, y concluido me

envias á París. ¡Muchas gracias! bien mirado, ya estoy hastiado de Londres.

Llegaban á la puerta, cuando un hombre armado se precipitó en la sala: era Surrey.

—Señor, dijo; el conde de Salisbury está en la cámara de vuestra alteza.

—Bien, bien, os doy las gracias por vuestra eficacia, querido Surrey; pero aguardad.

El rey fué á la mesa y escribió tres pergaminos, que selló con su anillo.

Despues los entregó á Surrey, y dijo á Juan-sin-tierra.

—Príncipe, quedaos con el conde de Surrey.

Tras esto salió precipitadamente de la sala del tormento.

—El rey me manda conduciros á París, dijo el conde, bajo la proteccion de Felipe Augusto.

—¿Y si yo no quisiera ir?

—Seríais un loco, príncipe, añadió señalando un segundo pergamino, porque el rey os ama, manda al obispo de Eli os entregue cincuenta mil florines para vuestros gastos en este año.

—¡Ah! en ese caso, contestó el príncipe soltando una alegre carcajada, es un partido aceptable.

Y apoderándose del brazo de Surrey, salió.

El tercer pergamino que el conde habia guardado, decretaba el arresto de los condes de Sidney y Oxfford.

XVII.

El rey se precipitó en su cámara, y se arrojó á los brazos de un hombre, que con la misma efusion le salió al encuentro; era el anciano conde de Salisbury.

—¡Oh! ¡por san Jorge! gritó el rey, he de perpetuar la memoria de este dia en un monumento; ha sido muy feliz para mí.

—Y aun puede serlo mas, señor, porque podeis cumplir la última voluntad de vuestro padre.

—¡Oh! ¡sí, la cumpliré! dijo el rey; pero estoy impaciente por conocer tu historia, milord: te escucho.

Salisbury refirió al rey lo que habia ya referido á su hija; Corazon de leon escuchaba absorto la relacion de los infortunios que su lealtad habia arrojado sobre el buen caballero.

—¡Oh! conde, ¿has pensado en unirte á mi hermana Matilde? Sea. Seremos hermanos. Afortunadamente, mi compromiso con el príncipe Malek-Adel está roto, y ella es libre. Se lo rogaré, se lo mandaré. Será tu esposa.

—¡Ah, señor! contestó Salisbury sonriendo á la interpretacion del rey, ¿ha olvidado vuestra alteza que tengo sobre mis canas setenta años?

—Entonces, añadió el rey vacilando; querrás unir tu hermosa hija con un hombre á quien haria pedazos antes de consentir la hiciese infeliz.

¡Rayos de Dios! valiera mas entregarla á Satanás en persona, milord.

El conde miró fijamente al rey.

—¿Sabeis de quien hablo? le preguntó.

—Si ha de unirse tu sangre á la mia, ¿cómo puede ser sino enlazando á lady Ester con el príncipe Juan?

—¡Ah! ¡señor! nunca, murmuró con desden Salisbury.

—Pues no comprendo....

—Existe un hombre que ama á Ester, y que es amado de ella. Ese hombre es el noble y valiente Ricardo Espada-larga.

—¿Y se une mi linaje al tuyo con el enlace de tu hija y de mi hermano de armas? preguntó el rey con estrañeza.

—Entended, señor, que *Espada-larga* tiene derecho á que le nombren, como á vos, Ricardo Plantagenet.

—Y bien, Salisbury; los degollaré, los ahorcaré, los quemaré, los esterminaré. ¡Mi madre! ¡Oh! mi madre me ha vendido tambien; la encerraré en un convento; mandaré descuartizar á Artus de Bretaña, y si mi hermano Juan abusa de su posicion, ¡por san Huberto! no le ha de valer dos veces ser mi hermano.

—Al contrario, señor, sed clemente; la sangre que un rey vierte en los patíbulos, es un gérmen de enemigos, es un lago funesto de cuyo fondo se levantan sombras vengadoras; la sangre vertida fructifica, robustece al partido perseguido.

—¡Oh! que fructifique en buen hora. En todo caso, doblaremos, triplicaremos, centuplicaremos el número de los patíbulos.

—Tened en cuenta, señor, que todo vuestro poder no os librará de un golpe traidor.

—Y bien, moriremos como debe morir un rey, sin cejar, ni volver la espalda. Pero pensemos en tí. ¿De qué modo te puede mostrar su agradecimiento el rey? Ayuda á mi deseo, pídeme, exígeme... ¡por san Jorge! te daria la mitad de mi corona.

—¡Oh! señor, guardadla; pero no por eso dejaré de pediros una gracia.

—Concedida, sea cual fuere.

—Meditad, señor, que puedo tal vez pediros vuestro asentimiento para un enlace en que vuestra sangre se uniria á la mia.

—¿Y qué abona ese derecho?

—Esta cédula, contestó Salisbury sacando de entre sus ropas un pergamino escrito de mano y letra de Enrique II, autorizado por Santo Tomas arzobispo de Cantorbery, canciller en la época de su fecha del reino, y muerto despues por órden de Enrique en la torre del Traidor, que desde entonces tomó el nombre que aun conserva de Santo Tomas.

El rey pasó rápidamente la vista sobre el pergamino, del que pendia el gran sello de Inglaterra. En él, Enrique II reconocia por hijos naturales, autorizándoles para llevar su blason en la cor-

te y el campo, debiendo poner en él barras de bastardía, á Ricardo y Godofredo, habidos en 1169, de lady Rosmunda Chifford, hija de lord Waltter Chifford. Dejábales por herencia el palacio y el parque real de Woststock-Bower, previniendo no fuesen puestos en posesion de sus estados, ni se les hiciese sabedores de su orígen hasta que cumpliesen los veinte y cinco años. El depositario de este secreto era lord Salisbury, conde de Salisbury, y se suplicaba al rey cumpliese la voluntad real y paternal de Enrique II.

El documento era autógrafo, la firma del arzobispo, y el gran sello de Inglaterra auténticos. No habia lugar á la duda, pero el asombro estaba pintado en la mirada de Corazon de león, que releia el pergamino.

—Tan cumplidamente has llenado tu encargo, Salisbury, que esto es enteramente nuevo para mí. Pero sin embargo, me colma de placer. ¡Pluguiera á Dios no fuesen bastardos! Muerto yo, un Ricardo Plantagenet sucederia á otro Ricardo Plantagenet. Creo que su nacimiento está unido á una historia terrible.

—Muy terrible, señor; pero me abstendré de referirla á vuestra alteza, porque en ella me seria forzoso pintar á vuestra madre de una manera odiosa junto á lady Rosmunda que era un ángel.

—¿Qué me podrás decir que yo no sepa? ¿Ignoro acaso que las locuras, y aun pudiera decir liviandades de mi madre obligaron á repudiarla á

Luis VII de Francia? ¿Que mi padre fué bastante débil para unirse á ella por razones de estado, y que ha sido una cosa estraña que haya nacido de ella una criatura tan pura como mi hermana Matilde, cuando Enrique, Juan y yo somos tres retoños malditos? ¡Oh! todo lo sé, mi buen Salisbury; pero la historia de esa Rosmunda es para mí poco clara. Necesito saber lo que concierne á mis hermanos antes de reconocerlos.

—Si así lo quereis señor, oireis una historia muy triste.

—¡Oh! no importa: te escucho.

—Vuestro padre, señor, solo contaba veinte años cuando fué coronado en 1154; era un bizarro caballero, y partió como vos á Palestina. Dos años despues, á despecho de su consejo y de sus amigos, se unió á vuestra madre Eleonora de Guiena. Era un enlace desigual; Enrique II, niño aun, no podia amar, ni amaba á Eleonora que nunca fué hermosa, y que solo tenia en su abono un tacto esquisito, y lo alegre y chistoso de su carácter. Eleonora aventajaba trece años en edad al rey, y este, enamorado é impresionable, la hizo sufrir en infidelidades lo que ella habia hecho sufrir á Luis VII. Celosa hasta el frenesí, amando hasta la locura á vuestro padre, de carácter iracundo y altivo, se hizo para él insoportable. Doce años trascurrieron despues de su matrimonio en continuas desavenencias, cada una de las cuales motivaba una ausencia del rey con pretesto de caza ó guerra. En 1168

tuvo lugar una de estas espediciones; yo acompañaba al rey; el punto de partida era Wootstock. En la última jornada nos sorprendió la noche junto al castillo de Oxfford, habitado entonces por sir Waltter Chifford, que salió al encuentro del rey y le rogó le honrase hospedándose en su castillo. Aquella noche conoció el rey á la desgraciada Rosmunda; era una jóven de diez y ocho años, cuyo semblante noble y maravillosamente hermoso aun no he podido olvidar. Figuraos, señor, una frente pálida, tersa, majestuosa, coronada por sedosos rizos de largos cabellos rubios, unos ojos azules de mirada diáfana, poderosa, en que se retrataba la paz de un alma purísima y tranquila; añadid á esto un cuerpo esbelto, de soberbias formas, de continente de reina, y aéreo, vagaroso como el de un ángel; una imaginacion entusiasta y un tesoro de amor en el corazon, y tendreis una pequeña idea de Rosmunda. El rey era como vos á los treinta y cuatro años; prendóse de Rosmunda, y Rosmunda de él; lord Waltter Chifford cerró los ojos á su honor, y los abrió á su ambicion. Algunos dias despues Rosmunda era la dama de Enrique II, que construyó para ella el palacio y el célebre laberinto de Wootstock. Allí nacieron un año despues Ricardo y Godofredo. Enriqúe II quiso tenerlos á su lado en la corte, y me los entregó: yo los espuse en Wensminster, y me oculté tras uno de los pilares de la portada, para no permitir que nadie los recogiese mas que el rey, que

con algunos caballeros debia pasar como al acaso; pero os anticipásteis vos; volvíais de san James de una cita amorosa, y oísteis el débil vaguido de los niños, llegásteis á ellos, y los contemplásteis un momento conmovido; yo os conocí á la luz del alba, y os dejé hacer; tomásteis los pobres gemelos bajo la capa, y partísteis; yo os seguí, fuísteis con ellos á Withe-Tower, residencia entonces del rey, y le entregásteis los niños cuando se preparaba á ir buscarlos; el misterio envolvió de una manera impenetrable su orígen. Fueron adoptados por vuestro padre, declarados caballeros, y educados como tales. Enrique II los amaba con todo el amor que sentia por su madre, y cuando Eleonora logró introducirse en Wootstock-Bower y asesinó celosa á Rosmunda, su dolor y su furor no conocieron límites; si vuestro padre viviera, aun estaria encarcelada vuestra madre. Ahora, señor, que conoceis la historia de Ricardo, que sabeis que debe llevar vuestro nombre, ¿consentís en su union con lady Ester Salisbuy, condesa de Salisbury?

—Te hubiera dado mi hermana Matilde, ¿cómo pues, negarme al enlace de *Espada-larga* con tu hija?

—¡Oh! señor, esclamó el anciano arrojándose á los pies del rey.

—Levanta, leal vasallo. Mañana quiero ver á tu hija, y ya que conoces los secretos de mi padre, busca á otra hermana mia que se nombra Ketti.

—Han venido conmigo, señor.

—Que entren, dijo el rey; ve por ellas.

Salisbury, salió.

—¡Por san Dustan! esclamó el rey; si mi padre hubiera vivido diez años mas.... ¡Oh! quién sabe adonde hubiéramos llegado. El buen anciano no quiso privarme del consuelo de la fraternidad. ¡Rabo del diablo! una hermana beata, un hermano loco y tres bastardos por añadidura. En cambio yo no tengo hijos; y ha hecho bien Dios, me basta con los de mi padre.

Detuvo en esto el vuelo de su pensamiento, porque Salisbury entró con Ester y Ketti. La primera saludó con nobleza y gracia al rey, felicitándole por su vuelta; la segunda, se detuvo encendida de rubor y trémula de miedo, á pocos pasos de la puerta.

Ricardo la miró de alto abajo; despues dijo á Salisbury en un tono que solo pudo ser oido por él.

—Estais reguro de que es ella?

—Miradla bien, señor contestó en el mismo tono el conde; es una semejanza perfecta de vuestra hermana Matilde.

—Adelante, niña, la dijo el rey, ¿sabes quién soy yo?

—¡Ah! señor, tartamudeó Ketti arrojándose á sus pies, con los ojos bañados de lágrimas.

—Sabes Salisbury, dijo el rey levantando á la niña y sellando un beso en su frente, que es lo mas bello de mi familia?—Ketti se sonrojó, y se separó suavemente del rey.

—Y dónde está milord *Espada-larga*? preguntó el rey; ¡Ola, Nortumberland!

Nortumberland apareció á la puerta.

—Haced que entre mi hermano de armas.

—Aquí estoy, señor, dijo adelantándose Espada-larga.

Nortumberland, permaneció á la puerta.

—¿Qué edad teneis? milord, preguntó corazon de leon á Espada-larga.

—Veinte y cinco años, señor.

—Hincad una rodilla en tierra, milord, y leed.

Espada larga dobló una rodilla, y empezó á leer en voz alta la cédula de Enrique II, que le habia entregado el rey; cuando llegó á su nombre su voz antes segura, tembló.

—Esto no puede ser, señor, esclamó Espada-larga, fijando en el rey una mirada profunda.

—Y sin embargo, milord, contestó el rey, yo Ricardo Platagenet, hijo legítimo de su alteza Enrique II de Inglaterra, rey por muerte de nuestro padre del mismo reino, os reconocemos á vos, Ricardo Platagenet, conde de Chiffor, como hijo bastardo de nuestro padre, y de lady Rosmunda, condesa de Chiffor; alzad.

Espada-larga se levantó aturdido. El rey le abrazó, y le besó en la mejilla.

—Y porque sabemos, añadió el rey, que es vuestro deseo tomar por mujer á lady Ester Salisbury, condesa de Salisbury, tenemos á bien concederos nuestra licencia, y señalar vuestras bodas en un plazo de tercero dia.

Ester dió un grito de placer, pero se contuvo.

Vió á Ketti tremula, pálida, apoyarse en la mesa, y vacilar. Espada-larga se contúvo tambien por la misma causa.

—Milord, continuó el rey, dirigiéndose á Espada-larga, hareis que se nos presente nuestro hermano Godofredo Platagenet.

Espada-larga palideció, acercóse al rey, y le dijo en voz baja:

—Godofredo es ejecutor de la torre.

Ricardo Corazon de leon lanzó un voto horroroso, y golpeó el pavimento con el pié.

En aquel momento la puerta se abrió, y Godofredo se presentó en ella mostrando una cabeza cortada; habia pasado la hora prefijada por el rey y venia á cumplir su deber.

—Señor, dijo sin pasar de la puerta, é hincando una rodilla en tierra; esta es la cabeza de Adam Wast, ejecutado por traidor.

Ketti dió un grito, y cayó desmayada; Ester sintió circular por sus venas el frio del horror, y Corazon de leon fijó los ojos en Godofredo, como hubiera podido fijarlos en la esfinge.

—¡Id! ¡id! dijo el rey despues de un momento de estupor á Espada-larga; decidle que es nuestro hermano, que deje ese traje, y que se nos presente hoy.

Espada-larga salió.

—Y vos, Salisbury, hasta luego. Quiero dar sus dos horas á mi sueño.

Salisbury, Ester y Ketti, salieron.

El rey se arrojó maldiciendo y sin despojarse de la armadura en el lecho. Cubrióse con la piel de tigre, y un momento despues dormia.

EPÍLOGO I.

El asesinato.

Tres meses y veinte y un dias despues de los últimos sucesos, es decir, el 6 de abril de aquel mismo año, un estenso y pintoresco campamento se levantaba frente al castillo de Chalus en el Limosin.

Pero como sin duda saben nuestros lectores que esta es una provincia situada en el centro de Francia, nos vemos precisados á decirles por qué abandonamos á Lóndres y le llevamos á un campamento; para ello nos bastan pocas palabras: aquel campamento pertenecia al ejército de Ricardo Corazon de leon.

Y no se crea por esto, que se habia levantado contra Felipe Augusto aquella inmensa línea de tiendas, entre las cuales se veian á la débil luz del amanecer los bruñidos petos y las altas picas de los despiertos centinelas, guardando otra tienda mayor, sobre la cual ondeaba un pendon rojo, ni que era el monarca francés quien le aguardaba en un magnífico castillo, situado sobre una eminencia á un tiro de ballesta del campamento.

Cierto es que Felipe Augusto, segun habia pre-

visto el obispo de Elí, demandó á Ricardo Corazon-de-Leon pleito homenaje por los estados de Guiena, Poitú, Normandía Aquitania; pero Ricardo contestó poniéndose al frente de sus normandos, y yendo con la pujanza de la fiera cuyo nombre llevaba, á embestir en el ejército de Felipe que se hallaba en Saintonges, y avistándose en Niort, le obligó á declararle único y libre señor de las provincias, por las cuáles le exigia pleito homenaje. Desde entonces Ricardo y Felipe eran en apariencias los amigos mas afectuosos, aunque no por eso dejaban de detestarse recíprocamente.

Por lo que Ricardo llevaba sus armas sobre la faz de Francia, era un asunto puramente señorial. Habia heredado de su madre la Aquitania, llevada por esta en dote á Enrique II, y era por tanto señor natural del Limosin, y de su capital Limoges, cuyo conde es fama habia encontrado la noche de Navidad de 1193, un tesoro cuyo valor ascendia á diez millones de florines. Ricardo exigió al de Limoges una parte exorbitante del tesoro; el de Limoges negó su existencia, pero añadió de la manera mas insolente, que aunque fuera cierto ni un florin suyo entraría en las arcas del rey de Inglaterra; y este juró al oir esto, de la manera mas segura, que el cráneo del conde le habia de servir para medida de los diez millones de florines. Pensar y hacer eran en Ricardo dos cosas iguales: aprestó sus normandos, embarcóse, y entró en Francia por la Mancha. Un dia al amane-

cer, el conde de Limoges vió una elevada tienda coronada por un pendon real, y en torno de ella acampado todo un ejército; aquel dia era el 6 de abril de 1194.

Algun tanto preocupado y temeroso el conde, ocupábase en consultar en consejo á sus capitanes el partido que debería tomar, cuando sobre las torres del castillo sonó el toque de una corneta, y el alcaide entró diciendo que dos soldados demandaban hablar particularmente con el conde. Este mandó que fueran introducidos al momento, y en efecto dos hombres cubiertos con tabardos y las viseras caladas sobre los ojos, se presentarón demandando se les señalase un sitio pára batirse en defensa del señor de Limoges contra el rey de Inglaterra.

El uno de ellos llevaba una ballesta y tres venablos: adelantóse, y dijo mostrando sus armas:

Juro por los santos Evangelios dar muerte al rey despues de vencerlo; éste, dijo mostrando uno de sus venablos, hará caer uno de sus mas cercanos servidores; este, y mostraba un segundo venablo, herirá su caballo y le hará rodar por tierra; este otro se clavará en su pecho y le matará.

El conde de Limoges hizo un ademán desconfiado é incrédulo; pero el hombre que tal habia jurado, llegó á una ventana, tomó una flecha del talabarte de un arquero, y señalando á la tienda real dijo.

—¿Veis la enseña del leon tremolando sobre su guarida? ¿Si hago rodar esa enseña, creereis què del mismo modo podré herir al rey?

El conde y sus capitanes se acercaron á la ventana, sorprendidos por tan atrevida prueba. Aquel hombre armó la flecha en su ballesta, apuntó y disparó; el arma hendió los aires silbando, é instantáneamente el pendon, cuya asta habia sido cortada rodó hasta el suelo, cayendo delante de la tienda.

—Es una casualidad, dijeron simultáneamente algunas voces.

El que tanta destreza habia mostrado, tomó otra flecha, y apuntó á uno de los centinelas del campamento enemigo; un instante despues el normando cayó como si le hubiera herido un rayo.

Este doble incidente produjo un movimiento hostil en el ejército de Corazon de Leon. Las tiendas se plegaron desapareciendo en un momento, y solo se vió en su lugar una estensa línea de yelmos y picas, sobre las cuales reflejaban los primeros rayos del sol; línea que avanzaba rápidamente con las picas al hombro arrojando nubes de flechas sobre el castillo, al son de las trompetas y de los timbales, desfilando como una serpiente, y circumbalando los fosos. Bien pronto el castillo de Chalus estuvo sitiado, y la catapulta empezó á batir sus muros.

Las almenas estaban cubiertas de archeros que arrojaban sobre el ejército sitiador una granizada de venablos, hiriendo á la descubierta á los normandos, que caian con una frecuencia que hacia rugir de rabia á Corazon de Leon.

Cabalgaba este en un soberbio corcel con gualdrapas de batalla ennoblecidas con el blason de

los Plantagenet: llevaba la misma armadura dorada con que entró en Lóndres, y bajo ella ceñia una fuerte loriga. Junto á él, armado de todas piezas, cabalgaba Ricardo Espada-larga á su derecha, y á su izquierda el conde de Surrey llevaba el pendon real.

—Adelante, tigres mios, gritaba el rey blandiendo su hacha de armas, y recorriendo al galope su línea que seguia avanzando; ¡adelante la Normandía! es necesario que ahorquemos á esos perros franceses.

Los normandos adoraban al rey, si bien no le llamaban mas que su duque; pero su duque era invencible cuando se ponia á su cabeza, cuando les aguijaba como un cazador aguija su jauría.

El ardor de los normandos era terrible; entraban sin detenerse un punto al paso de carga, sufriendo los disparos del castillo, y dejando tras sí un rastro de sangre y de cadáveres.

No se oia mas que un solo grito:

—¡Salud al duque de Normandía! ¡A Chalus! ¡A Chalus!

—Y entraban cada vez con mas ardor, estrechando el círculo, á la carrera, con los escudos al pecho y las picas al hombro.

De repente la corneta del rey tocó alto: y aquella valiente muchedumbre se detuvo á un mismo tiempo sin adelantar un solo paso.

Se habia abierto la puerta del castillo, dando salida á una pequeña cabalgata, entre la cual on-



deaba un pendon blanco, y que adelantó á la carrera llegando junto al rey, el cual se habia adelantado algun tanto á los suyos, acompañado de *Espada-larga* y del conde Surrey.

Los que venian del castillo echaron pie á tierra, y doblaron la rodilla ante Corazon de Leon, á quien uno de ellos se dirigió.

—Señor, dijo mostrándole un ramo de oliva; mi señor natural, el noble conde de Chalus, me envia á hacer proposiciones de arreglo á vuestra alteza.

El rey lanzó una mirada iracunda al mensajero, y señalando los cadáveres de los normandos, gritó enfurecido:

—Es ya tarde: decid á vuestro noble señor, que Corazon de Leon no se allana á admitir proposiciones de un vasallo rebelde, y que si al momento no me abre Chalus sus puertas, no dejaré piedra enhiesta en sus muros, ni cabeza en los hombros de sus defensores.

—Cuando el conde mi señor, contestó el enviado, negó á vuestra alteza la pertenencia del tesoro encontrado en sus estados, no disputó mas que un derecho; nunca pensó defenderlo con la fuerza, y solo tomó las armas cuando entró vuestro ejército á sangre y fuego, talando sus tierras. Nada han respetado vuestros soldados, y un terrible azote ha caido sobre el Limosin; el conde mi señor, por la vida de sus vasallos, que tambien lo son vuestros, me ha enviado á vuestra alteza con un

ramo de pacífica oliva; pero ha arrojado la vaina de la espada para defender á todo trance su blason coronado de conde.

—Eso es decir, gritó furioso el rey, que vuestro amo me da á escoger la paz ó la guerra?

—¡Señor!

—¡Basta! cuando un vasallo rebelde como vuestro conde, se atreve á empuñar las armas contra su señor natural, en vez de admitir su guante, se envian cuatro archeros acompañados de un verdugo para que quiebre su espada y rompa su blason; se le hace subir á una horca, y se le cuelga en ella para aviso de traidores. ¡Idos!

—¡Señor!

—¡Idos! ¡por san Jorge! gritó el rey lanzando sobre él su caballo, y levantando el hacha de armas.

Los mensajeros del de Limoges, tuvieron por conveniente cobrar sus bridones y escapár; el rey dió la señal de arremeter; los que huian entraron en el castillo acompañados de un centenar de flechas.

Casi al mismo tiempo aparecieron sobre la solitaria plataforma del torreon mas avanzado dos hombres; el uno de ellos permaneció inmóvil, el otro armó una ballesta, y apuntó; el venablo se clavó rechinando en el escudo de *Espada-larga*.

—¡Ira de Dios! Surrey, esclamó el jóven; que Dios no me salve si aquellos dos hombres no son los que continuamente nos persiguen.

En efecto, un mes despues de la llegada del rey á Londres, dos hombres le habian acometido para

asesinarle; pero frustrada la tentativa, lograron huir; lo mismo habia acontecido respecto á *Espada-larga* y á Surrey, que donde quiera que estaban, tenian ocasion de ver á aquellos dos miserables, asesinos pagados sin duda, y á quienes el diablo debia proteger, puesto que no habia sido posible haberlos á las manos.

Una descarga de flechas fué á estrellarse sobre las almenas del torreon donde aquellos dos hombres estaban, pero sin herirlos; el que habia disparado el primer venablo armó otro, y el caballo del rey cayó rodando por la arena; el rey se levantó empolvado, frenético, rechinando los dientes y lanzando llamas de cólera por los ojos.

Las flechas pasaban espesas como el granizo junto á los dos temerarios del castillo, y siempre sin tocarlos. En fin, el que tan buen tirador era, armó el tercer venablo; Corazon de Leon dió un grito y cayó entre sus caballeros; el venablo le habia herido en el hombro izquierdo, atravesando el escudo, la coraza y la loriga; en el asta del venablo estaba atado un pergamino; el rey le arrancó y le leyó.

—Corazon-de-Leon, decia; yo soy el marido de tu hermana, yo el que mandaste poner en el tormento, yo soy el sentenciado por tí y salvado por Satanás para esterminarte; yo soy Adam Wast, y mueres á mis manos, porque el venablo está emponzoñado.

Los caballeros lanzaron un grito de venganza; el

rey quiso montar á caballo, pero no pudo, y fué necesario conducirle á su tienda.

El castillo fué asaltado y entrado por los furiosos normandos, que pasaron á cuchillo á sus defensores. En vano Ricardo Espada-larga buscó al asesino de su hermano; no lo halló ni entre los prisioneros ni entre los cadáveres.

Cuando volvió á la tienda real, Corazon de Leon habia muerto.

El rey gigante en valor, el rey aventurero, el rey indomable, habia perecido como su padre á manos de la traicion.

Agiab habia cumplido su juramento á Guillermo de Lomchams, obispo de Eli y canciller de Inglaterra.

Corazon de Leon fué enterrado en la abadía de Jontevraud.

XIX.

Conclusion.

Artus de Bretaña habia tomado posesion del trono de Inglaterra, á pesar de haber nombrado por sucesor á Juan-sin-tierra.

Pero como nosotros no pensamos seguir las crónicas mas adelante, parécenos suficiente esta noticia para justificar el estado de alarma en que contínuamente se encontraba Lóndres, cuyos habitantes estaban divididos en bandos.

Por ahora veamos quiénes son dos personages que poco despues de oscurecer, entran en Lóndres por la puerta de Lions-Gate, el 20 de abril del mismo año.

Eran dos antiguos conocidos, á saber: Agiab, y Adam Wast.

Si alguno encuentra estraño que Adam Wast vuelva á figurar en nuestro relato, cuando nos consta que su cabeza fué presentada por Godofredo á Ricardo Corazon-de-Leon, nos veremos precisados á recordarle la escena del cementerio de Ali-Hallonz, en el cual, el ejecutor de la torre cortó la cabeza de un apestado, cuya semejanza casual, y mas que todo lo que la muerte desfigura, y lo estraño de la situacion en que aquel repugnante despojo fué presentado al rey, fueron bastantes para que la fuga de Adam, efectuada del mismo modo que la del conde de Salisbury, no se descubriese.

Recuérdese tambien, que la ejecucion fué en la torre del traidor, y que bajo ella esperaba en una lancha el judío Agiab.

Destrozado Adam por el tormento, necesitó un mes para poder sostenerse de pie; mes que pasó escondido en uno de los desvanes de Gate-Stret, padeciendo sobre un miserable lecho, y reservando cólera sublimándola en su impotencia de un modo que debia estallar una vez, de una manera horrorosa.

Saul le llevaba noticias de Kettí; moraba esta con Lady Ester; Espada-larga y Surrey pasaban largas horas dentro de aquella casa.

Un dia, cabalmente aquel en que Adam estaba restablecido, entró Saul y le anunció un doble enlace. Ester, se unia á Espada-larga, y Ketti á Surrey.

Estraño parecerá que esta última hubiese olvidado tan pronto los amores que habia sentido por Ricardo, y premiase los de Surrey, que se habia enamorado de un modo lastimoso de ella la noche que la condujo en su caballo, desde la casa de Lady Ester á la torre; pero téngase presente, que de otro modo, Ketti no tenia mas porvenir que un convento, y encerrada allí, no podria ver á Espada-larga, á quien en beneficio de la moral, diremos que no habia profesado mas que un purísimo afecto de hermana.

Adam Wast halló monstruoso que su mujer se casase con otro; pero no se atrevió á oponerse á las claras; lo que hizo sí, fué tomar la capa y su puñal, y dirijirse con Agiab á san Pablo, donde tenian lugar los desposorios.

La primera tentativa de asesinato se frustró, y frustradas fueron tambien las siguientes, dando por resultado sin embargo, que Ricardo y Surrey supiesen que estaban amenazados, y que no debian salir sin una cota de malla y una larga y buena espada.

Pero ya hemos visto que todas estas precauciones habian sido inútiles para el rey.

Caminaban entre tanto nuestros dos asesinos atravesando en silencio el collado de la torre. Al

pasar junto á la horca, vieron un jayan con traje colorado.

—¿Sabes qué se ha hecho nuestro amigo el verdugo? preguntó Adam á Agiab.

Agiab se encogió de hombros.

—Seria lástima; era un pobre necio que creia las cosas como las veia.

Doblaban en aquel momento una esquina, y un hombre que entraba apresurado en Tames Square, acompañado de otro, tropezó violentamente con Agiab.

Este lanzó un juramento, á que contestó un grito de alegría.

El hombre que entraba en la plaza, era Espada-larga; el que le acompañaba Surrey.

La luna alumbraba la plaza, y los cuatro hombres se reconocieron.

Ninguno retrocedió. Cuatro espadas brillaron desnudas.

—Ola, señor Agiab, gritó Espada-larga: aquí os he de cobrar el asesinato de Conrado.

Saul no contestó, pero atacó á Ricardo como un tigre.

—Señor Adam, dijo Surrey, necesito dos veces vuestra vida; sois el asesino del rey, y el marido de mi mujer.

Tampoco contestó Adam, pero embistió á Surrey como un leon.

El primero que cayó fué Agiab. Espada-larga habia hendido de parte á parte su cabeza.

Adam se defendia como un desesperado; pero al fin Surrey introdujo un palmo de espada en su pecho. Cayó, y el conde poniendo una rodilla sobre él, desnudó la daga y le acabó á puñaladas.

—Este diablo tenia siete vidas, dijo dándole la sétima puñalada; pero de esta vez, juro á Dios, que es mi mujer viuda.

Despues se dirigieron á san James, y entraron en casa de Lady Ester, donde les esperaban sus esposas.

Al dia siguiente, salian entrambos caballeros, acompañados de las jóvenes y de su servidumbre, el uno para su castillo de Salisbury, el otro para sus estados de Surrey.

Ni uno ni otro bajaron los puentes de sus castillos, ni dejaron de poner atalayas en sus almenas, mientras vivió Guillermo de Lomchams, á quien el diablo esperó tres años.

Solo nos resta decir lo que fué del anciano conde de Salisbury, y de Godofredo Plantagenet.

El primero murió en su castillo de Salisbury, despues de haber visto asegurada la sucesion de su nombre en dos hermosos nietos. Godofredo, encerrado de órden del rey en el monasterio de San Bridge, llegó á ser, andando el tiempo, obispo de Lincoln, y arzobispo de Yorck.

Nadie supo que habia sido verdugo.

FIN.

INDICE.